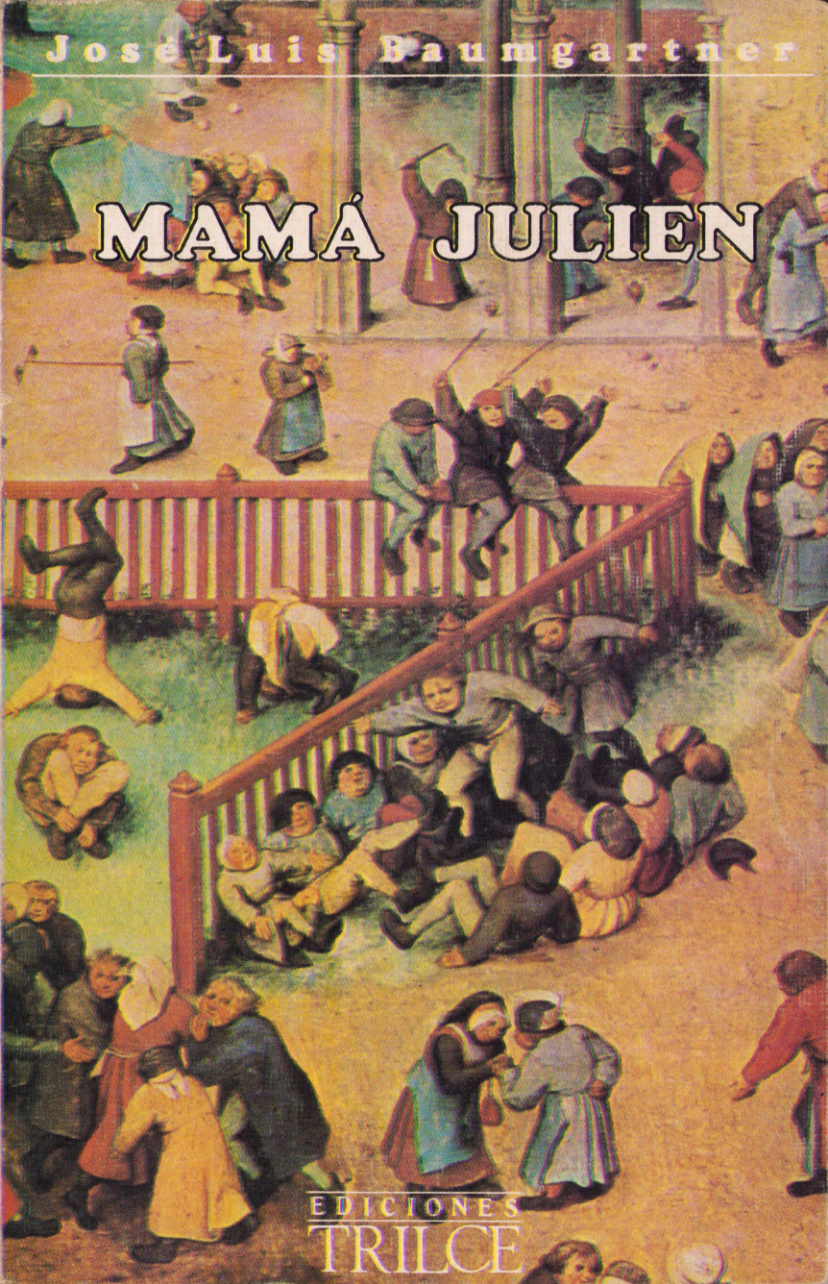
José Luis Baumgartner

MAMÁ JULIEN



EDICIONES
TRILCE



Mamá Julien

Ilustración de tapa:
Bruegel el Viejo: *juegos de niños*

© Ediciones TRILCE, 1988
Juan Paullier 962
Montevideo - Uruguay



José Luis Baumgartner

MAMÁ JULIEN

EDICIONES
TRILCE

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

A Victoria y Roger

A todos ellos

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Durante muchas semanas conversé con los Julien, reteniendo en un montón de casetes lo que fue dicho. Revisé diarios, revistas, escritos judiciales, cartas, fotos, declaraciones, en fin, todo lo que pude encontrar sobre el tema. Tomé notas de Botín de Guerra, *el estupendo libro-documento de Julio E. Nosiglia. Repasé actas de comisiones que investigaron la desaparición de personas. Imaginé. A esta altura ya no puedo discernir qué me contaron, leí o inventé.*

Para mí, Mamá Julien es ella y todas las Madres y Abuelas. Cualquiera de los que reclaman la restitución con vida de los desaparecidos y juicio y castigo a los culpables, es representativo del conjunto. Sólo ocurrió que estuve, casualmente, más cerca de Angélica que de otros.

La crónica que sigue está plagada de inexactitudes -como la vida- y, al mismo tiempo, quizá por eso mismo, expresa verdad unánime. Asumo la responsabilidad de mi fervor.

José Luis Baumgartner

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Julio del 77. Mamá Julien estaba amasando ñoquis. En la radio cantaba Ramona Galarza. El canario trinaba en la jaula. El día se anunciaba frío y espléndido con un alto cielo azul sin nubes.

Tenía las manos embadurnadas de harina cuando sonó el teléfono. "¡Atendé, Papá! ¡Pico! ¡Pico! ¡Pico! ¡Atendé, Pico!", gritó hacia los cuartos de arriba. El aparato seguía sonando. Siete, ocho, nueve veces. "¿Será posible que todos se hagan los sordos?" Rezongando en voz alta, limpiándose con un repasador, Mamá Julien se hizo cargo, finalmente. Sosteniendo el tubo entre el hombro y la mejilla, estilo violinista, hizo ademanes, mostró sorpresa, sonrió, se dispuso a ser visitada a distancia, tomando asiento en la butaquita. En el teléfono, Mamá Julien gesticula como si el otro estuviera presente, representando para una hipotética platea.

Casi en seguida -no había pasado ni un minuto-, exclamó: "¡Cómo! ¿Cuándo dice que fue eso? ¿Quién se lo contó?". Los ojos endurecieron tras los lentes; quedó sin aliento. Mientras escuchaba lo que le decían desde el otro lado de la línea, la boca se le congeló en amargo rictus.

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

El magma de terror bajo la corteza de normalidad con que había tenido que ir tramando su existencia durante los últimos años, estalló en su cerebro, se hizo humor, circuló por el laberinto de su cuerpo, la ocupó por entero. La amenaza que pendía sobre su cabeza, como de ciencia-ficción, como de guerra nuclear, espantosa pesadilla, devino realidad y Mamá Julien fue Herculano y Pompeya bajo la hirviente lava, Hiroshima en la hecatombe caída del sol, Managua cuando el terremoto.

Pero, a pesar de todo, no admitió todavía que efectivamente hubieran llegado los siete ángeles tocando las siete trompetas del Apocalipsis. No terminaba de creer lo que estaba oyendo. Se lo hizo repetir varias veces, requiriendo mayores detalles. Se declaró inconforme con circunstancias y explicaciones. Hiló finamente. Planteó reservas. Dijo que era preciso averiguarlo; que había que llegar a algo realmente definitivo; que hasta que no lo viera no tenía por qué creer nada. Y colgó.

Mamá Julien volvió a la cocina. Apagó la radio. Continuó amasando. Formó los ñoquis. Se lavó las manos y, mientras se secaba en el delantal, lloró. Lloró silenciosamente. Sin aspavientos. Como lo hacen las mujeres de pueblo ante las catástrofes inevitables. Con el recato que infunde la impotencia.

Luego, al rato, dejó el delantal sobre un banco. Alisó su pelo. Se sonó en un ajado pañuelito que volvió a guardar en la manga del saco. Terminó de hacer pucheros. Suspiró profundamente. Cruzó el comedor. Siguió hasta el zaguán. Entró en el escrito-

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

rio. Recompuesta, su yo volvió a ser de nuevo el centro donde afloran las más firmes determinaciones. En el cuarto, Papá Julien leía los diarios. Levantó la vista. "¿Qué pasa, mujer, que traes esa cara?"

Papá Julien le llevaba veinte años. Frisaba los setenta y cinco. No tenía buena salud. Su computadora interior había comenzado a funcionar con cierto desorden. Escribano jubilado, gastaba sus días hojeando periódicos, mirando televisión, recorriendo la casa, durmiendo. Dejaba hacer, dejaba pasar. Sólo antes ciertas formalidades se volvía inflexible. Dicen que su apego a la etiqueta le venía por línea paterna de los abuelos ingleses. Un *gentleman* crepuscular, un viejo monarca librado a la absorbente solicitud de su consorte morganática.

El cuarto tenía un escritorio Reina Ana, dos sillones de terciopelo verde -uno había pertenecido al general Máximo Santos pero el otro era de filiación incierta-, lámpara de pie de hierro y pantalla de pergamino, estante adosado a la pared con algunos libros, el sofá-cama en que yacía Papá Julien y un gobelino desleído donde un príncipe seguía sorprendiendo amorosamente a una humilde y permisiva fontanera.

-La consuegra llamó por teléfono. Dijo que habían matado a Roger... Que lo habían matado en un enfrentamiento y que Victoria estaba en un correccional con los niños... ¿Te das cuenta?... ¡Dios mío!... ¿Te das cuenta lo que dijo?

-Ven, siéntate aquí.

Papá Julien le tomó la cabeza con sus sarmentosas

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

manos y muy dulcemente se la colocó sobre su pecho. No la acarició. Quizá no sabía ya cómo hacerlo. La retuvo. Largo espacio estuvieron así. Callados. En remedo de abrazo. Juntos a través de distancias siderales. Anonadados. Dejándose transcurrir.

Al cabo, Mamá Julien se desasió. "Voy a buscarlos", dijo. "¿Para qué, mujer?" "Para encontrarlos." "Vas a encontrar más desgracia." "Tengo que saber qué ocurrió realmente con ellos. Tengo que encontrar a Roger y a Victoria y a los chicos..." "¿No te dijeron ya lo sucedido?" Mamá Julien se puso tensa. La cabeza en retroceso, tiesa, presta al ataque. Papá Julien intentó pulsar el derivado.

"¿Cuándo dijo que había ocurrido?" "El año pasado, a fines de setiembre." "Hace mucho... ¿Cómo encontrar algo después de tanto tiempo?" "¡Yo no creo lo que dijeron! ¡Mientras no lo vea no tengo por qué creer en nada raro! En todo caso, están Victoria y los chicos... ¡Iré!" "Haz lo que te parezca. Pero bien sabes que esto es algo que, más tarde o más temprano, se nos podía venir encima. Inevitablemente. Tú y yo lo sabíamos. Sin quererlo, casi se puede decir que lo estábamos esperando."

Mamá Julien arremetió. El anciano no entró en el ruedo. Sabía que así, en tal estado, la mujer era inlidiable. Como de costumbre, optó por refugiarse en el cobijo del pensamiento, evadiéndose a través de improbables divagues... Crotalus Durissus Terrificus. Nombre vulgar: serpiente cascabel. Muy común en Brasil. Sumamente irritable, muerde a veces sin la menor provocación. Se citan muchísimos casos de

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

personas que en el mismo momento en que oyen el ruido del cascabel, son mordidas... "Estás muy nerviosa, mujer, y te comprendo", atinó a decir, cuando Mamá Julien abandonaba el cuarto dando un portazo. Instantes después sintió que abría y cerraba la cancel. Una lástima que se rompieran los cristales biselados. Ya no vienen de esa calidad.

Mamá Julien fue a lo de la consuegra. El viaje en el 104, hasta Punta Gorda, la ayudó a serenarse. Ambas mantenían coexistencia pacífica. Jamás se hubieran elegido para emparentarse pero Victoria y Roger, de un tirón, las habían metido en la misma balsa, empujándolas a la dimensión desconocida.

"¡Vamos a Buenos Aires, señora! ¡Vamos a buscarlos!" Inútil: pertenecían a distintas galaxias.

" Ella sólo se preocupaba de su Vitute, de su Victoria. De mi hijo, nada. Decía que él era el muerto. Que ella en cambio, estaba detenida con los niños. Ni aun por ésas quiso acompañarme".

De regreso, Mamá Julien recaló en casa de una señora que vivía a la vuelta de la parroquia, con quien solía conversar a la salida de misas y novenas. "Vos sabés que mi hijo está desaparecido. No lo puedo localizar. A ver si por el tuyo podemos ubicar al mío. Parece que está preso en Caseros", le dijo, dándole algunas direcciones en Buenos Aires. Se desearon suerte.

Mamá Julien localizó a una mujer que conocía del barrio. Una gallega fuerte y bien dispuesta que trabajaba de doméstica. Necesitaba que alguien se ocupara de Papá, Mary y Pico, los bienaventurados hijos de



la vejez. A los quince años no los podía dejar sin reparo.

Completó las reservas de almacén para un mes. Retiró los zapatos del tallercito de reparaciones. Mandó traer una garrafa grande de supergás. Pagó los recibos adelantados de la mutualista. Visitó al médico. Buscó los remedios de Papá. Sacó el pasaje. Telefoneó a unos y a otros. Fue y vino durante el resto del día. Desarrolló un activismo frenético, gracias al que tomó distancia de la tragedia -que estaba ahí, al acecho, como una mala bestia cebada con carne humana, aguardando el descanso o la pausa para desgarrarla, devorándola-.

Fugaces besos a Pico y Mary, semidormidos -aleteo de mariposa, levedad de roces casi soñados-, y un abrazo fuerte y largo y mudo con Papá. Cargando un bolso de cuero y una maleta casi vacía, Mamá Julien partió en la madrugada.

Las estrellas, jazminero en flor, brillaban como ojos de perro. Un gallo alborotaba en una azotea. Hacía frío. Los pasos resonaban en las calles vacías.

Me hizo recordar la partida de don Quijote. "Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie lo viese, una mañana, antes del día, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de su corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo."

También ella buscaba deshacer agravios. Sólo

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

que Mamá Julien tenía una bota pisándole la garganta y la pena no le cabía en el pecho.

Durante el cruce del río debió luchar contra las irrupciones del miedo y el desconsuelo.

❀ ❀ ❀

Mamá Julien llevaba anotada la dirección de una dependencia de Naciones Unidas. A cada rato se cercioraba de que no había perdido el papelito. Desde el puerto fue a Suipacha al mil trescientos, casi Juncal, rogándole al taximetrista que anduviera lo más rápido posible porque se trataba de "algo muy grave y urgente". Cuando llegó, el local estaba cerrado. Sólo había un guardián, que demoró muchísimo en abrir.

Sufrió colosal decepción. Era como un anuncio. Moisés en Egipto: la plaga de granizo, la plaga de langosta, la plaga de tinieblas. Dios la había abandonado; no era enemigo de sus enemigos, al contrario, les daba facilidades mientras que a ella la confundía con desencuentros y la más negra aflicción.

El contratiempo resultó demasiado duro para su endeblez. Como el "Titanic", naufragó en viaje inaugural. Igual que Cortés en "la noche triste", se supo vencida, exhausta, diezmada -con la diferencia de que no había entrado en pelea, siquiera-. La tensión que la mantenía en vilo cedió de repente: Mamá Julien se quebró como vasija soltada desde lo alto.

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

El sereno sintió piedad por aquella mujer ya vieja, arrasada en lágrimas, balbuceando incoherencias acerca de hijos desaparecidos y nietos buscados. Su dolor tenía algo como de bicho, como de niño. Hubiera hecho cualquier cosa por ayudarla, rescatándola de la desesperación en que estaba sumida. Le dirigió palabras de consuelo, sin saber qué debía consolar; le habló como a una chiquilla; le aseguró que todo se arreglaría. Esperó a que los sollozos se encalmaran y luego, delicadamente, la indujo a contar. Oyó, azorado, el desconcertante relato y, finalmente, voluntarioso, sobrepasado por la desgracia, le indicó otra oficina que sí funcionaba a esa hora. "Perdóneme, señor", prorrumpió Mamá Julien, avergonzada de no haber podido ocultar su desaliento (y siempre agradecería en su interior la disposición del buen hombre).

Fue a la calle Venezuela. Casona con escalera de mármol y puertas de roble esculpido, frisos en relieve, mayólicas azul Francia con helechos gigantes y lámparas sostenidas por angelotes de bronce. Unas señoritas la atendieron muy bien, es decir, la escucharon cordialmente. "Venga mañana, abuela, así le hacemos la ficha."

Al día siguiente regresó. Para nada. De ahí fue a la dependencia de Naciones Unidas, en Suipacha, donde un caballero y dos secretarias afectados de manierismo diplomático tomaron razón de su denuncia con llamativa asepsia, fríos como peces. No obstante ello, le sugirieron la conveniencia de presentar su caso a la Asamblea Permanente de los

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Derechos Humanos, en Avenida Callao, casi Corrientes. Aquí varias mujeres le sirvieron café, la hicieron hablar, le obsequiaron simpatía, le tomaron datos, tuteándola, como enfermeras. Los abogados le prepararon escrito de habeas corpus. *"Lo presenté en Tribunales con el doctor Dutto. El dijo que si yo quería fuera a La Plata, porque si el operativo había sido en San Martín todo pertenecía a La Plata. Se suponía que Roger había caído en jurisdicción de San Martín porque últimamente se habían mudado a una casa en esa zona."*

Mamá Julien comenzó un peregrinaje interminable. Recorrió Tribunales, la Cruz Roja Argentina, la Cruz Roja Internacional, la embajada uruguaya, el juzgado de menores de San Isidro, el ministerio del Interior, el centro de minoridad de la calle Humberto Primo, en fin, miles de sitios de los que nunca había oído hablar y malditas las ganas que tenía de conocerlos.

En todos lados le exigían documentos, partidas y legalizaciones. A veces parecía como si se estuviera tratando el extravío de una cartera con papeles o el hurto de una perrita. En el ministerio la recibió un tal capitán Fernández; se mostró particularmente atencioso; ordenó abrieran ficha del caso. En San Isidro, desde donde -le dijeron- fue radiado a todo el país pedido por los niños, una empleada se pasó la noche fotocopiando sus caritas; y llorando.

Mamá Julien viajó hasta Villa Lynch para conversar con el hermano de la consuegra. La mala nueva había partido de él. Necesitaba oírlo de primera mano.

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

A media tarde llegó a la casa de la calle Guido Spano. Jardincito al frente, alero, gran parra sobre el costado, tejas cubiertas de musgo. El refugio de los tíos de Victoria. Dos lituanos duros, secos, cortos de palabras y huérfanos de calor. Afinadores de pianos. Melómanos. Solterones. Uno había muerto hacía un par de años. Quedaba el mayor. Mamá Julien hacía añares que no lo veía. Casi lo desconoció. Halló un viejito tembloroso y derrumbado en lugar del macizo hombrón que perduraba en su recuerdo. No dio señales de alegrarse con la visita. Desganadamente la hizo pasar. Mostró que se resignaba a perder media jornada de trabajo, despidiendo al ayudante -un muchachón rubísimo, también extranjero, rengo, de zapato ortopédico-. Arrimó sillas. Se sentaron bajo el parral.

El anciano no disimulaba su contrariedad. Mamá Julien se armó de la paciencia que no tenía. Durante un buen rato la comunicación no rebasó los niveles de un encuentro de tuaregs atravesando el Sahara; pero, lentamente, muy lentamente, se fueron disolviendo barreras y desconfianzas. Cuando quisieron acordarse, la charla discurría con otra fluidez -y hasta el tío, emergiendo de su decrepitud, parecía el de antes-.

Contó que un día habían venido dos policías femeninas que hicieron inspección, miraron todo y se fueron; y que después llegó otra mujer informando sobre lo sucedido -sin entenderle si era conocida de Roger o de Victoria, o si era de la policía-. Recordaba sí que le dijo que había habido un tiroteo en casa

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

de ellos y que Roger había muerto y Victoria estaba en una correccional, con los niños. Setiembre del 76. Sí, en ese mes había sido.

Varias veces produjo el mismo relato, repitiendo, con ligeras variantes, la versión transmitida por la consuegra. Apenas si agregó que, por comentarios que le habían llegado ya no sabía cómo, Victoria había sido vista en un cuartel; y los niños también. ¿Que por qué había demorado tanto en avisar? Porque le ordenaron que procediera así. ¿Que quién le había dado semejante orden? Las mujeres policía. Sí, pensaba que serían ellas.

Contó que en mayo de ese mismo año había nacido la chiquita y que él, más de una vez, ayudó a bañarla y a cambiarle los pañales.

Contó que durante varios meses, en el 73, recién llegados a Buenos Aires, Roger y Victoria, con Anatole, se habían alojado en esta casa; pero que después Roger se había ido a vivir con sus compañeros, viniendo salteado. Contó que Anatole era alegre, obediente y cariñoso; que de nochecita le pedía cuentos y que él se los hacía -cuentos de lobos, de nieve, de bosques encantados-. Contó que Victoria era tremendamente celosa y que un día corrió a trompadas por toda la casa a una prima demasiado sonriente, demasiado cautivadora, demasiado demasiado. Contó que Roger estudiaba mucho.

Nada pudo decir de la casa de San Martín. Creía que la habían comprado. Cuando Victoria y los chicos se mudaron, juntándose la familia de nuevo, los extrañó mucho. No los vio más. No supo de ellos

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

hasta el maldito día en que aparecieron las gendarmes.

Con las primeras sombras del atardecer, siguieron platicando en la cocina. El viejo Grisonas lució menos marchito y desmemoriado de lo que hacía creer la primera impresión. La convidó con licor de ciruelas. Más de una vez rieron fuerte. Mamá Julien y el lituano se dejaron ir al garete por mares de evocación y cariño. Durante horas Roger y Victoria volvieron a amarse y a disputar y a combatir injusticias y a enfrentar peligros y a rebelarse contra un orden inicuo y a recitar poesía y a cantar murga juntos; y los niños, a inaugurar la vida. Cuando Mamá Julien se iba, en el porche, el viejo le dijo que ahora todo estaba definitivamente concluido; y la abrazó.

Llegando al Once, desde el colectivo, Mamá Julien vislumbró unos hombros, una cabeza inconfundibles; pero antes que pudiera atinar a nada, el hombre se le perdió entre el gentío. Hubiese jurado que era Roger.

❀ ❀ ❀

Al día siguiente Mamá Julien recomenzó su tránsito por cuarteles, casas-cuna, asilos y hospitales. Al tun tun. Sin plan fijo. A lo que fuera saliendo.

No tuvo rechazos groseros -o no se dio cuenta de ellos-. Más tarde, más temprano, salvo contadísimas

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

excepciones, todos la recibían, oían su reclamo, la despedían con un "vamos a ver", "dése una vueltita el mes que viene, doña", "no tenemos información". Sólo un par de veces sintió como que no le estaban contestando bien, como que había una secreta burla en la excesiva solicitud del trato.

Insensiblemente fue ingresando en una mecánica desquiciante: el trajín por despachos ministeriales y oficinas de políticos, jueces y hombres de Iglesia, autoridades militares y embajadores -entrevistas donde nunca alcanzaba a saber si la estaban interrogando o le explicaban, y donde, en todo caso, permanecía anhelante de alguna media palabra, de alguna inflexión menos cortante, de algún gesto, de algún signo, que desesperadamente trataba de interpretar como propicio-, la reiteración de habeas corpus, en acuciante e inútil demanda de información, el meterse en cuarteles, comisarías, hospitales, juzgados, asilos, manicomios, buscando restos de naufragio, indicios, algo, el rogar a los dioses del Olimpo -personajes de noticieros y revistas, de desfiles y saraos-, para que intercedieran ante los mandamás de turno, el hurgar datos entre conocidos y desconocidos, el atar cabos sueltos y distantes, obsesivamente, el tener que mostrar cordialidad con los posibles asesinos de sus hijos, el disimulo constante de sus verdaderos sentimientos. Pero, aunque la esperanza quedaba invariablemente frustrada, se prohibió ceder. Cada mañana era el comienzo.

Diez o doce días después, Mamá Julien debió regresar a Montevideo para conseguir papeles: tenía

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

que demostrar su derecho a la búsqueda. Papá Julien la recibió con muestras de contento. No le preguntó nada. A Mary sí, a hurtadillas, fingiendo una prescindencia que la niña siempre conoció falaz, le inquirió ansiosamente: "¿Mamá supo algo de Roger?"

❀ ❀ ❀

Mamá Julien hizo acopio de cédulas de identidad, partidas, certificados de vacunación, juramentos a la bandera, fotos: Victoria con sus ojazos increíbles, Anatole chiquito, Roger (caminando con ella por Dieciocho, leyendo, de primera comunión, liceal con carpetas y libros, treintañero, de lentes, de rostro desnudo, serio, distante, riendo, con corbata, en mangas de camisa, al aire libre, viéndose a lo lejos frondosa arboleda, de pantalón corto, con catorce años y piernas peludas, de campera al hombro, de bufanda al cuello; en fin: Roger). Eran tiempos en que los prontuarios valían más que la gente. Así pertrechada, Mamá Julien volvió a Buenos Aires en la primera semana de octubre.

Interin, en casa, mientras iba conociendo los vericuetos de la burocracia montevideana, barrió, lavó ropa, ventiló armarios, reparó vestidos y camisas, pegó botones, planchó, fajineó cocina, patios y corredores, cocinó, hizo postres y mandados, revisó cuentas, ajustó una válvula que perdía, limpió vidrios, escobilló la azotea. Rezongó por tanta mugre. Tam-

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

bién la oyeron canturrear moncorde letanía.

No era la primera vez que corría tras las huellas de Roger. ¡Claro que no!

"Roger tenía dieciséis años cuando comenzó a matrerear. Vivíamos en la chacra. Yo había salido y lo dejé con los chicos y llegó mi marido antes y armó el tal escándalo porque yo no estaba y Roger, que nunca le había levantado la voz, ese día lo mandó al diablo. Se fue a lo de Correa, no apareciendo en toda la noche. Me pasé llorando y mi marido, al ver que no venía, me dijo que fuera a buscarlo. Regresó, estuvo unos días y al final dijo que se iba, que él ya era un hombre, que tenía que buscar trabajo y mejor vivía solo porque si no yo siempre iba a estar entre los dos. Los primeros días se quedó con Correa, en un chalé que era del muchacho. Yo lo ayudaba en lo que podía y le mandaba a una persona que les limpiara un poco, hasta que él consiguió trabajo en el Centro."

En Montevideo, Roger se alojó con unos amigos pintores en los altillos del viejo Mercado Central; luego se mudó a una pensión de la calle Soriano; después a otra, a otra y a otras más -Mamá Julien siempre detrás suyo, con ropa, comida y algún dinerito, como su sombra, como el ángel de la guarda-.

"Al irse de casa, lo perdí de vista. Recuerdo la vez que fui a verlo a la pensión y lo hallé con terrible depresión. Me abrió la puerta y se tiró en la cama y se quedó contra la pared, sin hablar, sin moverse. Creo que estaba enamorado de una muchacha que no le correspondía."

Cuando cayó preso, en el 71, Mamá Julien tuvo suerte: incomunicado y todo, consiguió verlo en seguida. *"Un cuñado avisó. Era juez. Estaba muy relacio-*

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

nado. Aún las puertas se te abrían por simple amistad. Más tarde, con los líos de la sedición y esas cosas, nadie quiso saber de nada: se trancaban y te dejaban en la calle, sin preocuparse mucho de si veías luz u oías pasos adentro." Le llevó leche y duraznos en almíbar y Roger le pidió que buscara a Victoria. Mamá Julien la encontró en el Carlos Nery. Estuvo detenida tres meses. *"Era brava. Cuando fui a verla, se quejó de que hubiera demorado tanto en ubicarla. Los padres ni sabían que estaba presa. Me pidió un montón de cosas porque no tenía nada. Me pidió la foto de Roger que siempre llevaba en mi cartera. Las milicas querían verla. Decían: 'Déjeme ver a ese santo que aguanta a esta mujer'. Ella quedó furiosa porque yo se la mostré. Insultaba a todos. Tuvo un ataque de nervios y debieron llevarla al hospital."*

No dejó que les faltara ni visita, ni paquete.

Cuando Roger se fugó, Mamá Julien cuidaba a Anatole, mientras Roger y Victoria paseaban su amor por la ciudad sitiada. El nene era de meses. *"La pareja no vivía junta, te imaginarás que no. Victoria estaba en su casa, con Anatole. Roger no nos dejaba salir a la puerta. Teníamos que despedirnos adentro. No quería que viéramos para dónde salía. Papá había dicho que entrara desarmado. Roger dejaba el revólver en el zaguán; en el contador del agua lo dejaba. Papá lo recibía en el escritorio. Se encerraban largo rato. Ninguno dijo nunca de qué hablaban. Parecía una conferencia de plenipotenciarios. Poníamos llave a la cancel."*

Cuando en el 73, después del golpe, anunció que se iba a la Argentina: "Bueno, mijito, usted sabe", sintió que empezaba a perderlo del todo.

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

En seguida corrió tras él. Buscaba entre los exiliados: Gonzalito, Tatiana, Correa, que vendía manualidades en Plaza Italia, Erro, en el Roi (su mujer anotando siempre los mismos datos), Michelini, en *La Opinión* o en el hotel Liberty. Iba con los ojos cerrados. Era como buscar una aguja en un pajar incendiado.

La vez del Congreso. Epoca de Perón o ya de Isabelita. *"Reunión de grupos Guevara, Mao, Montoneros, Tupamaros. Yo me había subido a la escalinata, bien arriba, y de ahí miraba todo. Vi la bandera uruguaya y entonces fui con la cédula de identidad en una mano, mostrándosela a los muchachos, y una foto de Roger, en la otra, repitiendo que yo era fulana de tal y que andaba buscando a mi hijo. Una chica me hizo sostener la bandera, mientras circulaba la foto entre los compañeros. Volvió diciendo que no lo conocían. Me di cuenta que nadie quería hablar."*

La vez que se encontraron en el parque Rivadavia. Roger, caminando con una pareja y un muchacho más atrás. Sólo cuando estuvieron a un metro se separó de ellos. Se abrazaron. Ella le dijo que lo había estado buscando; él, que ya sabía que había levantado todas las piedras de Buenos Aires.

La vez del teléfono. "Te voy a buscar. Por favor, decíme un lugar." "¿Pero por qué no?" "No", como diciendo: Mamá, ¿no entendés? *"Realmente, yo no entendía nada. No podía creer que no pudiera mandar una carta, no podía creer que todo estuviera vigilado, como él decía. No estaba en el asunto. Era ajena a todo eso."* "Bueno." Y no podía dejar de llorar en el teléfono. "No

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

llores, mamá. Las cosas se van a arreglar. Quedate tranquila, mamá. No llores." "Bueno, pero, por favor, llamáme. Llamáme cada tanto. Llamáme, hijo." "Sí, te llamaré." Pero no.

La vez que sí llamó. "Mamá, por favor, vení que Victoria está presa. Hace una semana que estoy llamando a sus padres y no se mueven; vos sabés cómo es el mojo." Le dio una dirección. Alsina y Bolívar. *"Allá por donde está el Colegio Nacional. Por aquellos lados. Por donde están esos enormes caserones que más parecen conejeras."* Fue. Y una de esas intuiciones que solía tener, la ayudó. *"Tú sabés que mi marido era enemigo de todas esas cosas y para sacarle un peso pasaba las de Caín, entonces, cuando iba a salir de casa, justo en ese momento, decidí meter en la cartera el collar de casamiento y el broche de oro que me había regalado una tía. Los eché por las dudas. No vaya a ser cuestión que precise dinero de apuro y no tenga de dónde sacar, me dije. Bueno, llegué a Buenos Aires."*

En la casa que le habían indicado, una pensión, la atendió la encargada, una uruguaya -qué casualidad-, que la puso al tanto. Había habido una razia y ¡suerte que él no estaba! Había salido con el nene y entonces la detuvieron a ella. Con toda seguridad estaba en Tribunales. O en una comisaría. A dos cuadras había una.

Mamá Julien quedó conversando con la mujer. "Cuando pasa esto, usted sabe, ya no pueden vivir más en la misma casa. El dueño no permite." Les tenían todo amontonado en un rincón. Para que desalojaran. En eso, golpearon a la puerta. "¡Victo-



ria!" "*La habían soltado recién. Ocho días en Tribunales, sin comer, sin dormir. Una canilla tenían, nada más. Le había venido el mes pero no le compraron ni un paquete de algodón. Vino a la miseria. Se tiró en una silla. Se puso a llorar como loca. Bueno, mijita, vamos. Roger había quedado conmigo en llamar al hotel cada dos o tres días para saber si había llegado. No pensó que viajara tan pronto, conociendo las dificultades que tenía con el padre; imaginó que no iba a poder salir en seguida, mientras procuraba dinero y arreglaba las cosas. La llevé al hotel. Jamás vi a una persona comer tanto, pobrecita. Era una de comprar leche condensada y paquetes de galletitas. No terminaba nunca de comer. No sé dónde pudo meter tanto, pobre. Pasaron tres, cuatro días, y Roger no llamaba. Se estaba terminando el dinero. Entonces le dije: 'Mirá Victoria, hay que empeñar el collar y el prendedor'. Y fuimos al Banco Nacional. Lo tenía que empeñar ella porque era argentina. Yo no podía. Con esa plata nos seguimos manteniendo hasta que llamó. Pero no llamó él. Llamó otro. A la noche volvió a llamar otra persona. Al día siguiente hubo una llamada y era una voz diferente a todas. Parece que ellos hacían así. Por último, a las doce de la noche, llamó él.*

"*Siempre era Victoria quien atendía. Cuando colgó, dijo: 'Me voy.' Yo empecé a vestirme. Y ella dijo: '¡No, usted se queda!'. '¡Cómo! -dije-, ¿no lo voy a ver?' 'No, espere a que yo le diga. Quédese. Espere acá.' Y se fue. Quedé desesperada. Volvió como a las dos o tres de la mañana. Cuando llegó dijo: 'Vístase, vamos'. Salimos. Me llevó de aquí para allá, dando muchas vueltas. Pobrecita. Yo, después, para mis adentros, me sonreía, porque quiso marearme, quiso que no me diera cuenta por dónde íbamos.*

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

-Y bueno, era por allá, por la Chacarita, por aquellos lugares.

"Entramos en un café donde había una mesa larga llena de gente joven. Y al lado, así, a un costado, había reservaditos. Nos acomodamos en uno y quedamos esperando, casi sin hablar. Y resulta que la muchachada que estaba en el café era la guardia y de repente veo entrar a Roger como una bala, rummm, y entra en los baños y se demora un ratito allí y entonces viene a donde estamos. Te podés imaginar lo que fue.

"Victoria nos dejó solos. Y yo: '¿Qué hacés hijo, por favor, en qué te puedo ayudar?, aunque mi ayuda es muy limitada'. 'Mirá, mamá, no andes removiendo mucho.' 'Pero, ¿por qué no me llamás?' 'Porque está todo controlado, mamá. Te están controlando el teléfono, te están controlando el correo y te siguen. No te das cuenta pero te siguen. Así que si vos venís a verme desde Montevideo, va a haber uno que te siga, y por vos, me van a encontrar a mí. Por eso, nada más, mamá. Pero quedate tranquila, que si pasa algo, yo te voy a avisar.'

"Ahí estuvimos como hasta las cinco. Y bueno, llegó un momento en que ya no teníamos más de qué hablar, y me dice: 'Te acompaño, mamá. Te tomás el subte en Lacroze y te bajás en pleno Centro'.

"Me acompañó en el subte un rato y él bajó en una estación y vos sabés que cuando me dio un beso y se abrieron las puertas y el salió, apurado, corriendo por la escalinata y yo lo ví así y me quedé mirándolo hasta el final, hasta que desapareció en la negrura, me dije, ¿no será ésta la última vez que te vea, hijo?

"Te juro que hubiera salido corriendo tras él pero me

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

contuvo el miedo de perjudicarlo a él y a sus compañeros, porque si lo llamo, lo hubiese hecho por 'Roger', su nombre, mientras que allá le decían 'Pablo', y en una de ésas podía haber alguien que escuchara y se diera cuenta, al no ser un nombre tan común."

Fue la última vez.

❀ ❀ ❀

Sí, Mamá Julien volvió a Buenos Aires apenas pudo. No bien desembarcó, fue directamente a la Asamblea Permanente procurando noticias de las gestiones entabladas. *"¡Cero! No importa. Algo iba a hacer. Mi carácter no es para estar de escrititos ni para quedarme mano sobre mano."* Le consiguieron alojamiento gratuito y conexiones.

Primero pernoctó en lo del doctor Mignone, uno de los fundadores de la Asamblea. Luego estuvo varios días en una casona de Barrancas de Belgrano, donde una señorita mayor y su padre hicieron todo lo posible para que se sintiera cómoda. Después pasó al apartamento de unas hermanas, directora de escuela una, y la otra secretaria de la Junta de Granos, ambas solteras. Rivadavia al seis mil. Tenían otra hermana, viuda a la que le habían desaparecido, en un allanamiento, la hija, el yerno y la nietita. La convirtieron de la familia. Le franquearon alacenas y secretos; le regalaron, como a una convaleciente, ropa, golosinas, revistas y magnolias; le indicaron

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

que en el centro de la mesa con frutas siempre había algún dinero para casos de urgencia que, como todo lo de la casa, también le pertenecía. Por entonces Mamá Julien no se daba cuenta de cuán riesgoso era el hospedaje brindado, para ella y para los anfitriones. Ignoraba que, en principio, todos los habitantes eran sospechosos de conspiración y que los familiares de desaparecidos, apresados o requeridos integraban la legión del "enemigo interno", tanto como quienes los ayudaban. Ni de cerca imaginaba la trama de seguimientos y delaciones en que estaba envuelta. Tomó, pues, agradecida y naturalmente el cobijo que le ofrecían y, sin etiquetas, experimentó el compañerismo. Fuera de generalidades, no le hacían preguntas ni comentaban con ella pormenores de la represión. Más bien buscaban distraerla, dándole todo el apoyo del mundo, silenciosamente. Sólo avanzando en intimidad entraron a canjear desolaciones.

En todo caso, Mamá Julien no estaba de paseo. Había venido para buscar, y por cierto que buscó.

Recorrió una y otra vez juzgados y casas de menores. Insistió en la cárcel de Olmos y en Villa Devoto. No halló rastro alguno. *"Sí, en cambio, empecé a encontrar hombres y señoras haciendo las mismas giras que yo. Caras que se repetían. Nos reconocíamos yendo y viniendo por los mismos sitios. Todos buscábamos a alguien.*

"Un canciller conocido, excelente persona, a quien le pedí que me orientara, me aconsejó que los buscara rápidamente y los sacara pronto del país. Parecía saber algo que

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

no me dijo." Sólo consiguió aumentarle el desespero.

En el cuartel donde, según alguien dijo, habían dicho que creían haber visto a Victoria, entregaba cartas para el comandante al soldado de guardia por un agujerito de la pared. Esperaba horas alguna respuesta. Al rayo del sol. Todos los días. Se le hinchaban las piernas y más de una vez no se desmayó por pura fuerza de voluntad. Se quedaba hasta el momento en que la vencía el cansancio. Y volvía al otro día... "¿Espero?" "Y bueno, si quiere, espere."

En una casa-cuna la atendió el director y, refiriéndose a los niños buscados, dijo: "Por mí los borro a todos: son gérmenes nocivos". Calló. Nada contestó. No se le movió un músculo de la cara. Haciendo un supremo esfuerzo, soportó en silencio la iniquidad.

"Cuando fui a Casa de Gobierno, presenté la carta que me hizo el coronel De la Serna para el coronel San Román (que entre ellos eran muy amigos y no dudó en hacérmela en seguida) e inmediatamente me recibió. Mostré la cédula y ni la miraron. Me atendió San Román en su despacho. Muy atento; muy serio. Le conté lo que me pasaba y ahí mismo pidió al ministerio del Interior la ficha. No sabían si Roger estaría con su nombre verdadero. Tal vez eso dificultó la búsqueda. Yo confiaba en la persona humana. Pensaba que efectivamente me querían ayudar pero por una cosa o por otra, no podían."

Una mañana, en un campo militar: "Señora, a usted le están gritando", le advirtieron. No había oído nada. Había avanzado más allá de la torreta, sumida en sus cavernas interiores. *"Me amenazaban desde arriba con disparar porque yo estaba llegando al*

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

portón y no se podía entrar. '¿A dónde cree que va ésa?', gritó un soldado a otro, mientras me apuntaba. Yo me paré en el sendero y les grité: '¡Señora! ¡Soy una señora! ¿No saben respetar?'."

En un asilo hizo circular las fotos de los niños entre los funcionarios pero ninguno los reconoció. Un hombre esmirriado, de sonrisa a destiempo, tuvo dudas; pero luego juró y rejuró que nunca los había visto. Las empleadas le decían "abuela". El director -lentes culo de botella y tiradores por sobre el pulóver- hizo formar a los menores para que los viera, comprobando por sí misma la realidad. *"Pobrecitos, como soldaditos; como presos."* Semirrapados. Con olor a poco baño y a orín viejo. Animalitos de mirada huidiza, anhelantes porque terminara pronto la exhibición. Titilando en algunos la esperanza. Tratados de "usted", "¡Párese firme!", "Salude a la señora", "Vaya", "Venga". Todas las edades. De cuatro años a muchachones. Uno era idéntico a Roger cuando comenzó la escuela.

"Frente a un cuartel una mujer lloraba como loca. Tenía un hijo desaparecido. Venía de Tucumán, me parece. Yo me acerqué a ella y le dije: '¡Pero qué caso le van a hacer estos canallas, si no devuelven las criaturas! ¡Cómo le van a contestar por un grande!'. Entonces salieron varios uniformados y nos preguntaron qué estábamos haciendo ahí. Yo les contesté: 'Buscamos a nuestros hijos. Estamos esperando respuesta...'."

❀ ❀ ❀

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

En su persecución, Mamá Julien se topó con la muralla de silencio.

Un silencio rumoroso, despistante, encubridor. Un silencio fraguado con medias palabras, con reticencias, con ambiguas indicaciones. Un silencio urdido por alzamientos de hombros, por caras compungidas o herméticas, por brazos abiertos en mímica de impotencia, por consuelos demasiado rápidos, por amenazas veladas -y no tanto-, por urgencias descolocadas, por moras y postergaciones infinitas, por ineptitudes insólitas y manifiestamente mentirosas. Un silencio dictado por miedo, cobardía, complicidad, y -también- por real desconocimiento. Un silencio propiciado por la insularidad del "no te metás". Un silencio incesantemente tramitado. Un silencio producido por innumerables oficiantes. Pero ella no se dio por enterada.

❀ ❀ ❀

Mamá Julien sabía amañarse. Ciertamente. No llegó a Videla pero sí consiguió escalar, con recomendaciones y tenacidad, hasta el Comando del Primer Cuerpo del Ejército, donde Suárez Mason regía como sátrapa. En la sede del Comando, la recibió el secretario general, coronel De la Serna, el de la carta. Alfombras rojas, sillones de cuero, cortinados, cuadros

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

de próceres, mármoles, ajetreo oficinesco. "¡Siéntese, señora! Estamos para servirla." Ademanes untuosos, empitucados. Pelo a la gomina. Aromas de lavanda y pipa.

Mandó buscar expedientes. "Para que usted se conforme, señora." Requirió información a todas partes: ministerios, cuarteles, regiones, Aire, Mar y Tierra. *"El capitán asistente se afanaba por cumplir las órdenes. El coronel se mostraba preocupado. Se sentó a mi lado, examinando legajos también él. Hablaba y hablaba. Que ellos no podían haberles hecho eso a los niños. Que con lo que querían a los niños los argentinos. Que patatín patatán. En determinado momento tuvo que haber dicho alguna barrabasada grande, alguna mentira grande, porque el capitán levantó la cabeza y lo miró con cara de asco. Me pareció."*

El coronel hizo servir té a Mamá Julien. Se lo trajeron en juego de porcelana, con masitas secas y un bombón de fruta. Mozo de librea y guante blanco. "¡Oh, perdóneme, señora! ¡Cómo no me di cuenta antes! ¡Discúlpeme! ¿A una dama uruguaya, té? ¡Qué grosera distracción! ¡Saquen todo eso, inmediatamente! ¡A la señora, mate!", ordenó el coronel.

En adelante, cada vez que Mamá Julien iba al Comando, sin preguntarle nada a nadie, con precisión castrense, un soldadito encharolado, sin pestañear, tieso maniquí de vidriera, le cebaba mate en la sala de espera.

(Después supo Mamá Julien qué clase de individuo era el tal coronel De la Serna: Alba Castillo, con otros, tuvo que gestionar ante él arreglos sobre no sé

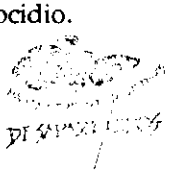
❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

qué, por lo que fueron en comisión hasta Campo de Mayo. El coronel los atendió en su despacho, ofreciéndoles lo que quisieran tomar, mientras se bebía enormes faroles de whisky, sin hielo, a lo cowboy. Quizá estuviera algo pasadito o quién sabe qué pensó que eran los fulanos que tenía enfrente, la cuestión es que se libró a los comentarios sobre operativos militares, sin ninguna reserva, con pelos y señales. Contó Alba que dijo que cuando hacía uno, "iba sacando el bufoso y pum, pum, pum, tanto me da mujeres, viejos y niños, que después vengo a casa, me tomo un whiskicito, me doy un baño y salgo a pasear con mi señora.")

A fines de ese año, Mamá Julien recibió en Montevideo un tarjetón que decía: "El Comandante del 1er. Cuerpo del Ejército y Sra. de Suárez Mason, se complacen en hacerle llegar un cordial saludo y los mejores augurios de felicidad y prosperidad para Navidad y Año Nuevo". Lo releo mientras escribo.

Días pasados, el fiscal pidió cadena perpetua contra Suárez Mason como autor de genocidio.

❀ ❀ ❀



Alguien sugirió: "¿Por qué no va a La Plata? San Martín pertenece a su jurisdicción".

Mamá Julien peregrinó, pues, a La Plata.

De mañana, tempranísimo, con obreros y empleados, tomaba el tren en Constitución y volvía por

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

la noche -molida, espantada por lo que había visto y lo que imaginaba, acosada por el sufrimiento-.

Sin convicción, por rutina, no dejó de presentar habeas corpus en Tribunales reclamando las queridas presencias. *"En un juzgado, usía, el juez, para consuelo, me dijo: 'A nosotros nos desapareció un abogado y no lo encontramos más'."*

En un albergue de menores, el director le aconsejó que hiciera difundir las fotos por Canal Dos. Fue en su nombre y pasaron la de Victoria con los niños. En *El Día* de la ciudad de La Plata insertaron también una pequeña nota (demasiado chiquita, pasó desapercibida). Se les puso como "Buscados".

En las calles, Mamá Julien aprendió sobre la violencia. Fue imborrable. Recordará siempre al muchacho de campera gris atrapado por una banda de forajidos saltando de automóviles aún en marcha, de particular, con armas en la mano. En pleno Centro, a media cuadra de la Rotonda, sobre el mediodía. Vio cómo lo derribaban a culatazos en la cabeza, cómo lo pateaban en el suelo, cómo le pisaban la cara con los tacos -y no podía creer que de algún modo ella estuviera participando en ese horror-. Sintió pánico. Se alejó corriendo. En la carrera, oyó tiros.

Recordará al viejo, brazos en alto, frágil como temblloroso retoño, cayéndosele las gafas que una bota hizo añicos, descuajaringado a golpes, desplomándose, muñeco de aserrín, en aquel zaguán rosado.

Recordará a la muchacha, no más de veinte años -el cuerpo de la muchacha-, tirado en la esquina de la

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

librería, semidesnudo, acribillado el rostro por una monstruosa viruela, los cabellos pegoteados con una melaza oscura, y las huellas de zapatones sobre los charcos de sangre ya seca.

Recordará al moreno, espigado como caña tacuara, físico de basquetbolista, remera granate, brazos flacos y sin gracia, derribado de una zancadilla por un milico -sin brutalidad, casi como por diversión-, quedando sentado en medio de la calle, con las piernas cruzadas. Retendrá para siempre cómo se le acercaron varios soldados, cómo les hablaba desde el suelo, diciéndoles que no era él, que se habían equivocado de persona y cómo, a manera de respuesta, lo fusilaron, rematándolo de un tiro en la cabeza.

Recordará que la gente seguía impertérrita su camino en medio de estas escenas, como si no sucediera nada, como si fuese natural toparse con cadáveres y asesinatos, como si formara parte del normal tráfico ciudadano aquella caza salvaje, como si los perseguidos no fueran gente, como si estuviese ocurriendo en otro planeta. Se guarecía de balas y gases con la misma naturalidad que de lluvias y granizos. Recordará que sintió la más completa indefensión.

-¿Qué creías que estaba pasando?

- Bueno, lo que estaba pasando era que como todos decían que eran sediciosos -para ellos todos eran comunistas-, los estaban persiguiendo y agarrando. Eso. Como el gobierno no lo era.

❀ ❀ ❀

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

A mediados de diciembre Mamá Julien volvió a Montevideo. En la proximidad de las fiestas, quería estar con los suyos. (¿Dónde estarían los suyos?)

Retornó a otra dimensión de la vida. Papá Julien permanecía (no era posible decir mucho más que eso). Demacrado, con barba de tres días, sostenido por pequeños formalismos, esbozando sonrisas ante el alboroto, estaba como ausente. Pico lucía bronceado. "¡Cómo! ¿Empezaste la playa? ¿Salvaste el liceo?" Las tentativas de explicación quedaron colgadas como aderezos de carnaval. "¡Mary, parece mentira lo que hacen cuatro meses! ¡Toda una mujercita, ya!" Por cierto que había quedado atrás "Mademoiselle Pescadilla", como le decía Pico para mortificarla. "¿Qué trajiste, mamá?" ¡Cómo sabes, chiquita, que Mamá nunca los olvida!" "¿Algo?" "Menos, sólo alguito."

Mamá Julien halló que la casa era un revoltijo imposible. Las camas sin destender; el fregadero repleto -usaban hasta el último plato, hasta el último tenedor, antes de ponerse a lavar-; las plantas sin regar, marchitas, secas; la ropa sucia amontonada tras la puerta del baño: un desastre. Inventarió necesidades, censó provisiones y se puso a hacer. Trabajó duramente para superar el caos, "y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo". "¿Quién le habrá dicho a la gallega que salame y vino es almuerzo de niños?".

La primera mañana pidió a Mary que llamara a la

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

consuegra. Después de colgar el tubo: "¿Qué te dijo la señora?". "Que tenía esperanzas de que se hubieran ido y que el padre de Victoria les tenía preparados los papeles para Europa. Después no le entendí mucho... Frases sueltas... 'No puede ser Anatole...' 'Victoria se había ido...' 'Roger se pegó un tiro...' 'Por culpa de tu hermano...' Se ve que está trastornada la señora...".

La segunda, abrió un sobre dirigido a "Roger Fulien". En papel de avión y con matasellos de Brasil. Adentro venía el recorte de un diario de Porto Alegre con la foto de un hombre en el suelo, de espaldas, y un soldado apuntándole con su fusil. La leyenda al pie decía algo acerca de *um subversivo morto*. La imagen era borrosa. Resultaba inexplicable el significado del envío anónimo -y más extraño todavía que el destinatario fuera Roger, siendo que jamás había vivido en esa dirección. Mamá Julien apenas si comentó que a lo mejor el hombre acostado en el piso no estaba muerto, porque si no, ¿qué sentido tenía que el soldado lo mantuviera encañonado?, ¿a santo de qué apuntar a un difunto?

La tercera, Papá Julien, quitándose las gafas, saliendo de su exilio, dijo como al pasar: "Estás perdiendo a los hijos que están y te necesitan, por correr tras los pasos del hijo que se fue y no te precisa ya". No esperó respuesta.

❀ ❀ ❀

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

El 24, Mamá Julien saltó temprano de la cama. ¡Había tanto que hacer! Entre los Julien, sin pavo relleno y *pudding* (con pronunciación de Oxford) no había Navidad. Integraba la ritualidad inculcada por Papá. Decía que la familia había venido cumpliendo esa tradición desde tiempo inmemorial, como si se tratara de una ley foral, como si esa ingestión tuviera calidad ética o nobiliaria y les hiciera comulgar con "la rubia Albión".

En la cocina, Mamá Julien navegó en el globo del tiempo. Los muchachos, empatotados, haciendo fogatas en tachos de basura, perpetuando en los plátanos, a cortaplumas, juramentos de efímeros amores eternos, escandalizando con gritos y cantos, inventando colectas, ensuciando muros. "Roger es el cabecilla", dijo el cura. La huelga en el liceo. Acantonados los muy revoltosos. Ella remontando la escalinata externa con el yip. "¡O sale Roger inmediatamente o me meto con auto y todo para adentro y lo saco de los pelos!" Roger saliendo. Hecho trapo. Roger casando a Mago con Clorinda, la perra del viejo Grasso, mientras les cantaba la marcha nupcial. Roger y su úlcera de estómago. Las Navidades en la chacra. Veinticinco, treinta personas. Toda la familia. Los vecinos trayendo palanganas de uva y compotas, gallinas y flores. Lechones, pavos y pollos, postres, tortas y frutas, vinos y quesos, licores y helados... ¡De todo! ¡La vida entera! Sidra a raudales. Nueva, cabezona, reidora. Hacía cantar y reír por reír, o hablar fuerte, o dormir -como pasaba con tía Clota-. Y la chiquillada, incontenible jauría cachorra recién des-

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

prendida de las cadenas, jugando, saltando, destrozando almácigos y macetas, revolcándose entre las piernas de los mayores, rompiendo copas, volcando botellas, durmiéndose, desparramados, en sillones y en el suelo. Roger capitaneando y la gente grande conversando tan lo más bien. Luces de bengala. Fuegos artificiales. El pino cargando regalos para todos, estremecido de luces. ¡La vez que se emborrachó con el moscato de los Santini! Pobrecito, no podía ni pararse. ¡Ah, pero eso no fue en Navidad! Eso fue a la hora de la siesta, cuando recién empezaba el verano. ¡Suerte que no se enteró Papá!

"Un día Roger pidió si podía traer a un muchacho que no tenía familia. Vivía en Colonia Suárez, en el albergue de menores, pero no era malo. Lo criaba el administrador porque lo había adoptado un matrimonio brasilero y cuando se fueron a Brasil no lo quisieron llevar. Se lo dejaron al administrador. Le dijimos a Papá y él permitió que fuera para las fiestas. El chico tenía su primera Navidad en serio, con regalos y mucha gente. Habíamos ido a vivir allí cuando Roger tenía seis años. "

Esa noche, Mary, Pico, Mamá y Papá Julien se sentaron a la mesa temprano. Rezaron la antigua plegaria -mejor dicho: guardaron un ratito silencioso que ocupó el lugar de la oración dictada por Papá en otros tiempos-. Fueron comiendo. Todos elogiaron las viandas preparadas por Mamá, y en especial el pavo relleno con jamón y trufas, según era de rigor. Entusiasmo de refectorio monacal. Cada tanto la charla ardía alegremente, pareciendo que el fuego cobraba vigor, como cuando arrojamos pinocha al

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

hogar y las llamas se elevan, brincan e incendian el alma durante un suspiro. Pero, decididamente, la leña estaba verde.

A las diez, cansado, dolorido, Papá se fue a la cama. Pico salió con los amigos del barrio a alborotar con cohetes y buscapiés y Mary, a pasar la Nochebuena con la familia del novio.

Mamá Julien quedó sola. Sola de toda soledad. Como Francisco del Puerto luego de la masacre, como Mamá Julien los fines de año. Sobreviviente de cataclismo sideral. Inerme. Danzándole en la cabeza resplandores de muchachez, caries de la vida, ríos subterráneos por los que corrían inconfesas culpas, obsesivas ilusiones, pobres rebeldías. La gusanera. Aguardando junto al teléfono. Un poco más. Y otro. Y otro poco. Oyendo los estallidos de la ciudad, los clamoreos, los augurios gritados desde las ventanas, a través de la calle. Sintiendo cómo explotaba la alegría ajena. "Por favor, llamáme. Llamáme cada tanto. Llamáme, hijo." "Sí, te llamaré..."

Repasó papeles que se sabía de memoria. La primera cartita que le envió desde el Penal: "Mamá: recibí la ropa y la reconocí en seguida y pensé que la enviaba Victoria; no te escribí antes porque no sabía si tú estarías viniendo. Imagino que ustedes están bien, pero quiero saber más de Victoria. Pensá, por favor, que es la cosa más angustiosa que pasen los días y no se sepa más que un "está bien"; quiero que me escriba algo, indicále cómo es aquí el sistema de correspondencia y que me envíe algo escrito, para mí es invalorable poder leer una carta montones de

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

veces. ¿Cómo es que te dieron las llaves de casa? ¿Cómo está la casa? ¿Y los gatitos y la gata? ¿Cómo están Pico y Mary? ¿Van a la escuela? ¿Están bien o están tristes? ¿Cómo está Papá?... ¿Cómo están Pepe y los chicos? Un beso grande a todos, a Papá, a Pico, a Mary, para ti, para mi compañera Victoria, para Jacinto, Celia y las nenas. Un abrazo fuerte y los quiero mucho y siempre. Roger. P.D.: Mamá: necesito un cucharón sopero de aluminio, una lámpra veladora a keroseno y un espejito de unos quince centímetros, más o menos. R". Versos: "Larga, Victoria, descansa/baja la mano, despierta./olor de vinos calientes:/suave dolor./mirada que... se abre/vuelta sobre... la vía/transita... larga, sombría./por las pestañas... perdidas./luz en la noche,/no es noche/sino tarde detenida./pájaro, Victoria,/entrega/toda la vida". Manoseados papeles amarillos.

En un minuto cualquiera, antes y después de nada, Mamá Julien dejó su puesto de vigilancia, indeciblemente derrotada. En la lotería, su boleto nunca tenía premio. Se acostó junto a Papá -en la Luna o Plutón-, destruida. Jamás podría trasmitir el ahogo de su corazón.

"Las fiestas eran lo más pavoroso de pasar -contó Pico-. *Mamá ya no lo podía evitar. Todos no lo podíamos evitar. Algo había pasado. Era evidente. Fuera de papá, yo era el que estaba más convencido de que algo extraño había ocurrido. Pero mamá no quería convencerse. A pesar de que cuando aparecieron Anatole y Vicky tuvo la certeza, igual seguía: 'No sé'. 'Todavía no los vi.' Hasta que llegó el testimonio del vecino que escribió. 'Bueno, ahora* sí.'

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Pero en seguida: 'No sé; todavía no sé. No los vi. Hasta ese momento era la posibilidad de que llamara en Navidad. Era una costumbre que teníamos en la familia de llamarnos a medianoche. A ver quién llamaba primero. Era la locura. Mamá saltaba de la silla porque podía ser Roger. Nunca era. Habían pasado dos, tres, cuatro años, y seguía pensando que podía ser Roger. Cualquier momento, cualquier fecha de cumpleaños, servía para que mamá, sonando el teléfono, saltara pensando que ahora sí debía ser Roger. Horas, años, la vida, pastoreando el teléfono. ¡Pobre Vieja!"

❀ ❀ ❀

A mediados de enero, pasados los días francos, Mamá Julien volvió al campo de batalla.

Sin confesárselo, abominaba el papel de ama de casa -esa brega incesante contra la necesidad, el deterioro y la mugre, las puntuales mareas del hambre, el a cada rato es fin de mes, el esterilizante empeño de moldear a Mary y Pico, la caducidad de Papá, la falta de alicientes, la trampa de una constante provisoriedad definitiva, su propio envejecer, el mellado de los filos y la ceniza sobre las brasas-. No podía admitir que eso fuera la vida. Ignorante de mitologías, luchaba contra su condena de Sísifo, sin percibir que no hay escapatoria al absurdo del hombre sobre la Tierra.

A través de los Dominicos de su parroquia, había conseguido en Buenos Aires hospedaje en una Casa

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

de emigrantes de paso, sostenida, al parecer, por la Acción Católica. No quería molestar a las amigas, tan serviciales, tan hermanas. Aunque seguía visitándolas y conservando la llave del apartamento, prefería itinerar apostaderos -aun a costa de pasar mal-. Como si algo le oprimiera el cuello, precisaba desasirse continuamente de ataduras, igual que quienes siempre tienen que desabrocharse el último botón de la camisa, así sea ésta dos talles más grande.

El refugio quedaba en Laprida y Las Heras. Colectivo 12. Regencia del padre José. Un asilo de curas o hermanos, *"algo muy especial."* Cuatro casas gemelas. Techo y comida para desterrados en tránsito hacia México o Suecia, en fin, hacia cualquier país que los acogiera, poniendo océanos de distancia con la "Operación exterminio". Mayoría de chilenos. Mamá Julien lo evocaría en tonos de postal; Pico, no.

"'¿Por qué no hace venir a unos de sus hijos?', le dijo el padre José. Y me mandó buscar. Cosa espesa. Mamá, que es un rayo, vio que la oficina estaba sucia y se ofreció a mantenerla limpia. Se negaron. Pero insistió; y terminó llevando la administración del Hogar, con el teléfono en su cuarto y todo lo demás. Había que sobrevivir. Tenía las llaves de los armarios de la comida, lo que le acarreó no pocos problemas con la gente. Había que lidiar con aquella manada. Muchos no eran refugiados políticos, o no parecían serlo. Pretendían comer a toda hora. Para mí, que muchos eran chorros, nomás. Por precaución, dormía con un puñalito bajo la almohada. Nunca se sabía de dónde vendría el lío. Menudeaban trompadas, peleas y borrachos

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

-y allá salía yo, hombreando, haciéndome el loco con la indiada-. Ahí me di cuenta lo que es sentirse solo."

Mamá Julien continuó sus recorridas. Iba de la seca a La Meca pertrechada con escritos de habeas corpus, tarjetas de presentación, papeles de la Cruz Roja, fotos de los niños, y de los mayores, cartas de recomendación de monseñor Langhi, recortes de diarios. El calor húmedo de Buenos Aires le hacía mal. En las noches sentía palpitaciones y un fuerte latir en los oídos.

En Campo de Mayo no pudo pasar de la entrada. Estaba de guardia un muchachito. "Déjeme pasar. No lo voy a comprometer." "Voy a decir que usted no me ha visto." "Busco a un hijo, a su esposa y a dos nietitos." "Por favor se lo pido..." No hubo caso.

En Puente 12, menos que menos. En su desesperación, al primero que aparecía en la puerta le contaba su drama. Un oficial, un hombre joven, le repitió lo que todos ellos decían: "Algo habrá hecho su hijo".

En el Departamento de Policía: "Mire señora, a la gente que se lleva la policía no se la lleva por buena, así que tenga la bondad de retirarse".

En el Noveno de La Plata, un capitán, para sacársela de encima, le aconsejó que se diera una vuelta por el juzgado de Azul, donde sabía -dijo- se estaban tramitando causas de sediciosos uruguayos.

En el Borda, donde la atendió un enfermo cuyo brazo izquierdo terminaba en un muñón de plástico de uñitas rosadas, en el que tenía anotados números de teléfonos y direcciones, dudó si ella no estaba más insana que los locos internados.

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

En la comisaría de San Martín: "Sin información", a pesar de que el operativo había sido en la zona y tenían que saber algo. Nadie recordaba nada; nadie sabía nada; nadie nunca había oído nada. En medio del tráfico de ladronzuelos, yiras, mujeres castigadas por sus maridos, quejosos y querellantes, los agentes hicieron como que revisaban libros y archivos. "¿En qué fecha dice que ocurrió el hecho?" "¿En qué lugar, exactamente?" "¡Lástima que sea tan imprecisa!" Simulaban buena voluntad. "¡Negativa su consulta!" "En setiembre del 76 no hubo enfrentamientos de sediciosos aquí." "Quizá en Villa Lynch."

En Villa Lynch, el guardia de puerta, al verla llegar, la detuvo a gritos antes de que Mamá Julien hubiera abierto la boca: "¡Retírese! ¡Acá no hay nada! ¡Vaya a otra parte!". No dio ni para protestar. Se le rio en la cara al milico.

❀ ❀ ❀

Viajó hasta Azul. El juez había salido para la reconstrucción de un crimen. Regresó ya de noche, cuando hacía siglos que habían cerrado al público. Entre tanto, los dos o tres funcionarios que quedaron, no le dirigieron la palabra. (Fuera de uno que, seguramente queriéndola confundir, la hizo pasar a una sala grande con las paredes cubiertas de fotos, miles y miles de fotos. "Estas son personas buscadas. ¿Cuál es el suyo?" Mamá Julien se limitó a mirarlo como sabía. El tipo se dio por servido).

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

No se movió del banco de madera, junto al despacho del actuario, ni para ir al baño. Se sentía dura por dentro. Demasiado dolorida como para verbalizar nada. Uno de esos días en que la pena es marrón y mejor sería tirarse a un pozo o cortarse las venas y que termine todo de una buena vez y que Dios se vaya al Infierno. El juez la sacó de la ciénaga. Un hombre alto, delgado, canoso, de lentes, serio, bien vestido. A pesar de que parecía un senador norteamericano de biógrafo, impresionaba como respetable.

Mamá Julien se animó. Le contó lo que sabía y lo que le faltaba por saber. Le habló de Roger, de Victoria, de los niños, del tío lituano. Le refirió su peregrinaje. Le dijo que proseguiría hasta encontrarlos. "Como *El Viejo y el mar*, de Hemingway. "¿Lo leyó?" "No, señor." "Bueno, no importa. Trata de un hombre que quería pescar un pez grande, el más grande de que se hubiera pescado nunca. Al final, perseverando, lo consiguió. Pero no pudo gozar de su conquista. Los tiburones se lo devoraron. Sólo logró sacar a la orilla un inmenso esqueleto desnudo. Usted es el Viejo. Está luchando contra el mar y los tiburones. Si obtiene algo, no será más que sufrimiento." "No entiendo mucho lo que me quiere decir, pero resulta que en la vida cada uno tiene que hacer lo que debe hacer."

Luego derivaron a cuestiones prácticas, entrando en los qué, los cuándo, los cómo. "Bien, bien. Vamos a ver qué podemos averiguar. Venga cuando quiera." "Le convendría darse una vuelta por el cuartel.

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

A lo mejor saben algo." Mirando el reloj, el magistrado advirtió que ya había partido el último micro a Capital. "¿Dónde va a pernoctar, señora?" Mamá Julien se alzó de hombros, en uno de sus gestos característicos. El juez señaló que en el único hotel del pueblo sólo paraban prostitutas. "¡Tenga cuidado, mi buena señora!", dijo haciéndole un guiño pícaro, como si pudiera haber algo gracioso en todo aquello. La acompañó hasta la puerta, saludándola ceremoniosamente. Se inclinó, casi en ademán de besa-manos.

Mamá Julien ingresó en la noche, recayendo en la pena; y en la náusea. Decididamente, no estaba en su mejor momento.

Caminó al azar. Puertas y persianas cerradas, calles desiertas, ladridos de perro grande, pasos sobre el adoquinado. En una plaza, se sentó. Cielo estrellado; oscuridad perfumada de rosas; a lo lejos pitaba un tren. Como aquel gas mostaza que en el catorce diezmaba trincheras -enemigas y propias, según soplara el viento-, penetrándole por todos los poros, invadiéndola desde adentro, una infinita piedad la fue intoxicando. Se tuvo una lástima terrible. Y lloró. Lloró amargamente. Sin consuelo. Porque sí. Por el gusto de llorar sin temer que alguien pudiera verla, para remover el peso que la asfixiaba. Haciendo confidencia de su caída a las sombras con oscilación de árbol, al secreto aroma de rosas, a la lejanía de estrellas. Se conoció cursi y trágica, pobre mujer atormentada que jamás estaría a la altura de sus deseos, ser gris, humildemente gris, enloquecido de

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

grandezas, gaviota solitaria, bichito de luz. Se sintió desfallecer.

Cuando se quiso acordar tenía enfrente a un viejo que, los brazos en jarra (¿caricatura? ¿Papá Noel?), repetía: "¿Qué-le-pasa-mija-que-está-llorando-en-una-plaza?". Mamá Julien, sobresaltada, balbuceó naderías. El viejo insistió: "Cuenteme-mija-que-no-debe-ser-para-tanto".

Mamá Julien capotó. De nuevo sintió que pisaba el suelo donde también vagan genios benéficos que toman interés por sufrimientos ajenos. Abrió el grifo. Contó lo suyo -sin omitir pieza empapelada con fotos, juez y hotel de putas-. Represó la angustia. Cobró la serenidad perdida. "¡No me haga caso, señor, que soy una vieja boba", cortó, como queriendo anular su efusión.

El enviado del cielo apremió: "Vamos-mija-que-este-sereno-le-va-a-hacer-mal". La tomó de un brazo, conduciéndola por caminos empedrados, donde menudeaban ladridos y era incontenible el olor del hinojo.

La llevó a su casa, donde su mujer no precisó mayores explicaciones para abrirse a la hospitalidad. Gente humilde. Pobreza limpia. Goteaba una canilla. Contra muros recién enjalbegados, había cañas de pescar, redes y una escopeta. En una jaula revoloteaba un cardenal.

La hicieron olvidar. El viejo la agasajó con ginebra, gruesas lonjas de salchichón y cuentos de caza, de malas mujeres que resultan buenas personas, de la selva, de pesquerías en el Paraná, de cuando era niño,

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

de un vecino al que llamaban "Devolveme-lo-que-es-mío" porque cuando se peleó con la novia le reclamó hasta un par de zapatos que le había regalado. La mujer le sirvió un plato de sopa caliente y cuajada con miel. Por una ventana de postigo entreabierto se veía una luna finita como corte de uña.

Tardísimo, en la madrugada alta, cuando el sueño cerraba los ojos, le prepararon la cama de matrimonio -mientras para ellos armaban un catre-. "Si-tiene-frío-acuéstese-vestida-mija-porque-no-tenemos-otra", recomendó el hombre, alcanzándole una frazada. Los viejos se retiraron, deseándole durmiera bien. "No-se-olvide:-el-colectivo-blanco."

Mamá Julien entró en un sopor cortado de sobresaltos. En un momento oyó que alguien andaba a las vueltas con un caballo y un carro; en otro, que sacaban agua del aljibe. Temía perder el ómnibus. A cada rato miraba la hora. Dormitó malamente.

Nunca más supo de Papá Noel y su mujer, suspirante y acalorada, de raya al medio y lentes con aros de acero, que se secaba la boca con un pañuelo arrugadito y lagrimeaba, haciendo velorio por los desaparecidos hijos de la furia.

❀ ❀ ❀

Muy temprano, todavía de noche, Mamá Julien decidió que había descansado lo suficiente. A pesar de todo, se sentía sedada y con fuerzas nuevas.

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Acomodó ropas y petates. En puntillas, salió a la crudeza.

El mundo estaba helado. La escarcha cubría los campos refulgiendo como vidrio. Una niebla densa, pegajosa, humedecía hasta los pensamientos. Con las rachas del viento, parecía humo. Londres para una escena de *Jack el Destripador*.

No tuvo que esperar demasiado el colectivo blanco. Venía con tres pasajeros: una rubia obesa, de ruleros, con un pañuelo atado a lo Carmen Miranda, que fumaba como murciélago a pesar del letrerito que lo prohibía, un hombrecito que no podría negar válidamente sus antepasados indios y un muchacho sin dificultades para roncar en buses. Mamá Julien se acomodó en el asiento de atrás del conductor. Al oído, le pidió que la bajara en el cuartel. A través del espejo, el colectivero enfocó mirada de pregunta. Era Pepe Dinamita en persona. Mamá Julien le explicó que estaba buscando a un hijo desaparecido y a su familia y que le habían dicho que en el cuartel quizá supieran darle noticia.

Igual que el espejo de la madrastra de Blancanieves, el del colectivo blanco tampoco mentía: trasmitió el más completo escepticismo sobre los resultados que se pudieran obtener en el regimiento. "Mire, doña, tengo que dejarla a dos cuadras. Es zona militar. Vaya pisando fuerte. Estos animales tiran primero y preguntan después." Al poco rato habían llegado. Pepe Dinamita le deseó suerte. Al arrancar, la saludó con la mano.

Mamá Julien fue taconeando por el camino. Pare-

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

cía farsa; sobreactuación absurda. El planeta estaba desierto: sólo ella y El Castillo profusamente iluminado desde postes y torretas. "¡Alto!" "¡Acérquese para ser reconocido!" Un soldado metido en capote grandísimo la tenía encañonada con una metralleta. Achinado, cara de niño, haciendo el guerrero, ceñudo. Mamá Julien levantó los brazos. Tuvo miedo. Se aproximó al guardia. "Estoy buscando a mi hijo y a mi nuera y a mis nietos. Me dijeron que acá podrían saber. Son éstos. Mire. Por favor, pregunte si saben dónde están."

El miliquito vaciló. Examinó los papeles y las fotos. "¡Espere! ¡Espere en la garita!"

Mamá Julien se embarcó en la espera bajo una chapa de cinc acanalado. El frío congelaba los huesos y las ganas de permanecer allí. Una brisa de cordillera le atenazaba la nuca. Las manos eran dos bloques de hielo. Debió traer guantes. En los zapatos mojados, no sentía los pies. Le ardía la cabeza. El plantón la estaba convirtiendo en estaca, en sapo, en piedra, en mero transcurso.

En la eternidad, comenzó a amanecer. Un inverosímil crepúsculo amarillento. La niebla devino gasa leve. El sol se filtró débilmente. A lo lejos, o en la alucinación, un clarín agujereó el silencio. Los gorriones abrieron el día con sus revuelos. De la penumbra fueron emergiendo edificios de ladrillos, alambradas, piezas de artillería, árboles desnudos de troncos encalados, movimientos cuarteleros. Mamá Julien no podía más.

Cerca del mediodía, un sargento le chistó como a

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

las bestias de corral. "Se ignora", dijo con autoridad suprema.

Esa noche Mamá Julien deliró con la fiebre.

❀ ❀ ❀

Inflexible. Inflexible es la palabra que mejor define la búsqueda de Mamá Julien.

Está dicho: no dejó comisaría, juzgado, cuartel o parroquia sin escudriñar. Frecuentó embajadas y organismos internacionales, prisiones y hospitales. Estuvo en Mendoza, Córdoba, Bahía Blanca, Rosario y Tucumán tras pistas de ilusión. Cuando una puerta se cerraba, ya estaba golpeando otra.

Clamó por los nietos al mundo entero. Escribió a Giscard d'Estaing, al Papa, a la reina de Inglaterra, al presidente Carter, a los reyes de Suecia, España y Bélgica, al general Torrijos, a Joan Baez, a Serrat, a Yves Montand, a los presidentes de Colombia, Austria, Italia y Venezuela, a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, a monseñor Pío Langhi, al Consejo Mundial de Iglesias, al senador Kennedy, a García Márquez, a Pérez Esquivel, a Felipe González, a todos. Acompañaba las cartas con fotos de Anatole y Vicky. Muchos, apiadados o formales, le contestaban, sin poder evitar las vaguedades más elementales. Como su única militancia era la de madre, no discriminó en sus envíos. (Tampoco hubiera sabido hacerlo, entonces.)

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Un día, en una oficina de Naciones Unidas, haciendo antesala, un brasileño le habló fervorosamente de don Evaristo, cardenal de San Pablo, del reverendo Wright, pastor protestante, de *Clamor* y de lo que estaban haciendo juntos por los perseguidos políticos. Anotó la dirección en un trocito de diario. "¡He escrito tanto ya! Pero nunca se sabe..." Jamás vaciló en seguir arrojando botellas al mar. Inflexible como el viejo de *La pampa de granito* era Mamá Julien.

Pico lo refirió. *"Me llevaba de acá para allá. Me tenía como loco. Me agotaba -y eso que yo tenía dieciocho años. Le decía: '¿Pero para qué vas a ir ahí, si ya fuiste cuarenta y cinco veces y no te dieron pelota?'. Me contestaba: 'Vamos cuarenta y seis, a ver si en la cuarenta y seis me la dan'. Y allá íbamos. Caminando, porque no había ni para el boleto. Decía: 'Vamos a hacer un habeas corpus'. 'Vamos acá.' 'Conocé este lugar.' 'Conocé este otro.' 'Si a mí me pasa algo, vas a tener que venir vos.' Empezó a adoctrinarme sobre trámites y gente. Dejaba heredero. Confieso que la Vieja me asustaba. Pensaba: 'Bueno, hermano, preparate que estás en puerta'. Yo le decía: 'Mamá, mirá que a Roger debe haberle pasado algo'. Y ella contestaba: 'Hasta que no lo vea enterrado no lo dejo. Lo voy a seguir y vos vas a quedar en mi lugar y los vas a seguir hasta que veas enterrado a tu hermano'. Invariablemente contestaba eso. Me llevaba a todas partes. A veces, para nada. Para que yo conociera lugares, nomás. No me dejaba anotar nombres ni direcciones. Decía: 'Mentalizáte; repetílo para vos; acordate'. 'Si a uno lo agarran con papelitos empiezan los problemas.' Ya pizpeaba bastante más."*

Mamá Julien seguía el camino trazado despre-

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

ciando malos augurios y certezas de la razón.

"Yo casi desde el principio sostuve que Roger había caído, porque era muy raro, pero muy raro, que no se hubiera comunicado de alguna forma durante tanto tiempo. El siempre buscó comunicación, de un modo o de otro. Aunque fuera espaciada. Al principio, no. Al principio pensé que de repente estaba en Suecia. Después se me hizo patente que Roger había caído. Pero lo mismo seguí a mamá. Ella tampoco hubiera permitido que no la siguiera."

Sí, Mamá Julien era inflexible.

❀ ❀ ❀

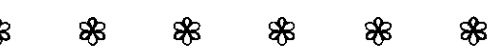
-¿Qué buscabas? ¿Qué pensabas encontrar?

- Pensaba encontrarlos a ellos. No podía creer que estuvieran muertos, como le dijeron al lituano viejo. No podía creer eso. Me parecía que no; que no podía ser. Roger era tan vivaz, tan inteligente, tan astuto...

Había huído de Punta Carretas en la fuga más grande de todos los tiempos. Ciento once presos. El 5 de setiembre de 1971. Un domingo. Por un túnel. Cuando los Julien, escuchando la radio, oyeron los nombres, les pareció increíble.

Luego, cuando los milicos revolvían cielo y tierra buscándolos y habían puesto tropas, perros y helicópteros tras ellos, se libró por un pelo de la emboscada en que cayeron varios fugados, en casa de un arquitecto, delatados por una traición. Dios lo protegía.

Después tuvo la salvada del apartamento. Salien-



do de donde estaba escondido, fue reconocido por un tipo que pasaba y lo denunció. Roger escapó justo en el momento en que la policía tiraba abajo la puerta. Se deslizó por el pozo de aire y se metió, por el tragaluz del cuarto de baño, en el apartamento del otro piso, donde vivía un matrimonio viejo. Descalzo, en camisa y con el pantalón en la mano, entró. "No se asuste, señor. Discúlpeme. No estoy armado", dijo. "Discúlpeme pero voy a tener que quedarme aquí hasta mañana, para poder salir. Allanaron mi apartamento. Sí, las Fuerzas Conjuntas. Pero, por favor, señor, no tenga miedo."

Al ratito eran amigos. La señora hizo de comer y comieron los tres. Tomaron café. Charlaron toda la noche, mientras la mujer hacía arreglos en la ropa. El hombre le dio un saco, y la señora le achicó las mangas para que se lo pudiera poner. Le rellenaron unos zapatos con diario. Le regalaron medias, una corbata y una boina.

Salió en la nariz de la taquería que montaba guardia en el edificio. Como si fuera a trabajar. Tranquilamente. Vecino sin cuentas con la autoridad. Silbando; con las manos en los bolsillos. *"Tenía unas agallas bárbaras. Confiaba en que la suerte lo acompañaría. Era un genio para librarse de las peores. Por eso, hasta que no lo viera y estuviera segura, seguiría buscando. Y fue así que me dirigí a todos los mandatarios del mundo: a la reina de Inglaterra, por la abuela inglesa de mi marido, y al presidente de Francia por el abuelo francés. Papá nunca dijo nada: tenía mucha edad."*

Mamá Julién creía que Roger era más hábil que

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Houdini para zafar de los embrollos. Lo creía sinceramente.

Cuando Roger escapó del Penal los visitaba. *"Un día doy vuelta a la esquina y ¡zas!, ¿a quién me encuentro? ¡A Roger de barba y lentes! Lo más campante, con un diario bajo el brazo, callejeando sin apuro. Me hizo una seña y comprendí. Pasó a mi lado como un vulgar desconocido. Semanas después apareció en casa. Tocó el timbre y esperó, haciendo de cobrador o algo así. Con el tiempo nos acostumbramos."*

En la ciudad en pleno estado de sitio, pasmada de pinzas, operaciones rastrillo, seguimientos y redadas masivas, Roger iba y venía, se juntaba con Victoria en noches de amor y tardes de parque y cine, funcionaba con sus compañeros, hacía visitas, buscaba libros en la Biblioteca, viajaba al Interior. Como pez en el agua, haciendo del peligro su elemento natural.

Mamá Julien se resistía a creer que hubiera terminado la magia.

-¿Y qué plan habías elaborado para encontrarlos?

- El plan era ir donde me indicaban. Donde me indicaban, yo iba.

❀ ❀ ❀

No era poesía. No era el incondicional fervor por un hijo que, sin pedir permiso, dejando atrás respetabilidades, los había mezclado con lo insólito, lo

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

irregular, lo aventurero, lo maravilloso: Roger, ilusionista, había efectivamente adquirido una habilidad pasmosa para desembarazarse de ataduras, ejercitando la permanente burla del peligro. Desafiaba "la pálida" sin alharacas, por razones de trabajo, como los carpinteros manipulan madera o los campesinos ordeñan y siembran. Había elegido el oficio de revolucionario y punto.

Cuando, por ejemplo, fue a visitar a un compañero de prisión -en lo más álgido de las cacerías y matanzas porteñas, usando identidad falsa, metiéndose en la boca del lobo-, no lo hizo para deslumbrar a un público encantado con los prodigios de su arte, sino que, todo lo contrario, procedió con estudiado recato, esforzándose por pasar desapercibido entre propios y extraños, en función de su ministerio, como un curita de campaña que, sorteando la inundación y la peste, lleva la hostia al abandonado feligrés en mal trance, calculadamente, para confortarlo, para hacerle sentir que no estaba solo, para que supiera que la lucha proseguía, para aliviarlo de soledad, para sanarle quebraduras que dañan.

Roger no se dejaba copar por pánicos. Tenía bien sofrenada la imaginación. No jugaba con posibilidades de desastre. Sabía que el miedo es, ante todo, un desborde de la fantasía. Por eso podía moverse como lo hacía, despreocupadamente, de verdad, despreocupadamente. No era cierto que por sus venas corriera éter: era un hombre como nosotros, sólo que distinto. Y Victoria, un tigre.

Arturo, su entrañable amigo, lo testimonió.

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

"Atendí el teléfono cuando llamó diciendo llamarse Pablo. Le conocí la voz a la primera palabra, a pesar de que hacía mucho que no conversaba con él. Preguntó si podía venir a casa y sin consultar con nadie, en el acto, contesté que sí, que qué problema iba a haber. Estaba fugado y sabíamos que lo buscaban. Periódicamente salía su requerimiento en la televisión. Al minuto apareció. Se ve que había hablado desde la esquina. Estábamos todos: papá, mamá, mi hermana y su novio. Lo recibimos con abrazos. Fue emocionante. Había venido simplemente de visita. 'Vengo aquí -dijo- porque yo se quién es el Papo' (apodo de mi padre entre los muchachos de la familia) y pienso que acá puedo explicar cosas que mamá no entendería. Papá le pidió que contara sobre la fuga. "

Roger no se hizo rogar. Primero contó la parte "linda", según decía él. Cómo perforaron los tres pisos del Penal para llegar hasta una celda ocupada por un preso común. Cómo cavaron desde allí un túnel que terminaba bajo una casa que quedaba enfrente de la cárcel y cómo evacuaron la tierra que iban sacando en la perforación. Cómo, el día señalado, los que actuaban desde el exterior, coparon la casa donde desembocaba el túnel y cómo fueron emergiendo del pozo, uno por uno y, deslumbrados y eufóricos, iban recibiendo cédulas de identidad, un arma y señas para hallar el primer escondite. Por un boquete de cincuenta por sesenta, fueron saliendo. Se cambiaban de ropa y pasaban a la otra casa, donde también los inquilinos habían sido neutralizados por un comando tupamaro. Contó cómo fueron levantados en camiones y camionetas. Cómo, mientras esto

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

ocurría en Punta Carretas, a diez quilómetros de allí, en La Teja, otro grupo de apoyo distraía la atención policial creando desórdenes y cómo, cuando alguien notició el escape, en Jefatura contestaron: "Dicen en la cárcel que todo está tranquilo".

Roger volvió a divertirse con los pormenores, hablando cual si fuera cronista ajeno a la hazaña. Refirió que habían comunicado entre sí cuarenta o cincuenta celdas; que el subterráneo estaba dotado de luz y aire, llegado por tubos de cartón plástico e impulsado por un fuelle y que el túnel, de más de cuarenta metros de largo, terminó siendo paralelo al que habían excavado, casi medio siglo antes, los anarquistas fugados a través de la carbonería El Buen Trato.

También contó la parte "fea": delaciones, caídas, muertes de compañeros. Un oído no le funcionaba bien por los golpes recibidos en la "máquina". Ese día se quedó a cenar.

"Luego hizo una segunda visita en la que conocimos a Victoria y Anatole -prosigue Arturo-. *Victoria era una linda mujer. Daba toda la impresión de ser enérgica, de carácter, militante, muy callada. Mi padre hizo un chiste al niño, bebito de brazos en pleno berrinche: 'Esos malos modos, no. Hay que cuidar esos modos'. Y ella lo encaró: 'No, no, no, nada de malos ni buenos modos; así no se empieza!'. La formación de un revolucionario tenía que comenzar en la cuna para Victoria.*

"Papo les regaló La isla de los pingüinos. *Roger tenía especial admiración por Anatole France. A ella quizá pueda deberse el nombre del niño -aunque lo más probable*

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

es que hayan honrado al padre de Victoria, Anatolijius. Victoria era impositiva y Roger dejaba hacer en estas cosas.

"Pasaron más o menos dos años sin saber de él, y un día recibimos una llamada. Atiendo. -Arturo, voy para tu casa.' '¿Quién habla?' 'Pablo.' Hacía tiempo que estábamos en dictadura. Había muerto papá sobre mediados del 75. Cada visita suya era electrizante. Esa vez contó que había pasado frente a su casa y visto a su madre en la puerta pero que no se había animado a detenerse. Le dijo a mamá: 'No sabés la constancia que ha tenido mi madre para encontrarme en Buenos Aires. La constancia que tiene es terriblemente peligrosa. Puedo venir acá pero no ir a su casa. La eludo. En determinado momento hice decir que había muerto para que no me buscara más. Pone en peligro la seguridad de los compañeros."

❀ ❀ ❀

"Desde que me conozco, la Vieja vivió en el desespero por Roger -dirá Pico-. *La pensión de la calle Soriano. Un sucucho espantoso, y Roger quebrado. Tremendo bajón verlo así. Mamá no podía hacer nada para sacarlo del pozo. Empezó a rabonear algún peso aquí, achicar allá, comprar menos por este otro lado, en fin, conseguir sobrantes del presupuesto, para que Roger tuviera algo en el bolsillo.*

"Lo mismo cuando cayó en cana. Todo lo que le arrimaba era conseguido de la misma forma, pirateado -diríamos- de la mesada. Papá quería mucho a Roger pero no estaba de acuerdo con lo que él hacía y por eso se negó a ayudarlo

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

con plata. Mamá sola lo hacía. Durante épocas le resultó muy difícil. Papá, jubilado, manejaba el dinero y hacía las compras, llevando cuentas. Mamá empezó entonces con los inventos."

Hizo un curso de cerámica, vendiendo lo poquito que producía. Cuando fue evidente que esto no funcionaba, pidió plata prestada, empeñó alhajas, el tapado de piel, platería, lozas de remoto abolengo, relojitos y medallones de abuelas mitológicas, presentes de boda. Después vendió directamente su ropa. Decía que le quedaba chica, que ya no le servía, llevándole el dinero a Roger. "Seguramente no tendrá ni para comer", se lamentaba, suspirando. Cuidó viejos y niños. Actuó de enfermera en hogares de ancianos. Puso inyecciones a domicilio. Tejió para afuera. A veces, todo al mismo tiempo.

Mamá Julien se fue desdoblando. Una parte de sí se volvió clandestina y marginal al orden de la casa. *"Recuerdo haber ido con Mary a la cárcel. Mamá nos llevó en secreto. Si papá se enteraba, habría armado un escándalo bárbaro. Pensaba que no era ambiente para nosotros.*

"Luego todo se complicó más, por el 74, cuando se fueron a Buenos Aires. Primero, Roger, vaya uno a saber cómo. Después, Victoria y el niño, acompañada por su madre para facilitarse las cosas con Inmigración. En seguida, corrió tras él. Tanto lo buscó que al final lo encontró.

"En un subte le perdió el rastro y mamá se desesperó más todavía. Fijate. En el 75 llega a casa un regalo para mí con una esquela de Roger. Yo no estaba y cuando regreso, mamá me dice que lo había traído un compañero, que la obligó a quemar la cartita en la puerta, delante de él. Recién

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

ahora, hace bien poco, me vengo a enterar que el tal compañero no existió, y que el envío lo había traído a casa una prima a quien Roger visitó, aquí, en Montevideo, en una incursión clandestina. Roger quiso evitar que mamá se enterara que estaba acá. Dicen que decía que ella era capaz de seguirlo hasta el mismísimo infierno. A pesar de todo lo que hemos hablado del tema, mamá nunca me reconoció que Roger había venido a Montevideo pasando de largo, sin detenerse a verla. Su adhesión era mortal."

Mamá Julien sabía revolverse. Levantaba vuelo sin nada. A fuerza de intrepidez, como aquellas avionetas de morondanga, pioneras de lo increíble, apenas lona, motorcito, alambre y suerte, que desafiaban el cielo por exceso de coraje. De señorita, cuando su madre enfermó, había vivido en Buenos Aires, trabajando de sombrerera en casa de la madrina, y tenía patentes ciertos recorridos de tranvía, plazas, esquinas, boliches de comidas, vericuetos de barrio, mercados e iglesias, que ahora no dejaron de servirle. En realidad, no precisó más que la brújula de su fe.

"Iba sin conocer gente, a lo que diera lugar, porque en ese momento no teníamos conexión con casi nadie; no nos conocíamos entre los que estábamos buscando. Yo cuando fui con ella en el 77 o 78, vi que no había un solo lugar firme donde ir. Pero la Vieja, que es viva como una luz, no iba a perder jamás. "

¡Oh, Dios, si habrás perdido, Mamá Julien!

❀ ❀ ❀

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Pero por más baqueana que fuese, no era Dios. No podía tomar del árbol de la vida, y comer, y vivir para siempre. No podía retener el tiempo, ni evitar hundimientos ni transformar recuerdos y ansiedades en realidad despierta. No pudo crear a Roger a su imagen, conforme su semejanza y deseo. Bien hombre que era Mamá Julien. Por eso hacía lo que hacía.

Mamá Julien iba y venía.

Mamá Julien recurría a los poderes terrenales.

Mamá Julien rezaba. ¿Por qué has decidido no causar el bien? ¿Por qué has omitido aquello sin lo cual el crimen se cometerá ciertamente? ¿Por qué, conociendo verdaderamente todas las cosas, permites el mal? ¿Por qué has elegido que cualquier cosa sea lo mismo que otra? ¿Por qué haces prevalecer la injusticia en la Tierra? ¿Por qué has quitado la caridad entre los humanos? ¿Por qué has sembrado semillas en mi pequeño Roger que ahora dan estos frutos? ¿Por qué nos hundes en la mayor de las negruras? ¿Por qué nublas mi entendimiento y me colmas de dudas? ¿Qué pecado anida en Tu corazón? ¡Oh, ayúdanos, señor!

Mamá Julien trabajaba.

Mamá Julien acechaba en su interior. Y lo entreveía. Desde un colectivo, a la salida del teatro, en ramblas y parques, a través de la lluvia, en medio del tránsito, caminando apurado, arisco como gacela, en La Plata, en Buenos Aires, en Porto Alegre, en Montevideo, en favelas y en Copacabana. Una nochecita estando en la farmacia Abreu, junto a la vidriera que da a la calle Colonia, distraída con nada, pasó. Incon-

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

fundible. Con su campera verde astrosa pero no menos lucida que el armiño de Maradona. Se sentía compadre con ella puesta. Desgarbado. Más flaco. Ensimismado. ¡Pobre Roger querido! Arrojó un montón de billetes sobre el mostrador y, de estampida, huyó en pos del fantasma. En la hora incierta donde se vacían empleos y confunden sombras y sentimientos, corrió por calles atestadas, entrechocando. Lo descubrió sobre Convención, llegando a 18, frente al bar. La ansiedad le quitaba el resuello -Amundsen pisando el Polo Sur, Hillary en la cima del Everest, Armstrong desembarcando en la Luna-. Sus piernas no le daban más. Tampoco su alma. Finalmente lo alcanzó. Dijo su nombre, como en secreto, temiendo delatarlo, maliciando espías, plumoncito de voz, emoción estrangulada. El paseante giró. "¡Perdone, señor, lo confundí!"

Mamá Julien caía.

Mamá Julien se desvivia, desviviendo a los demás. *"Era horrible. Nosotros nos relajamos y papá empezó a decaer. A menudo había que internarlo en el sanatorio. Teníamos que ubicar a mamá de apuro, como fuese. Venía como loca de Buenos Aires a cuidar a papá y a nosotros. Papá se recuperaba, volvía a casa, estaba un tiempo bien y mamá se las tomaba otra vez, buscando a Roger. Nosotros, de nuevo solos con papá. Quien pasó peor, fue Mary. Papá se refugió en ella. La absorbió completamente. Sobre todo después que yo me casé."*

Mamá Julien consultaba las fuerzas ocultas que obran en hombres y sucesos: se hizo tirar las cartas miles de veces; no escatimó cura, mago, hechicero,

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

augur, quiromántico, astrólogo, vidente, arúspice, taumaturgo, agorero, horoscopista, adivino o milagrero; incurrió en brujos y macumberos. Una vez por semana consultaba a uno distinto. Al holandés que con un alambre de cobre halló a los perdidos en los Andes fue cuatro días seguidos. Les llevaba fotos, ropas, mapas y runrunes para que le dijeran dónde podrían estar. Un vidente dijo que los veía entre rejas y a los chicos jugando con juguetes nuevos. Atendía en habitación grande de casa chica. Lo consultaban industriales y damas de sociedad. *"Se pone algo tuyo y va escribiendo mientras tú hablas. Yo no le quería dar muchos datos. También una señora me dijo que los chicos estaban bien y me hizo prometerle que cuando los encontrara se lo hiciera saber. Tenía un templo umbandista en el fondo de su casa. Me tiró las cartas. Sólo de los niños. Salió una vez la carta de la guadaña pero ella no me habló de eso. Insistió sobre los chicos. Decía que estaban muy alegres."* Cualquier cosa, que lo rescatara del reino de las sombras.

"'¿Mamá, vos creés en esto?' 'No. No mucho. Pero yo no sé, ¿Y si me dice algo? Voy a buscarlo.' ¡Cómo sería la cosa, que yo, que no creo en nada, que le tengo bronca a esta cáfila de embaucadores, terminé yendo con la Vieja!"

Un astrólogo le informó que Roger yacía entre rocas y Mamá Julien se pasó meses estudiando los pedregales de la costa argentina. Quiso recorrer el litoral oceánico para ubicar las tales rocas pero no pudo. Mamá Julien no desdeñaba horóscopos. "Deje de lado alguna de sus ambiciones pero manténgase alerta para cuando se presente un buen momento."

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

"Controle sus nervios y excesos." "No dé por cierto lo primero que le dicen: investigue un poco más." A veces estaba cerca, ahí, tocando el aleph, otras, muy lejos. Como todos nosotros, marionetas del absurdo, esperaba que Algo mirara por ella y la eligiera para manifestarse, señalándola distinta y única en la insignificante eternidad. Mamá Julien perdía pie en un fango escatológico.

Mamá Julien intimaba con el horror. En casa de un tirador de cartas, en Malvín, atrás del Rodelú, tuvo ocasión de hablar con un hombre, mientras esperaban -hombre vestido de primera, tostado de sol en invierno, parecido a Rainiero de Mónaco, caballeroso-. Le contó que haciendo pesca submarina, frente a las puntas de José Ignacio, se había topado con un cementerio en el fondo del mar, donde danzaban decenas de cadáveres afirmados en botinería de hormigón. Los peces se habían solazado en ellos. No había podido reponerse del espanto, ni aun con ayuda de psiquiatras. En casa de una amiga le hablaron de unos "pozos", en Quilmes, donde oficiales uruguayos interrogaban a detenidos de Uruguay, que luego eran "trasladados", sin que nunca más se supiera.

Mamá Julien muchas veces se sintió terminada.

Pero, como Anteo, siempre tuvo fuerza para levantarse una vez más.

❀ ❀ ❀

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Como no aparecían vivos, comenzó a buscarlos entre los muertos.

Un día vio en el noticiero el cadáver hallado en un baldío de La Paternal, curtido a balazos y con las manos cortadas, y tuvo la corazonada de que era Roger. Las cámaras mostraron poco. Apenas si se pudo apreciar un brazo amputado a la altura de la muñeca emergiendo de la manta que cubría el cuerpo, unos maltrechos championes, pantalones vaqueros y, a dos o tres metros, un par de lentes, extrañamente sanos. El informativista señaló que se desconocía la identidad del muerto pero Mamá Julien no dudó, no precisaba más para estar segura de quién se trataba.

Se cambió de zapatos, se puso el saco sobre el camisón y, así nomás, como estaba, se largó a la comisaría zonal. Nada. Aquí no sabían nada. La remitieron a la morgue. "¿Quién es usted?" "¿Qué parentesco tiene con el occiso?" "¿Cómo sabe qué es su hijo?" Finalmente, luego de consultas y cabildeos, le autorizaron la entrada.

Debió ponerse delantal y tapabocas. En un salón de azulejos blancos sin ventanas, iluminado por tubos fluorescentes, de silencio mineral, ronroneaba un par de ventiladores contra el techo. Sobre varias de las mesas de hormigón había bultos tapados con sábanas. El empleado que la guiaba descubrió uno. Descubrió un rostro gris, desvencijado muchachito adolescente. "¡Oh, no; no es." Bestial alivio.

El reconocimiento fallido no la limpió de presentimientos y especulaciones. Antes bien, por el contra-

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

rio, quedó imantada con ese impulso, entrando en un circuito de seguimiento, detectación, examen y "¡Oh, no; no es". Supongo que inconscientemente creía que, salvando cada prueba, Roger y Victoria estaban más vivos, más de este lado de la raya.

Una noticia, cualquier hablilla le servían para precipitarla. Estaba atenta a cosechar datos.

Tras los "enfrentamientos", corría ella con el corazón en la boca, a realizar la comprobación que confirmara su esperanza -o la hundiera para siempre-. A veces llegaba cuando todavía no había terminado la función. Otras, cuando no quedaban ni rastros.

En una casa de Morón sólo halló escombros humeantes. Los Grupos de Tareas habían empleado tanquetas, cañones y tropas de asalto. Sobre la zona había estado sobrevolando un helicóptero. Dijeron en el barrio que habían usado napalm y que cuando uno salió con los brazos en alto fue acribillado como muñeco de polígono. Al parecer, adentro quedaron atrapados seis mayores y dos gurisitos. En el grupo había una muchacha embarazada. Los restos estaban completamente calcinados.

En un puente de Avellaneda colgaba el cadáver de una mujer. ¿Acaso, Victoria? Cabeza y torso envueltos en polietileno; alrededor del cuello, una cuerda; las manos atadas atrás; los ojos cubiertos con esparadrapo. Tenía prendido un cartel: "Fui Montonera. Seguime". "¡Oh, no; nada que ver!"

En un basural de La Floresta un ciruja encontró, semienterrados, con señales de tortura, cribados a

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

bala, bañados en ácido y cal viva, tres cuerpos jóvenes imposibles de identificar.

En una calle de Ezeiza desfalleció, creyendo que todo estaba perdido, ante un motonetista al que un bazucazo le había volado media cabeza. Sólo el dictamen del forense la sacó de dudas.

En un arrabal del Gran Buenos Aires, al sur, por la Panamericana a la derecha, los vecinos habían encontrado -corrió el rumor- un camión con veintiseis. El camión era de un frigorífico. Los cuerpos colgaban de los ganchos, como reses. En la morgue se vio con Lucy Saldías, que buscaba a su marido.

En un depósito le impactaron los cuerpos monstruosamente inflados, toninas, morsas, extraídos del Riachuelo.

Mamá Julien fue descendiendo por escalera caracol al centro mismo del Infierno. Terminó acostumbrándose al horror.

❀ ❀ ❀

Alberto, un muchacho solícito y cariñoso, la rescató de ese círculo demencial. Frecuentaba la casa de las hermanas de la calle Rivadavia, adonde Mamá Julien solía recalar por las tardecitas. Era asistente social e integraba con la mayor un centro de estudios, o algo por el estilo. Quedó vivamente impresionado con el caso. No alcanzaba a comprender cómo era posible que se hubiera esfumado una familia entera sin que

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

nadie hubiese visto ni oído nada, sin dejar rastros, como por arte de magia. Decía que Buenos Aires tiene doce millones de habitantes, más que París, es una de las ciudades donde se come mejor en el mundo, está llena de teatros, cines y tiendas fabulosas, punteando en cultura. "¡Buenos Aires no es la selva, che!" Repetía que si Mamá Julien seguía en ésas iba a enfermar seriamente. La colmó de mimoserías y prevenciones. Analizó con ella diversas posibilidades. Se ofreció para acompañarla en sus ratos libres. Pero, sobre todo, le propuso buscar a los niños de manera sistemática, convenciéndola de que, en todo caso, tras ellos, por ellos, seguramente lograrían saber de sus padres. Un clavo saca a otro clavo.

Convinieron en efectuar una pesquisa "científica", como la llamaban medio en broma, medio en serio. Por primera vez en todo este tiempo (¿en toda su vida?), Mamá Julien se atuvo a un plan de trabajo.

Ahora bien: había que dar con la casa; de ella habían desaparecido todos. Mamá Julien sabía que los chicos estaban yendo a una escuelita que quedaba a dos o tres cuadras -se lo había dicho el tío viejo-. También creía recordar que, muy al pasar, había hecho referencia a una plaza o a un parque de las inmediaciones. Todo nebuloso y contradictorio, puesto que el anciano afirmaba haberles perdido la pista luego que Victoria se mudara.

Con tales datos y una instantánea Polaroid, se dieron manos a la obra. En la foto los gurisitos estaban sentados bajo árboles. Había un banco desconchado y hacia el fondo de la escena se veía una cortina me-

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

tálica, y más lejos, una antena. La cuestión era hallar ese sitio.

Recorrieron las calles de Buenos Aires, ¡vaya si las recorrieron!

("Las calles de Buenos Aires/ya son la entraña de mi alma./ No las calles enérgicas/ molestadas de prisas y ajetreos,/ sino la dulce calle de arrabal/ enternecida de árboles y ocaso/ y aquellas más afuera...").

Días y días y días indagando por un banco averiado. ¡Si habrá bancos de plaza en Buenos Aires! Vida y muerte pendientes de una pequeña lasca desprendida del cemento.

Fatigaron plazas, plazoletas, parques, retiros, descampados. Inútilmente. Era como buscar una ola en el mar.

Pero una noche, cuando ya estaban persuadidos de que perdían el tiempo y Mamá Julien, engripada, había quedado en cama, Alberto vino con la noticia del hallazgo. Saltaba, en colmos de excitación.

A la mañana siguiente, aunque no le había cedido la fiebre, Mamá Julien se levantó y, testaruda, insistió en que la llevaran hasta el lugar de la foto.

Efectivamente, no era ilusión. En plaza Kennedy estaba el banco deslucido; y más allá del césped y la vereda perimetral, al otro lado de la calle, la cortina metálica gris-celeste, ahora subida hasta la mitad, de un taller de soldadura autógena. La antena que aparecía en el horizonte era menos alta de lo que sugería la instantánea.

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

La plaza Kennedy queda en el distrito de San Martín. ¡Dios! ¡Las piezas del puzzle comenzaban a encajar!

Mamá Julien y Alberto sintieron que habían dado un gran paso. (En realidad, su adelanto pudo haberse comparado, por ejemplo, con el obtenido para la telegrafía por un alemán del siglo XVIII, que para trasmitir a distancia una frase de veinte palabras necesitaba disparar veinte mil cañonazos o lanzar veinte mil cohetes. Después lo supieron.)

A partir del terreno conquistado, se dedicaron a buscar la guardería a la que Anatole y Vicky habían concurrido. En el barrio había dos. Ninguna de las maestras, ayudantes y limpiadoras reconoció a los niños que les devolvían la mirada desde las fotos. No valieron ruegos e insistencias para mejorar la memoria. Tampoco en la provisión, el almacén, la farmacia, el mercadito o la pinturería del barrio.

Terminaron dándose por vencidos. La investigación cayó en punto muerto.

❀ ❀ ❀

Por entonces, a los Julien comenzó a llegarles *Compañero*. Irregularmente, pero de modo constante, como si fueran suscriptores, recibían aquella media docena de hojitas a mimeógrafo, sin coser, mal impresas, que unas veces aparecían tiradas en el zaguán y otras, venían por correo, en sobres amarillos o

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

azules, repitiendo un módico portento. Pico dijo que era de la gente de Roger ("Hijo, ¿a qué grupo perteneces?" "Digamos que estoy en la línea del tío García. Lo mismo pero distinto." "¡Tirabombas! ¡De los de la pelota negra con mecha!" Rieron los dos.

Entre otras publicaciones clandestinas que circulaban en Uruguay, país ocupado, *Compañero* o revelaba lo que no se sabía o nadie osaba pronunciar, denunciando torturas, secuestros, verdugos, fusilamientos, muertes en prisión, centros de detención y martirio, tumbas "NN", "desaparecimientos". Traía fotos, nombres y localizaciones precisas.

Mamá Julien lo esperaba ávidamente. Cuando estaba de viaje había que guardarle los números atrasados. Por supuesto, buscaba referencias sobre Roger, Victoria y los nietitos. Pero, mientras tanto, se fue instruyendo.

Supo de la existencia del "pozo Orletti", en Flores, barrio de Buenos Aires, donde oficiales uruguayos torturaban indeciblemente y hacían desaparecer compatriotas, ejercitando represión sin fronteras. Supo la verdad acerca de "los asiáticos de Rocha". (Empezaron a aparecer cadáveres en las playas del este, atados de pies y manos, desnudos, los ojos vendados y con diversas fracturas y la Armada comunicó a la población que presumiblemente eran "de nacionalidad china o de otro país asiático" y habrían sido arrojados al mar desde algún barco). Supo que la "invasión al Uruguay", sobre la que tanto bombo y platillo desplegaron *El País* y *El Día*, había sido urdida sólo por los servicios de Inteligen-

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

cia, para justificar el traslado masivo de presos desde Argentina al margen de toda regla, y con fines de propaganda, para agitar el cuco de la permanente amenaza subversiva.

Le impresionaron los relatos que leyó de un ex marinero: chalés usados para interrogatorios (particularmente uno, situado en plena zona residencial de Carrasco, a tres cuadras de la Escuela Naval hacia el centro, pero no sobre la Rambla, donde un día fueron tan terribles los alaridos que los vecinos, ignorantes y consternados, llamaron preguntando qué podía estar sucediendo); seguimientos; rapacidades formidables. La joven de pelo castaño oscuro, tez blanca y lozana y trato muy dulce, que en octubre dio a luz, siendo trasladada ella y la criatura con destino desconocido. "A veces hay que hacer cosas embromadas", fue el comentario que hizo luego el capitán Arab.

Mamá Julien cumplió un largo aprendizaje. Sin duda.

Le aterraba saber, mas no podía sustraerse a la compulsión de informarse. No podía dejar de mirar el vacío que la enloquecía de vértigo.

Así Mamá Julien fue asumiendo que su angustia se parecía a la de muchos, y que la suerte corrida por Roger y su familia, cualquiera fuese, era semejante a la de tantos otros que sufrieron el terrorismo de Estado. El contacto con la inhumanidad del poder y la pasión de los perseguidos le fue formando callo en el espíritu.

Un día se presentó un "tira" para requisar los

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Compañero. Ellos sabían -dijo- cuántos números habían recibido y en qué fechas. Mamá Julien principió negando pero ante la exactitud del "tira", admitió que, efectivamente, les solía llegar algún ejemplar aislado. Aclaró que no los hacían circular y que sí los quemaban en seguida, ya que lo único que le interesaba eran las posibles noticias sobre Roger. El policía se puso particularmente cargoso -"hábil declarante", cortó-, indagando sobre novedades recibidas, antecedentes, relaciones laborales, de familia, amistosas, sentimentales, último domicilio conocido. Posaba de astuto, componiendo malamente un detective de serial.

Mamá Julien afirmó que allí nadie hacía política ni tenía interés en hacerla, pasando rápidamente a la ofensiva en terreno conocido. Habló de su búsqueda, de todo lo hecho por encontrarlos, de su pena tan grande, de su determinación de no cejar mientras no se los devolvieran vivos.

En rápida tramoya, cambió los papeles y, cuando quisieron acordar, el hombre ocupaba el lugar de Roger. No osaba interrumpirla. Estaba pendiente de sus palabras. "¿No desearía usted que su madre hiciera lo mismo si llegara a pasarle algo parecido? ¿Le gustaría desaparecer sin que alguien se ocupe de buscarlo?"

"Era increíble ver a mamá explicarle, lagrimeando, apretando sollozos en el pañuelo, todo lo que estaba haciendo para hallar a Roger y a Victoria y a los nietitos. Después, mamá se pone a llorar, y, ante el asombro de todos, el 'tira' la abraza y llora con ella. Dice que si algún día a él le pasara

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

eso, le gustaría que su madre hiciera lo mismo que ella. Al ratito se despidió, asegurando que él no volvería a molestar. No vino más."

❀ ❀ ❀

Fue también por esa época que Mamá Julien ingresó a otros niveles de pelea. Insensiblemente. Por fuerza de las cosas. Entró en la escala del "junto con".

Junto con Juanita, María Eugenia y la señora de Antocolé firmó escritos, visitó personajes y repasó el consabido espinel; junto con muchos, manifestó el insondable reclamo. En adelante dejó de hacer de Gary Cooper en *La hora señalada*.

Como los obreros a fines del siglo XIX, organizando los primeros sindicatos, como los campesinos, desde tiempo inmemorial, reuniéndose para resistir el extremo abuso, también los buscadores de gente comenzaron a juntarse. Recorriendo comandos, tribunales e iglesias, se fueron encontrando.

Una lo recordó: "En los obispados era donde golpeábamos más frecuentemente las puertas por creer que allí encontraríamos el camino. Fue así como el vicario de la Marina, un fulano de apellido Gracelli, de los más visitados, aprovechando su investidura y nuestra confianza excepcional con él, en vez de darnos, nos quitaba información que utilizaba en apoyo de la dictadura. Un día, hablando entre nosotras en la sala de espera de su despacho, Azucena

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

dijo: 'Seguir viniendo acá no tiene sentido. ¿Qué hacemos acá, si no sacamos nada? ¿Por qué no vamos a Plaza de Mayo, hacemos una carta al presidente y cuando seamos varias, cruzamos a Casa de Gobierno y le preguntamos que pasó con nuestros hijos?'." Y así hicieron.

Mamá Julien se incorporó cuando ya eran "Las locas de Mayo".

Estando en Buenos Aires no faltaba. Allí estaba su trinchera, su fortaleza. Integradas por historia y sentimientos, prioridades y rechazos, valores y hasta modos de decir, conscientes de tal comunidad, constituían la patria del dolor y la resistencia.

Ellas mismas hicieron la crónica de su elevación colectiva: "El sábado 30 de abril de 1977, a las once de la mañana, nos encontramos catorce Madres en Plaza de Mayo, y redactamos un pedido de audiencia y reclamos al presidente de la Junta Militar. Ese primer día no había nadie en la plaza, y como nuestra intención era que la gente se enterara de los horrores que estaban pasando en el país, ya que los medios no decían nada, y los únicos que sabíamos éramos los familiares, o los que habían presenciado algún procedimiento, decidimos volver a encontrarnos en la Plaza el viernes siguiente".

"Pero antes de irnos, Dora Penelas dijo: '¿Por qué el viernes? El viernes es día de mala suerte y ya tenemos bastante. ¿Por qué no el jueves?'. Y así quedamos, para el siguiente jueves, a las tres de la tarde.

"En ese segundo encuentro, ahora con más gente, comentamos la carta al presidente, y cada una de

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

nosotras contó las experiencias vividas en la búsqueda de nuestros hijos. Las Madres que venían de La Plata, relataron los resultados del trabajo 'puerta a puerta', 'casa por casa', que estaban haciendo en aquella ciudad y así, entre todas, nos fuimos dando cuenta de la enormidad de lo que estaba sucediendo." Al principio permanecían sentadas en los bancos. Hablando, hablando. Traían datos. Sugerían dónde ir. Contaban lo hecho durante la semana. Se distribuían tareas.

El grupo fue aumentando en número y combatividad. Cuando veían familiares en los pasillos o haciendo trámites, inconfundibles en su desolación, se acercaban para informarles de las reuniones de los jueves en la Plaza. "Los hombres no podían dejar sus trabajos por días enteros, ni vencer el miedo, salvo excepciones, como lo hacíamos las Madres", ¡qué embromar!

Las semanas transcurrían y la respuesta a la carta no llegaba. Pero seguían reuniéndose.

Finalmente, desde Palacio se las convocó. Azucena y otras dos Madres entraron. Harguindeguy las recibió. "Sus hijos se habrán ido con alguna muchacha o estarán en el exterior." Le manifestaron la determinación de no abandonar la Plaza, hasta que no fueran devueltos con vida los desaparecidos.

Los jueves la Plaza era de ellas.

Entonces llegó la "invitación policial". "Que no nos podíamos quedar todas juntas alrededor de un banco, ya que se notaba que estábamos haciendo lío." Las obligaron a caminar. "¡Circulen! ¡Circulen!" Ya

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

eran entre sesenta y setenta.

Caminaban por fuera de la Plaza, bajo el continuo hostigamiento de los milicos. "No se nos veía ni se notaba nuestra presencia. Queríamos ganar el centro de la Plaza, pero la policía no nos dejaba. Por el mes de junio, después de muchos intentos fracasados, logramos caminar alrededor de la estatua de Belgrano. Así nos fuimos organizando, fortaleciendo y combatiendo la idea que tenían algunas Madres de que 'el militar u obispo amigo les iban a devolver al hijo'."

Mamá Julien entró de lleno en esa historia.

Sintió lo que sintieron todas cuando fue secuestrada Azucena Villaflor, la portavoz ante Palacio, la que hizo preferir la Plaza a las sacristías, y nunca más se supo. O cuando descubrieron que el asiduo Gustavo Niño siempre había estado cerca de ella, atisbándola. Y, además, supieron que el tal Niño, apellidado Astiz, pertenecía al Grupo de Tareas 3 y era "Cuervo", "Angel", "Rubio", "Gonzalo" o "Alberto Escudero" en las salas de tortura y solía aplicar inyecciones de nafta a los prisioneros.

A veces, evocando, Mamá Julien se abrasa en odio.

❀ ❀ ❀

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Así como reclusos y exiliados canjean nostalgia, así como los refugiados de guerra no cesan de contar sufrimientos, así como los arrasados por la creciente, el terremoto o la peste comunican su desastre sin mayores demostraciones, por mera presencia nomás, así como los sobrevivientes de Belsen o Treblinka arrastran una especie de desconcierto metafísico, así como los viajeros no dejan de narrar interminablemente sus periplos y hallazgos, tan previsibles, tan iguales, así como los niños intercambian figuritas y adivinanzas, de modo semejante Madres y Abuelas permutaban sus dramas singulares, mientras hacían crochet, dictaban recetas o comían bizcocho: simplemente.

Mamá Julien terminó de asumir que lo suyo era árbol en el monte. Los relatos describían, en realidad, un solo y mismo hecho: la cacería.

De madrugada. Puertas y ventanas destrozadas a culatazos y patadas. La manada salvaje irrumpiendo, de civil, armados, gritando "¡Policía!", "¡Fuerzas Conjuntas!", cualquier cosa, lo mismo da. Metralletas empujando costillas y riñones, metidas en la boca, contra la sien. "¡Vos; vos mismo!" Una campera, una toalla, un trapo sirviendo de capucha. Las manos atadas, a golpes, arrastrados hacia noches de Falcon sobre veredas, intercomunicadores sonando fuerte y pistoleros hinchados de impunidad.

O el módulo alternativo, con más fiebre, de tono más subido, tipo "enfrentamiento", donde un combate inventado pretextaba la matanza.

Entre todas fueron componiendo un friso de

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

horror que las enmarcaba. No pretendían conmover; no buscaban piedad: verbalizaban sus cataclismos interiores por necesidad (todas estaban en lo mismo), para aliviarse la extrema tensión, para seguir flotando, para no perder la razón. Sin proponérselo fueron urdiendo la incesante trama de la memoria colectiva.

Mamá Julien retemplaba su acero en ese fuego que las envolvía. Hablaba. Escuchaba. A veces se sentía desbordada. Los detalles eran lo peor.

Rosa contaba:

"Mi hija me llamó por teléfono desde el lugar donde había sido encarcelada, para decirme que la trataban bien. Entonces escuché que le quitaban el tubo y una voz masculina se ocupó de decirme que los cargos que había contra ella no eran graves y que iba a salir pronto. Sorprendida, sólo atiné a preguntarle: '¿Cuánto es pronto?'. La voz tardó en contestar: 'No lo sé. Bastante pronto'. Pero nunca más supe de ella".

Ofelia contaba:

"Mi familia ha sido muy castigada: me llevaron a los dos hijos, varón y mujer, a mi nuera y a mi yerno. A éste lo llevaron con su socio, exigiéndole que diera su dirección particular. Mi yerno se resistía, gritando desesperadamente que no fueran a su casa, que su mujer, mi hija, María de las Mercedes, estaba embarazada de cinco meses y tenía miedo que por el susto perdiera la criatura. Desaparecieron los cuatro".

Isabel contaba:

"Se llevaron a mis hijas y a mis nietas. Las llevaron y yo me pregunto por qué. Yo me pregunto y les

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

pregunto a ellos para qué se las llevaron. Ellas sólo querían el bien para los otros. Curaban y ayudaban a todos los que podían ayudar. Les decía a las muchachas: 'Lavé ropa para afuera, hice limpieza de muchas casas, trabajé de cocinera; ustedes son mi felicidad. Mi felicidad es tomar mate juntas, con ustedes, a la mañana. Despertarlas. Acompañarlas al portón cuando se van al trabajo. Recibirlas al volver'."

Alicia contaba:

"Mis otros hijos decían: 'Mamá, no esperes', pero yo esperaba; no podía evitarlo. Pero fue una burla más, otra mentira como las que dicen ellos. Ese 12 de octubre a la noche estuvimos todo el tiempo en el balcón, sentados, con mi marido. Toda la noche... Harguindeguy mismo nos había dicho: 'Para el 12 de octubre ese muchacho estará de vuelta en casa. La va a sacar barata; pero que no se meta más en nada'. Al otro día, me di cuenta que eran mentiras.... Pero igual seguimos esperando. Eso es lo horrible, lo diabólico de todo esto: la falta de certeza. Racionalmente, uno se da cuenta de que pueden no volver y sin embargo, suena el teléfono o el timbre cualquier madrugada y pensamos: '¡Ahí están! ¡Son ellos!'."

María Isabel confesaba:

"A mí me parecía absurdo todo eso, porque yo, en aquel entonces, todavía no me daba cuenta de que realmente a los chicos se los querían quedar. Yo pensaba que los devolvían. Siempre pensaba que a la nena yo no la encontraba porque no la sabía buscar. Fue en aquel primer momento, por supuesto, porque no sabía que existían otras personas buscando desa-

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

parecidos. A mí no me había llegado -o no había captado-, que había desaparecidos. Sí, que había muertos, que mataban a alumnos míos, que mataban mucha gente".

Todas fueron cobrando nueva conciencia. Todas siguieron -siguen- aguardando un retorno que casi desde el principio intuyeron imposible. Todas perdieron el miedo. Todas fueron una.

❀ ❀ ❀

Mamá Julien no dejó de experimentarlo. Nos sucedió a muchos. Algo extraño y natural. Por un lado, nos escindíamos de la realidad, convenciéndonos "es sólo una pesadilla", "es demasiado irreal para que sea verdad", "no me está ocurriendo a mí", es decir, nos refugiábamos en sentimientos de extrañeza y disociación; por otro, nos golpeaba la distorsión entre las vivencias parecidas y lo que prensa, radio y televisión trasmitían, haciéndonos dudar de nuestros sentidos.

En Argentina, Uruguay y Brasil, en Chile, dondequiera se hubiesen entronizado, percutían incansablemente: "Las versiones que corren deben ser atribuíidas a las falsedades que desde el exterior propalan las organizaciones subversivas, engañando a grupos políticos y gobiernos, con el propósito de desprestigiar la imagen del país. Las supuestas desapariciones no existen. Se trata en todo caso de delin-

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

cuentes que han huido, han pasado a la clandestinidad o han sido víctimas de ajustes de cuentas internos de las propias organizaciones". Enseñó Goebbels: una mentira repetida mil veces se hace verdad. Eso era verdad; el resto: fantasía, delirio, mala fe, acción del "enemigo interno". La cerrada negativa no decaída ni aún frente a admisiones aisladas, como la del representante uruguayo en Naciones Unidas, un doctor Giambruno, quien, en una sesión de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, concedió que "había tres o cuatro personas desaparecidas", "casos que se remontaban a los años 73, 74 ó 75", y eso "debido al gran caos en que la violencia había sumido a los propios servicios de seguridad".

Al fin de cuentas, la especie suministraba cierto alivio. Alivio al temor, alivio a la congoja, alivo a la conciencia de lo que había que pensar o hacer. "Entonces, la cosa no era tan grave". "Quizá algo pase pero no el desastre que se rumorea". "¡Qué joder, quién los manda meterse en semejantes honduras!" Alivio a la desesperación, alivio a la locura. La esfinge concedía un guiño de complicidad a los desgraciados que buscaban señales. ¿Y si fuera cierto lo que decían las revistas e informativos? Cabía seguir esperando.

Mamá Julien amanecía con Roger y Victoria flamantes, atareados en sus cosas, yendo y viniendo, jóvenes, poderosos, irreverentes, entusiastas, haciendo flamear banderas, leones, gorriones, niños desobedientes y heroicos y poéticos.

"Si te has olvidado de apagar las lámparas al

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

llegar las doce,/ déjalo así,/ para alumbrar los locos y muertos que fuimos agrisando"...

Y los enterraba por la noche, muertos de mala muerte, títeres fuera de función, irrisorios, queridos muñecos destripados, ceniza de ala de mariposa en piedras de mercado.

Sin que lo diga, una docena de años después, un siglo después, transcurre la jornada en su compañía, sintiendo que viven en algún lado, y vaya uno a saber por qué no se manifiestan.

Como las Madres y Abuelas todas.

❀ ❀ ❀

En el 78 fue el Mundial de Fútbol. Mamá Julien no estuvo en Buenos Aires. Ese invierno acompañó a Papá e hizo alguna entrada extra cuidando a un viejito enfermo.

Le contaron que aquello fue el gran cambalache. En medio del jolgorio futbolero, dieron gas al más crudo patrioterismo. "Los argentinos son derechos y humanos", atosigaban parlantes y carteles, esloganeando feo, inculcando a la gente que "lo pasado lo hemos hecho 'todos'", "que nadie de afuera venga a meterse con nosotros", socializando culpas, anticipando impunidades.

En diciembre llegó a Montevideo una misión de la Federación Internacional de Derechos Humanos y el Movimiento Internacional de Juristas Católicos. Por

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

lo menos, ellos podían preguntar sin riesgo. Se interesaron por la suerte de Roger ante la "justicia militar" -llamémosla así-. El presidente del Supremo Tribunal deslizó que podría estar en alguno de los centros de reclusión del país.

Mamá Julien se asió a este cabo suelto. Requirió noticias en el Esmaco, cuarteles, comandancias, regiones militares. Estuvo en el Penal de Libertad. Reiteró visitas a Paso de los Toros, Rocha y Treinta y Tres. Entrevistó generales y coroneles. Al cuete.

Quedaron flotando rumores: que estaría en una prisión clandestina ubicada en los suburbios de Montevideo; que lo tenían en Colonia, como rehén. Lo mismo con Victoria: que murió, que permanecía detenida en lugar desconocido de Argentina; que la tendrían internada en un hospital psiquiátrico de Buenos Aires, enloquecida por tanto sufrimiento; que había conseguido huir a Suecia y estaría viviendo en Malmö o Gottenburg bajo identidad falsa.

De los niños: nada de nada.

❀ ❀ ❀

Pero a mediados del 79, Mamá Julien tuvo noticias.

Una mañana timbró la casa un hombre joven. Dijo ser periodista y llamarse Ricardo Carvalho. Pidió *ter uma platica com dona Angelica*. A manera de presentación, entregó la carta que Mamá Julien había enviado a *Clamor*, así como las fotos adjuntadas entonces.

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Sentados a la mesa del comedor, conversaron largamente. Carvalho fue avanzando con cautela por la intrincada geografía de los afectos, como cuando se tiene que avisar a los deudos de un accidente mortal y para preparar el terreno se fraguan inminencias e incertidumbres. No quería desequilibrarla emocionalmente pero tampoco podía evitarlo. Desde luego que no. Ansiosa, pendiente de sus palabras, maliciando nuevas desgracias -como si no bastaran las que cargaba-, Mamá Julien transcurría entre el Cielo y el Infierno.

Al cabo de mil circunloquios, el visitante precisó el motivo de su venida. Que no se hiciera demasiadas ilusiones. Que no estaba confirmado. Que era preciso corroborar "in situ" -"in situ", dijo, igual que los abogados. Que sería imprescindible su concurso. Que *a campanha internacional desencadeada logo após o desaparecimento dos uruguaios en Buenos Aires* habría dado finalmente resultado, *no final de junho último*. Que habían sido encontrados unos niños de rasgos muy parecidos a los de Anatole y Lucía Eva. "¡Victoria Eva!".

Agotadas alarmas y digresiones, pudo hacerse inventario de los indicios manejados hasta ese momento. Según parece, una asistente social que trabajó en Valparaíso habría reconocido a los chicos en unas fotos publicadas por la prensa de Caracas, donde ella había pasado a residir. *Alertados, os exiliados uruguaios se movimentaram, acionaram organismos internacionais e, por fin, a denúncia acabou sendo formalmente apresentada a Comissao de Direitos Humanos da*

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Arquidiocese de Sao Paulo. Esta assumiu o caso e começou a investigaçao.

Sin que nada pudiera asegurarse, existían posibilidades de que, efectivamente, fueran los niños buscados. Estarían en Chile. "¡¿Chile?!"

¡Gracias, Dios mío! La vuelta de los nietos traerá la de los hijos. ¡Seguramente! Y si no la trae, ellos serán su encarnación.

❀ ❀ ❀

Acompañada por Carvalho, Mamá Julien voló a San Pablo. Una pequeña comitiva los estaba esperando en el aeropuerto. Desde Congonhas fueron conducidos directamente al Arzobispado.

Ingresaron a las profundidades del palacio recorriendo una aromática sucesión de aposentos en penumbra, corredores alfombrados, incesantes cámaras magnificadas con oros y mármoles figurados. Desde luego, en esta relación no cuentan los altísimos ventanales, los pisos brillosos, los cortinados, el falso gótico, las imágenes de santos, las maderas repujadas, talladas, esculturadas, la platería, ni los silenciosos tránsitos ceremoniales. A pesar de la impresión que causó a Mamá Julien, tampoco importa mucho la figura del cardenal.

Llegados a su presencia, se prosternó, besando el anillo pastoral. El obispo la levantó del suelo, dejando fluir una simpatía que rebasaba las exterioridades

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

del oficio. Se sentaron. Don Evaristo mandó traer café e invitó con cigarrillos. Instruyó sobre algo a uno de sus asistentes, firmó papeles y, condescendiente, se volvió a los peregrinos, haciendo un gesto con los brazos, las palmas de las manos hacia arriba, como para expresar: "No tenemos más remedio que hacer estas pequeñas cosas". Los diligenciamientos menores no le hacían perder autoridad; al contrario, en todo momento seguía pareciéndose a la representación que ostentaba. Agotados los prolegómenos, el sacerdote habló, concentrándose en Mamá Julien.

Empezó diciendo que cabían esperanzas y que todo hacía pensar que los niños encontrados eran los nietitos. Con voz pausada y tono opaco, dio vagas explicaciones. No avanzó mucho. No quiso dar seguridades.

La confortó, emparentándola con edificantes ejemplos de la historia sagrada. La instó a la paciencia, a la fe, a la oración. Le anunció que viajaría a Santiago en dos o tres días. Los despidió paternalmente.

Mamá Julien fue alojada en un pensionado de monjas, al lado de la iglesia del padre Roberto; hacia Osasco. En los fondos había un jardín que era un asombro de pájaros. Para aliviar los atestados rosales, se entretuvo con la podadera.

Sin embargo, que nadie crea que este interludio fue transcurso pacífico. Sentía como si le frotaran el cuerpo con ortiga, como si fuera un globo demasiado inflado y estuviera a punto de estallar. La ansiedad la desbordaba. En su ser pujaban sentimientos encon-

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

trados. Por un lado, experimentaba las tibiezas de la sobreprotección, al ser mimada como flor de invernadero, descaeciendo eras de gélida intemperie -le controlaban la presión tres veces al día, le suministraban pastillas para bien dormir, le cuidaban dietas y corrientes de aire, le conversaban para distraerla, le entretenían los ocios. Por otro, como cosmonauta en rampa de lanzamiento, ansiaba que todo hubiera sucedido, que nada sucediera, que cesara la cuenta regresiva. Era como estar sentada en la silla eléctrica. Sentía discurrir en su corazón mil formas del miedo, por lo que compulsivamente mostraba mil caras del disimulo.

Mamá Julien fue presentada a gente que luego tomaron nombres o fueron olvido: un periodista Clovis Rossi, abogado Greenghal, integrantes de la Comisión de Derechos Humanos, laicos y sacerdotes de la arquidiócesis paulista, Michael Clarisa, Concepción, reverendo Wright. Por ellos, por otros, aquí y allá, entró en detalles. Fueron hallados en vísperas de Navidad. Habían estado jugando todo el día en el parque infantil. Al anochecer los carabineros los recogieron y los llevaron al juzgado de menores. El varoncito contó que habían venido en un auto grande, blanco, junto con la "tía Mónica" y dos nenas. Mencionó también un avión chiquito, nieve y Curicó. Testigos hablaron de que gente muy elegante los bajó en Parque Italia de un moderno automóvil color guinda seca.

Las criaturas no tenían consigo ningún documento de identidad. El juez determinó que fuesen aloja-

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

dos en el albergue de Playa Ancha.

El contraste llamó la atención: lucían bien cuidados y atildaditos frente al resto de los pequeños reclusos, marcados a fuego por una miseria original. Además de la blancura de la piel, los cabellos azabache y los ojos color del tiempo, tenían la belleza de los cachorros bien alimentados. El hermanito hacía un pater familia, lacónico y protector. *Falou da casa de inmensas escadas. Disse que geralmente ficava numa creche, com a irma, e via os pais com mais frequencia nos fins de semana.* Testimonió que el padre estaba preso. Hablaba con cantito rioplatense. Pensaron que serían argentinos.

Dos asistentes sociales que trabajaban en el albergue, entendiendo que éste no era lugar para unos chicos así, los llevaron a sus casas. *La que ficara com a menina percebeu que seus recursos eran insuficientes para continuar sustentandola. E decidiu oferece-la, para adoçao, a um casal que conhecía, casados, então, há seis anos, mas sem filhos.*

La mujer fue un día a ver a la niña y quedó encantada. Quiso quedarse con ella pero el juez resolvió que los hermanitos no debían separarse. Por eso estaban juntos, pues. Había procedimientos de adopción muy adelantados.

Mamá Julien sentía incendios en su sangre, pantera herida presta a saltar sobre los usurpadores que pretendían coparle la existencia. "¡No me los quitarán!", sentenció con firmeza irreversible.

❀ ❀ ❀

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

"¡Fui a Chile con tantas emociones y angustias! Viajaron conmigo el doctor Greenghal y Ricardo Carvalho. En Pudahuel nos esperaban Belela Herrera, de Naciones Unidas, la Comisión de Derechos Humanos, Claudio González Urbina, una psicóloga, gente de Chile, todos.

"Fuimos a las oficinas de Naciones Unidas en Santiago. Belela me confirmó que habían encontrado a los niños y que era preciso ir a verlos en Valparaíso. No cabían dudas. En realidad, lo sabían desde hacía varias semanas pero no me habían querido dar seguridades para no enloquecerme. Belela me mostró un recorte de El Mercurio. *Allí estaban. Ellos mismos. Sentaditos en un banco. La nena llevándose una galleta a la boca y él, muy hombrecito, protegiéndola con un brazo. Se veían árboles y casas. Grandes titulares informaban.* ("Estas criaturas son Anatole, 4 años, y su hermanita, Victoria Claudia, 1 año, que fueron misteriosamente abandonados hace cerca de una semana en la plaza O'Higgins"; leo hoy una primera página correspondiente al 29 de diciembre de 1976).

"Una chilena que vivía en Venezuela los reconoció en las fotos publicadas por Clamor, *dando cuenta de que eran los niños aparecidos en Valparaíso. Nadie había reclamado por ellos. No se sabía de dónde eran. Algunos especularon que podrían ser hijos de chilenos residentes en Buenos Aires, enviados allá a fin de librarlos de la "Triple A". En eso, llegó a Caracas Tota Quinteros, que venía de Europa, y también reconoció a los chicos. María, la mujer de Hugo Cores, rogó que la dejaran comprobar si efectivamente eran los hijos de Roger, ya que los conocía desde chiquitos. Con apoyo de varios organismos internacionales, hizo la inves-*

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

tigación. Llegó a Valparaíso en la primera semana de vacaciones escolares. Tomó contacto con dos profesionales universitarios del lugar y un sacerdote de Viña del Mar, con quienes chequeó informaciones y trazó un plan para probar la identidad de los niños, después, naturalmente, de haberlos ubicado.

"María y sus acompañantes localizaron el domicilio de la pareja que los tenía y, en forma discreta, vigilaron y fotografiaron a los niños, a los padres adoptivos y hasta a la empleada. Los siguieron en todos los movimientos. A la salida del colegio, en la calle, al llegar a la casa. Así, durante muchos días. Cuando María estuvo segura de que eran, volvió a Brasil y se lo comunicó al Cardenal. Entonces enviaron a Carvalho por mí.

"Sí, la búsqueda había dado buen resultado. No te imaginás la revolución que significó la aparición de los niños en Chile. Alertó a Madres y Abuelas que no tenían que buscar solamente en Argentina, como hasta ese momento. Fijate, por ejemplo, que la abuela de Mariana Zaffaroni, que vivía en Río de Janeiro, voló en seguida a Santiago, para ver a una niñita que había aparecido no se sabía de dónde. Las declaraciones de Anatole le habían dado esperanza. Yo insistía en que no eran las orejitas de Mariana.

"Bueno, hablaron con el director del colegio donde iban los chicos y quedó en comunicarse con el matrimonio que los tenía, adelantando en el teléfono que la adopción felizmente no estaba terminada. Salimos, pues, para allá. Era el 23 de julio del 79. Un lunes.

"Fuimos al colegio. Esperé en el auto, mientras ellos -la psicóloga, los abogados, Belela y el sacerdote director-

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

hablaban con el señor que tenía los niños. Era de nochecita. En determinado momento, no pude más y me dirigí a la capilla del Sagrado Corazón. Recé por todos.

"Al fin, me llamaron. Entré. Un hermoso colegio. Nos presentaron. Sólo estaba el señor. Le mostré una foto. Dijo que estaban grandes y se puso a llorar. Se apoyó sobre mi hombro y me dijo qué iba a ser de ellos si yo me los llevaba. Yo le dije que se diera cuenta que hacía tres años que los estaba buscando y que, de cuatro, no tenía ninguno, y cómo iba a hacer yo para quedarme sin mis nietos. Lloramos los dos."

❀ ❀ ❀

Mientras los demás quedaban algo retirados, se pusieron a conversar, sentados en un sofá. Mamá Julien le pidió que todavía no dijera nada a su esposa de este encuentro pero él respondió que era imposible: ella se iba a dar cuenta de todos modos que algo estaba sucediendo porque no podría ocultar que estaba deshecho. Creyó que lo habían citado por algún problemita de los niños en el Colegio. *"Llegó a decirme que si yo me los llevaba tenía todo el derecho del mundo."*

El hombre contó que Silvia, su mujer, a instancias de una amiga que trabajaba en un orfanato, fue a ver a una niñita internada, de ojazos increíbles, particularmente bonita, con la intención de adoptarla. Aunque halló que la nena era efectivamente precio-

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

sa, aún no estaba decidida a nada, cuando Vicky, prendiéndose a sus piernas, habría gritado: "¡Mamita, llévame contigo!". *"Demasiado para un añito, ¿verdad?"* Contó sobre los chicos. Lo bien que estaban. Anatole había mejorado mucho. Al principio era muy agresivo, tratándolo de estúpido e imbécil; hasta que un domingo, viendo fútbol por la tele, se sentó junto a él y, recostando la cabecita en su hombro, dijo: "¿Papito, puedo ver el juego a su lado?" Eso contó que había ocurrido.

Convinieron en verse al otro día en el juzgado.

Esa noche, Mamá Julien, Belela Herrera, dos o tres abogados y una psicóloga analizaron la situación en el estudio de uno de los abogados, el doctor Cowley. Estuvieron debatiendo hasta la madrugada.

A la mañana siguiente, temprano, fueron en cortejo al juzgado. Mamá Julien quería cortar la adopción de una buena vez. Los padres adoptantes no aparecieron ni avisaron. La jueza, muy emocionada con los pormenores del caso, indicó qué debía hacerse. Era la suplente. La jueza titular, que había tomado licencia, ya tenía decidida la legitimación adoptiva.

Cowley, una asistente social y Mamá Julien fueron luego a casa de los Larrabeiti, en Cerro Barón. Estaban estacionando, cuando también lo hicieron ellos. Llegaban como de paseo. Venían los cuatro. Primero bajó el hombre. Cowley le reprochó que se hubieran hecho esperar varias horas en el juzgado, pero él no se inquietó. Intentó excusarse diciendo que habían ido a buscar casa.

"Al ver al niño, lo llamé' ¡Anatole! ¡Anatole!'. Se

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

acercó preguntándome quién era yo. Le dije que era una abuelita que había venido de lejos para verlo. Hizo una exclamación, dijo que se iba a ver los dibujitos, y entró en la casa. Cuando me aproximé a la niña y la llamé por su nombre, la señora dijo que no, que no es así cómo se llama, que se llama Claudia, y la tomó en brazos. Quise agarrarla pero ella me lo impidió con un movimiento del cuerpo, mientras insistimos sobre el nombre. Yo me puse firme y le dije que el nombre de la niña es Victoria Eva, y sanseacabó.

"Nos hicieron pasar. Un apartamento con comodidades pero sin lujo. Clase media. Como nosotros. Llamé a Anatole para que me contara sobre él y me mostrara sus cuadernos y Vicky dijo que me mostraba los de ella. Los dos fueron a buscarlos y se me sentaron al lado. Me mostraron todas sus cositas del colegio. Parecía increíble que estuviera viviendo ese momento."

Vea publicó este diálogo:

-¿Te gusta ver televisión, Anatole? '"Sí, me gusta ver *'La Cafetera Voladora'* y cuando termina, *'Hola Hola'*; ahí la cambio para ver los monitos. '¿Te gustan los monitos?' 'Sí, me gusta *'Scooby Doo'*.' '¿Y qué haces tú? ¿Juegas al fútbol?' 'Sí, yo juego con mi amigo Pablo. Jugamos a muchas cosas. Nos tiramos tres penales cada uno y yo me pongo al arco si no me los ataja.' 'Y el domingo, ¿qué haces?' 'Voy a la plaza, voy a los juegos. ¿Vas al colegio? -Sí, pero no el día domingo. Voy al primero *'C'*, junto con mis amigos Miguel Angel, Alex y Knut. '¿Qué es lo que más te gusta estudiar?' 'Lo que más me gusta estudiar es lo que escriben y dibujan en la pizarra.' '¿Sacas buenas notas?' 'Sí, a veces buenas y a veces malas.' '¿Sabes

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

leer?' 'Más o menos, nomás, porque me falta conocer algunas letras. Las que más me gustan son la "f" de foca y la "ñ" de niños.' '¿Te gusta el mar?' 'Sí, me gusta mucho y cuando sea grande voy a ser marinero.' '¡Ah, sí! ¿Marinero?' 'Sí, marinero. 'Y tú, Vickita, ¿cuántos años tienes?' 'Tengo muchos añitos; más de los deditos de mi mano.' '¿No tienes cuatro añitos?' 'Sí, cuatro.' '¿A que te gusta jugar?' 'Juego con mis muñecas y tengo una enfermera, entre cuatro que me regaló mi papá'."

Entre tanto, el hombre hablaba con Cowley y su mujer, con Belela. *"Todos éramos conscientes de que se podía crear mucha tensión. Entonces yo me dirigí a ella, preguntándole por la salud de los chicos. Dijo que eran bien sanitos. A veces algún resfrío."*

La sala era pequeña y aparecía demasiado entorpecida por la mesa grande del comedor. El televisor en colores encendido, distraía a niños y mayores. Sobre la cómoda el clásico y formal retrato de casamiento de Jesús y Silvia.

Antes de despedirse, Mamá Julien les habló a los niños, diciéndoles que se visitarían. *"Vicky preguntó dónde y yo le dije que vivía en otro país, un país chiquito con muchas playas. Quedaron encantados.*

"Nos fuimos. Yo nunca traté directamente nada con los Larrabeiti. Dejé siempre que los arreglos los hicieran los abogados. Para no tener roces. Nos fuimos al despacho del doctor Cowley."

❀ ❀ ❀

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Gran revuelo causó en Chile la presencia de Mamá Julien y el reconocimiento de sus nietos.

La Estrella tituló: "Maniobra política tras la ubicación de niños". La extensa nota comenzaba diciendo: "Un verdadero sistema clandestino de investigación con evidentes vínculos internacionales, operó en Valparaíso con el fin de ubicar a los dos niños. Dentro de este sistema participaron una serie de organismos de 'derechos humanos', algunos de ellos vinculados con instituciones de la Iglesia Católica. Todo lo anterior deja en evidencia una utilización política del caso de los dos pequeños niños que han encontrado la felicidad en un hogar chileno, tras dramáticas circunstancias. Las vinculaciones de la operación de ubicación de los niños con exiliados chilenos marxistas de Venezuela aparece evidente. Y también es evidente que el enorme y costoso esfuerzo para la ubicación de los chicos tiene un trasfondo que va más allá del mero 'interés humanitario'. Etcétera.

La Tercera de la hora recogió declaraciones del embajador uruguayo, un militar de apellido Paladini.

Afirmó este caballero: "El caso del aparecimiento de los niños, así como la historia de sus padres desaparecidos tiene algo de exageración, siendo un asunto político. El problema de los desaparecidos ustedes lo conocen tan bien como yo. A mucha gente empiezan a desconocérseles su paradero y eso se presta a que se forme una lista de desaparecidos, que luego han aparecido en otro lugar, o dentro del mismo país. Casos similares han pasado en Chile y en

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Argentina. Siempre en todo esto hay un trasfondo político, sobre todo para quienes luchamos contra la subversión, contra la sedición. Tratan de buscar de alguna manera de implicar al gobierno". (En fin, 90.000 desaparecidos en América Latina últimamente no son casualidad ni descuido, ¿verdad?).

El ministro del Interior manifestó a *Las Ultimas Noticias*: "Es un caso bien extraño, pero yo no tengo ningún antecedente. Estamos haciendo todas las averiguaciones porque nos interesa aclarar esto".

Jesús Larrabeiti Correa convocó a la prensa (una vez que Mamá Julien dejó Chile): "No me he fugado", dijo. "Todo esto es como una pesadilla, comenzada el día que llegó hasta nuestro domicilio una señora uruguaya que dijo ser abuela de los niños. Al principio me sorprendí un poco, pero luego más calmado la invité a entrar a mi casa para que viera y saludara a mis hijos. Los niños en ningún momento demostraron conocerla, no dándole importancia; prueba de ello es que Anatole se desentendió del diálogo que yo sostenía con doña María Angélica Cáceres de Julien, diciéndome textualmente: "Papá, quiero prender la tele y ver el Superagente 86". La señora no mostró ningún documento de ella ni de los niños, quedando de hacerlo en forma posterior, cosa que hasta el momento no acontece. Mi esposa, un tanto nerviosa, saludó a la abuela de los niños, ofreciéndole nuestra casa y manifestándole que ella puede visitar a los niños cuando quiera y el tiempo que quiera. Cuando todo se aclare favorablemente, con la ayuda de Dios, les diremos la verdad. No

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

podríamos ocultarles a nuestros hijos eternamente quiénes son".

Silvia Yáñez de Larrabeiti enfatizó: "Yo me pongo en el caso de una madre verdadera y afirmo que no los abandonaré por nada del mundo. Ellos son nuestros hijos cabalmente; a nosotros nos quieren como a sus padres".

El jurisconsulto Schepeler aclaró públicamente: "En la tramitación de la legitimación adoptiva no es exigencia imperativa que el juez oiga a los verdaderos padres del menor".

El especialista de Derecho Internacional Privado, autor de varias obras en la materia, doctor Diego Guzmán Latorre, expresó a *El Mercurio*: "Ni siquiera en el caso de que la llegada de los niños a Chile hubiera sido por la comisión previa de un delito en Uruguay, como secuestro, interfiere en el proceso de adopción, ya que el hecho no afecta a los adoptados, sino a quienes hayan cometido el delito".

El abogado Alvaro Quintanilla Pérez puntualizó: "No está legalmente comprobado que la abuela uruguaya y los padres adoptivos chilenos hablen de las mismas personas. Mis clientes tenían la tuición para legitimar adoptivamente a los niños, en una gestión directa, cuando se produjo la extraña visita a Chile de quien dice ser la abuela de los niños. No está establecido que se trate de los mismos niños".

Todos tenían algo que decir. Pero nadie pudo o quiso responder a algunas interrogantes muy elementales: ¿Cómo llegaron los niños a Valparaíso, si supuestamente habían sido secuestrados tres meses

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

antes, durante un "operativo" en Buenos Aires? ¿Cómo lograron pasar la frontera y por qué lugar, dado que las leyes de inmigración y de turismo son notablemente exigentes para controlar el paso de menores? ¿Quién era realmente la "tía Mónica"? ¿Cómo se estableció la verdadera identidad de los niños, si no portaban documento alguno?

❀ ❀ ❀

Mamá Julien había declarado en Brasil que sería su mayor felicidad el encuentro con sus nietos. Se había equivocado. La alegría no estuvo acompañada por los esperados sentimientos de gozosa plenitud. En los hechos, quedó aniquilada. La colmaban sentimientos de inutilidad y de fastidio vecino a la tristeza. Un líquido espeso, amargo y turbio había desbordado sus diques secretos, anegándola de melancolía. Experimentaba la misma frustración que padecería un niño si, al tiempo de tomarlo, le arrebataban lo que le habían estado prometiendo desde mucho tiempo atrás. Estaba brutalmente cansada. Sentía, casi como culminación perversa de la desesperación, un espantoso aburrimiento de sí misma.

Los niños le habían agujereado el alma. Vicky era la viva estampa de su madre; Anatole, un jefecito. *"¡Pensar que lo bañaba, le daba la papa en la boca, le mudaba la pañalera! ¡La última vez tenía seis meses...!"*

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Los Larrabeiti la confundían. El, hablando poco, llevaba la voz cantante. "Queremos que los niños sigan teniendo padres y también abuelitos y si alguna vez aparece el verdadero padre, queremos establecer un diálogo con él." "Estaba muy claro que nosotros no éramos los verdaderos padres, pero ahora, pasado el tiempo, después de casi tres años, ya somos 'el papá' y 'la mamá', especialmente para la niña, que ha tenido sólo nuestro cariño." "Nos impactó lo humano que rodeaba a los niños; nos impactó su abandono." "Silvia está anímicamente quebrada. Siempre pensando que llegaría el momento de decirles a Anatole y a Vicky que no eran nuestros verdaderos hijos. Siempre pensando 'cuando tengan edad para entenderlo', y esa edad queríamos determinarla con algún psicólogo. Por eso, con todo este temporal, debemos especialmente protegerlos a ellos." La mujer hacía.

Mamá Julien estudiaba sus reacciones. Como torero antes de la lidia, necesitaba saber para qué lado tiraban. En las sesiones de encuentro era un sabueso. Los analizaba en lo mínimo. Los escrutaba constantemente. Sin simpatía pero, contrariamente a la idea que se había hecho antes, tampoco con aversión. Era objetiva como un sismógrafo. Registraba puntualmente gestos, contradicciones, actos fallidos, notas demasiado altas, modos de expresión, letra y música de los dichos, en cuya virtud solía perderse lo que estaban diciendo por atender a cómo lo decían. Les detectó embustes que, sin embargo, como manchas de mosca en pergamino, no dismi-

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

nuían su credibilidad. Los Larrabeiti querían decorar su imagen y a veces exageraban.

Con ellos se sentía en campo minado por el enemigo, aunque no podía dejar de reconocer que trataban maravillosamente bien a los niños, cuidándolos con esmero y haciéndoles sentir verdadero calor de hogar. Sin embargo, una agresividad difusa le llenaba la cocina de humo, no permitiéndole ver las cosas con total claridad. No menos que siempre, buscaba imponer su voluntad; mas lo extraño del caso era que, desvirtuando lo que conocía de sí misma, su decisión no terminaba de formarse, vagando sin rumbo fijo como descontrolada cápsula espacial que ha perdido las órdenes de servicio. Lastrada por un peso descomunal, se pendulaba en la ambivalencia y la duda.

Claro, los tenía que llevar. Por supuesto que sí. A eso había venido y eso era lo que iba a hacer. Madres y Abuelas, ella incluida, consideraban que no cabía otra actitud posible. Cosa juzgada. Pero, sin confesárselo, en su fuero íntimo retrocedía, confundida por un panorama que no había pensado encontrar.

En realidad, Mamá Julien no se ha demorado en trasmitir las impresiones de entonces. Calló sus vacilaciones. Fuera de generalidades, nada dijo. Como cuando en el diván del psicoanalista nos libramos a una aluvial cháchara distrayente para no enfrentar los conflictos que vamos exhumando, hizo cúmulo de detalles irrelevantes, sin rozar la llaga viva. *"Me quedé una semana en Santiago. Se le pidió a la familia que fueran a verme antes de regresar a Montevideo.*

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Naciones Unidas mandó el coche y vinieron a pasar el día conmigo. Fuimos a comer a Parquilandia, un parque grande, con juegos y restorán. Esta entrevista fue cordial. Comimos. En el parque, los niños anduvieron en todos los juegos que no conocían. De ahí nos fuimos a casa de Belela Herrera a tomar el té."

Somos nosotros, los hurgadores de historias, los impertérritos mirones, quienes suponemos, retocamos, inventamos, falsificamos, colmamos vacíos, distorsionamos, imaginamos sustancias dramáticas, en fin, recomponemos el abigarrado fresco piadosamente cubierto de ceniza, sacando a luz pasión, vida y muerte ajenas, con excusas de testimonio, con veleidades literarias, para satisfacción de nuestro asqueroso egocentrismo, del que sólo podríamos desprendernos, matándonos.

❀ ❀ ❀

Al regresar de Chile, una multitud la aguardaba en el aeropuerto. En primera fila estaban las monjitas de Osasco. Mamá Julien alcanzó a verlas desde el avión apenas detuvo motores frente a la terminal. Cuando bajó por la escalerilla, fueron: el griterío, la ovación y el agitar de pañuelos. Vitoreaban su nombre. Alababan al Señor. Ingresando al salón, la cubrieron de flores y cantos. Ricardo Carvalho había ya informado de todo, ampliando los datos de los cables internacionales, y ahora la recibían como heroína. En

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

ruidosa caravana entraron a la ciudad. De novela.

A los dos o tres días se realizó una conferencia de prensa en el Arzobispado. *"Estaba todo el periodismo brasileño. Había representantes de todas partes del mundo. Yo fui con un susto tremendo porque nunca me habían enfrentado a nada de eso. Las monjitas me peinaban; me querían dar tilo y café y leche para calmarme los nervios. Mi preocupación era lo que debía decir. Todo estaba tan lleno de cables y luces... Nosotros esperamos en el jardín hasta que avisaron que iba a entrar el Cardenal. El lo hizo por una puerta y yo por otra. Se me acercó en seguida y me estiró sus manos, haciéndome sentar a su lado. En la sala estallaron los aplausos."*

Inició el acto el reverendo Wright, de la Iglesia Protestante, que trabajaba con la Iglesia Católica en materia de Derechos Humanos. Se refirió a cómo se violan éstos, de continuo, de mil formas, atacando la dignidad del hombre y la ley de Dios. Habló luego el Cardenal, diciendo que esta problemática abarcaba a todo el Cono Sur, donde la coordinación represiva, en función de una estrategia continental, saltaba a la vista y la propia aparición de Anatole y Vicky en Chile constituían una prueba ilevantable.

(Cinco años después, el 14 de agosto de 1985, en la sede de AEBU, el Servicio de Paz y Justicia, el Instituto de Estudios Legales del Uruguay y las Madres y Familiares de Detenidos Desaparecidos reunieron a la prensa, con motivo de presentar ante la opinión pública las declaraciones de Julio César Barboza Plá, ex soldado. Al referirse al centro de reclusión que funcionó en Bulevar Artigas y Palmar, sede del Ser-

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

vicio de Inteligencia de Defensa, expresó: "En dicha cárcel, en la planta alta, separados de los demás, encontré en una oportunidad a dos niños de corta edad -los vi una sola vez-. Conmovido por la presencia de ellos allí, pude trabar conversación con el niño mayor -tres años de edad-, quien me respondió que su nombre era Anatole y que la niña menor -un año y medio- era su hermanita y se llamaba Victoria".

Entre las balas y la bañera verde de Buenos Aires y el solitario parque de Valparaíso, estuvo todavía este depósito carcelario de Montevideo.)

Después Greenghal detalló cómo fueron hallados los chicos, así como todo lo que se había hecho para impedir que se perpetrara su adopción en perjuicio de la familia biológica y, desde luego, de ellos mismos. *"Reinó gran silencio y atención. Finalmente, se me solicitó la palabra y yo sólo agradecí y pedí ayuda para saber sobre mis hijos. La BBC de Londres me pidió una exclusiva y accedí."*

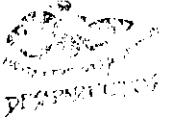
El hallazgo había saltado al primer plano de la información mundial. Vicky y Anatole eran los Pulgarcito del siglo XX, habiendo intervenido antes, durante y después, ogros demasiado reales.

Mamá Julien gerenciaba el milagro. Los medios de comunicación la habían erigido en estrella noticiosa. Complacientemente se prestaba a reportajes, concedía entrevistas, formulaba declaraciones. Aparecía de continuo en diarios, revistas, radios y televisión, forzada su natural reserva. Muchas veces se encontró repitiendo frases que había oído emitir al reverendo o al abogado. A golpes había aprendido

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

muchas cosas sobre cuestiones de Derechos Humanos y sobre la inhumanidad de ciertas cuestiones. *"El Cardenal me aconsejó que no me apresurara a sacarle los chicos a los padres adoptivos, puesto que los niños habían sufrido ya demasiado y podía provocarles nuevos daños."*

❀ ❀ ❀



Apenas pudo, Mamá Julien volvió a Chile. Tenía que justificar la filiación de Vicky y Anatole y su parentesco con ellos. Los trámites de adopción iniciados por los Larrabeiti habían quedado suspendidos, entretanto, a la espera de los papeles.

Pero, por sobre todo, necesitaba estar con los niños, halagarlos, que le contaran cosas; recoger nuevos elementos de juicio; formarse opinión sobre cómo manejarse; decidir cuándo se los llevaba -porque, definitivamente, los chicos eran la continuidad de Roger y Victoria y no podía permitir que, de modo indirecto, se consumara el proyecto de sus asesinos, desarraigados de su tierra y su gente, educados por extraños, creciendo allá, en la trastienda del continente como pollitos de incubadora-.

En Santiago dividió su tiempo entre tribunales, oficinas, estudios de abogados y organizaciones de Iglesia. En la Vicaría de la Solidaridad la recibió monseñor De Castro y las monjas le obsequiaron, bordado en arpillera, un tapiz donde aparecían los Andes y la carita de los niños sobre la cordillera y dos

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

manos estrechándose. A la Vicaría la llevó José Manuel Parada. No lo ha olvidado. (En marzo de 1985, sicarios de Pinochet lo secuestraron del Colegio Latinoamericano, donde dictaba cátedra de sociología. Con otros dos compañeros, fue encontrado en un camino a Pudahuel: degollados.)

Se reunió con los nietos en lo de Belela Herrera. Allí estaba su hijo, recién venido de San Pablo, quien los filmó durante horas, armando luego una película que se exhibiera con el título *Cuando sean grandes*. *"En el film sale la nena hamacándose y el nene corriendo pero yo me quedo atrás. Estamos en los fondos de la casa. Pasamos muy bien. Ellos, el matrimonio Larrabeiti, me enseñaron a preparar el 'pisco sour'. Todo transcurrió bien esa tarde. Yo no quería aparecer en la película porque le tenía miedo a la situación. No quería figurar. Pensaba qué sucedería cuando volviera a Montevideo, en plena dictadura. No estaba acostumbrada a nada de eso. Podían citarme y no sabría qué decir. Tenía miedo de perjudicar a alguien. En Chile no tuve ningún problema. Yo no notaba que sucediese algo, teniendo ellos también el régimen de Pinochet, pero después, con el tiempo, y en los sucesivos viajes, hablando con diferentes personas, comprendí lo que pasaba."* A pesar de que para las criaturas era una desconocida, se le mostraban afectuosas, llamándole "abuelita", repitiendo lo que les habían enseñado.

Mamá Julien trataba de captarlos, engatusándolos con caramelos y chucherías, fomentándoles libertades y antojitos, mientras Silvia y Jesús dejaban hacer. Como los jugadores que quieren recuperar en dos tiradas lo que han venido perdiendo toda la

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

noche, como los padres divorciados que visitan a sus hijos los domingos y, en la tumultuosa desolación de parques, confiterías, juegos y ramblas, procuran abolir distanciamiento irremediable, diciendo a todo que sí, compitiendo con la insuperable colonización de todos los días, Mamá Julien intentaba ganar rápidamente algo del terreno perdido, acuciada por la necesidad de rescatar a los chicos de la férula chilena y la certidumbre de su impotencia.

"En las salidas íbamos el matrimonio Larrabeiti, los niños, la psicóloga y yo. En la playa pude conversar a solas un rato con Anatole. Le recordé que él vivía en Buenos Aires antes de llegar aquí, con sus papitos verdaderos, a lo cual él asintió, reconociendo que estos otros no lo eran. El niño me dijo que se acordaba de su papito muertito en la vereda y de su mamita que la arrastraban por el suelo. 'Los pusieron así, abuelita' dijo y abrió sus brazos en cruz. Estábamos en esa charla cuando la psicóloga me hizo señas de que lo dejara ahí, porque lo notaba tenso y temía que se pudiera afectar más. No se debía presionar porque era muy chico. En siguientes visitas y viajes buscaba nombrarle a sus papás y él siempre contaba las mismas cosas, salvo una vez que recordó la noche donde pasaron cosas horribles. Anatole, casi temblando, contó: 'Cuando esos hombres entraron en casa tirando muebles y gritando, papá nos puso a mi hermana y a mí en la bañera, nos hizo sentar adentro, corrió la cortina y nos pidió que no nos moviéramos, que nos quedáramos calladitos, que no saliéramos. Mi hermana estaba muy asustada; yo también tenía mucho miedo. Oíamos ruidos y hombres que gritaban. También oíamos que mamá lloraba. Yo no aguanté más y salí del

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

baño y fue hasta el lugar donde estaban esos hombres con mi mamá y vi que la arrastraban por el suelo agarrada de los pelos. Después vi a mi papá que subía corriendo por la escalera hacia la azotea. Fue entonces cuando oí... ¡Pum!... ¡Pummm! y un grito. Al rato pararon los tiros y no escuché nada más."

No era la primera vez que Anatole se remontaba en evocaciones. En la Casa de Menores donde se hallaban al principio refirió a un periodista: que su papá lo llevaba al zoológico, que "mamucha preparaba comida sólo los fines de semana, cuando venía con mi papucho a casa todo el día", que había hecho un viaje con su hermanita antes de llegar allí, mencionando una avioneta chica, un auto y Curicó, que un día sintió muchas balas en la casa de escaleras largas en que vivía. El periodista se interesó en él al saber que no era chileno y la extraña forma como habían ingresado al establecimiento, motivado además, porque el día de una inauguración de sala o algo así, dejaron fotografiar a todos los niños menos a Vicky y Anatole, por no ser de allí y no saber exactamente qué les había sucedido -le explicaron-. Lo publicó en una revista.

Mamá Julien no dejó de pasar la fresa. *"También me contó que, luego de ser muertos sus papitos, un hombre los llevó de la mano hasta una estación de servicio y los metió en un auto donde había dos mujeres y que los llevaron a un sitio a darles de comer, porque su hermanita lloraba mucho y era muy chiquita. Los Larrabeiti no hicieron muy buenas declaraciones. Dijeron que desconocían totalmente el origen de los niños y que se los llevaron*

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

sin haberlos visto nunca, cosa que no era verdad porque dieron muchas vueltas antes de sacarlos. Querían una niña y como no les fue permitido separar a los hermanitos, cargaron con los dos.

"La relación con ellos no era amistosa sino simplemente cortés. Se pusieron abogados por ambas partes. Habían hecho los papeles de los niños como si fueran hijos legítimos del matrimonio, nacidos de parto en casa de la madre del señor. Todo un fraude, con ayuda de una jueza del lugar."

❀ ❀ ❀

Pico definió aquella cortesía de manera muy particular: *"Terribles líos. La Vieja tuvo terribles líos en Chile. Ellos no querían largar a Anatole y Vicky ni por decreto. Fue feroz. Mamá se puso como leona cuidando la cría. Yo fui en el 82, tres años después, y llegué a ver a Jesús llorando, desesperado. Me llevó al hospital y me dijo: 'Ven, acompáñame a la puerta' y se puso a llorar. Me pidió por favor que convenciera a mamá de que no se los sacara. Que él veía que yo podía entender mejor la situación de ellos porque ya era padre; que me pusiera un poco de su lado; que 'yo nunca sé qué día me van a tocar el timbre de casa y que sea tu madre para llevarse a los nenes'. Y bueno, ahí fue el largo debate. Nos sentábamos horas en casa, valorando si había que traerlos o no.'*

¿Qué hacer? Esa era la única cuestión que estaba planteada entonces. Ni que decirlo: el primer impulso fue venirse con los niños ya. En función de eso,

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Mamá Julien puso abogados; interrumpió los trámites de la adopción; denunció a una asistente social del Hogar de Menores y a la directora, por atestiguar que los chicos habían nacido en calle Arteaga número uno de Playa Ancha; presentó testimonios; reclamó ante tribunales y Naciones Unidas; agitó el tema en organizaciones internacionales de Derechos Humanos.

Había cosas claras. Conocían los peligros de la adopción. Les habían hecho ver el conjunto de factores de riesgo que con distinto grado de agresividad influyen en la evolución del niño: la separación forzada y violenta del nido ecológico, la destrucción de la identidad, el sistema de mentiras permanentes y continuadas con que se articula la vida familiar, el ocultamiento sistemático de la historia, el bloqueo de información social a que se le somete, todo ello con consecuencias nefastas para su salud. Entre Madres y Abuelas era valor axiomático que sólo la restitución restablece las condiciones óptimas para un desarrollo alejado de dichos peligros y permite reconstituir las relaciones afectivas en marcos de seguridad, verdad y legitimidad.

Papá y Mamá Julien, Pico y Mary estaban firmemente decididos a impedir que Anatole y Vicky pudieran tener incertidumbres sobre su verdadero origen, sobre sus verdaderos padres, sobre su presente y futuro. En todo caso, no dejarían de trasmitirles la realidad y la culpa originales de su actual situación: "la noche donde pasaron cosas horribles" no les sería borrada. Otra postura hubiera sido trai-

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

ción a Roger y Victoria.

Pero lo hallado en Chile removía estas certezas, poniéndolas en la cuerda floja. No podían ser ciegos a las evidencias.

En primer lugar, notoriamente, los gurisitos se habían encariñado con los Larrabeiti; eran felices con ellos, vivían alegremente en su compañía; formaban familia.

Después, estaban Jesús y Silvia. Aparentemente no estarían implicados en la desaparición de Roger y Victoria. Habrían entrado en escena cuando todo estaba consumado, aunque nadie tenía por qué creerles algunas de sus declaraciones: "Resulta que a los dos niños los adoptamos sin haberlos conocido ni visto previamente". "Ni siquiera sabíamos sus edades ni sus características físicas." "No tenían acento extranjero". De todos modos no enturbiaban demasiado las aguas: eran cosmética con cola sucia.

Dejando de lado ciertos arranques de histrionismo ("Si nos llegaran a quitar a nuestros hijos, preferiríamos morir. ¿Para qué seguir viviendo si ellos son todo para nosotros?"), sus protestas de amor hacia los niños aparecían confirmadas por el trato que les dispensaban. Los chiquillos estaban bien cuidados, iban al "mejor colegio", no les faltaba nada.

Asimismo, determinadas afirmaciones suyas resultaban indiscutibles: "Tuvimos que adaptarnos, de la noche a la mañana, a ser buenos padres de dos niños". "Lo único propio que tenían los pequeños cuando nosotros los recibimos, eran sus nombres. Ignoraban incluso sus apellidos." "Si ellos ya perdie-

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

ron una vez a sus padres y sufrieron un gran trauma, resulta imprescindible evitarles nuevos sufrimientos." Pero otras parecían casi una provocación: "Hemos vivido muy tranquilos y felices con ellos desde hace más de dos años porque sabíamos que nadie los reclamaría en el futuro. Muchas veces le preguntamos a Anatole si recordaba a algún tío, a los abuelitos, o bien a sus padres. Siempre su respuesta fue negativa. No recordaba absolutamente nada". ¿Cómo podían saber que "nadie los reclamaría"? ¿Por qué mentían sobre la memoria de Anatole? ¡No tenían derecho en decir ciertas cosas!

En esos momentos, Mamá Julien se plantaba y era dura de pelar. "Cuando a una mujer se le pone la justicia entre ceja y ceja, no hay quien la haga entrar en razón."

Aquietadas las borrascas, volvían al análisis.

Los Larrabeiti dejaban hacer. Se hacían los desentendidos cuando Mamá Julien le hablaba a Anatole de sus "papis verdaderos" y, aun, cuando secreteando le sonsacaba datos sobre las peripecias vividas en Buenos Aires, y después. No querían tomar parte activa en el develamiento de la verdad, ciertamente, pero tampoco bregaban por impedirlo. Quizá porque no les fuera posible. Anatole "sabía". Vicky era muy chiquita todavía, pero, a su debido tiempo, ya se le enteraría; el mismo Anatole se encargaría de ello. Silvia y Jesús no eran mala gente.

Además estaba el problema de la edad. Los Larrabeiti funcionaban como padres de los niños: Jesús tenía 38 años; mientras que Papá Julien había cumpli-



do 79 y estaba muy enfermo; y Mamá Julien pasaba los 60. "Los viejos con los viejos", repetía Papá Julien.

Pero, ¿qué pensaban los Larrabeiti en materia política? Porque no era cuestión de dejar a los hijos de Victoria y Roger en manos de sus enemigos. No parecían "fachos" ni izquierdosos. "Nunca he sido político; es más, soy antipolítico. Mi única política es trabajar", afirmaba Jesús a cada rato a quien quisiese oírlo. Los informes recogidos certificaron que no eran afectos al régimen, pero tampoco decididos opositores. Liberales, tolerantes, centristas; sí, eso eran. Papá Julien insistía en que lo único importante era que los nietos gozaran de la suficiente libertad como para elegir cuando fueran grandes.

Los abogados, en lugar de meterse a pelear, buscaron el acercamiento de partes. Al fin de cuentas, había un punto en que todos coincidían: sólo contaban los niños.

Finalmente, se arribó a una fórmula de transacción; los Larrabeiti conservarían la tenencia de los chicos -con las más amplias facultades de visita para los Julien-; quedarían suspendidos los procedimientos de adopción y cuando aparecieran los padres verdaderos o Anatole yVicky llegaran a su mayoría de edad, decidirían en definitiva. Mamá Julien se arrepintió mil veces de haber consentido ese arreglo; y otras tantas estuvo conforme. ¿Quien hubiera podido dictar en el caso otra solución salomónica?

"Al principio la familia adoptante tenía miedo de que los obligáramos a traerlos para acá, pero luego comprendie-

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

ron que lo único que queremos es ubicar a los niños en su propia realidad, que supieran la verdadera historia de sus padres."

❀ ❀ ❀

No quedó quieta con eso. Antes de que pasara mucho, Mamá Julien estaba otra vez tras Victoria y Roger. No era cuestión de sólo contentarse con lo que viniera por gracia de Dios: había que ayudar su obra. Si a ella la arrastraron por el suelo, quiere decir que estaba con vida; y en cuanto a Roger, ¿puede acaso un niño distinguir entre la muerte y el desmayo? No, nada se sabía de cierto.

Otra vez a rabonear del presupuesto, a cuidar enfermos, a realizar ahorros de maravilla. *"Con eso y con lo poquito que yo le podía aportar de mi sueldo de cadete en la agencia* -comentaría Pico-, *juntaba para sus viajes. Muchas veces se iba con el boleto y lo justo para el colectivo. Pero sabía rebuscárselas. Una vez hasta al panadero le pidió prestado. No sé cómo hizo para devolvérselo. No quería abusar de la gente que nos daba una mano en Buenos Aires. Prefería abusar de sí misma."*

La cosa levantó al morir un viejito que cuidaba. Le dejó por testamento la cuota que tenía en una sociedad con un coronel, un contador y un médico, en una casa de citas. Recibió un montón de billetes. Mamá Julien se sintió entonces una Onassis, una Fortabat. Fue "la corta vida feliz de Francis Macomber". Viajó

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

en avión, se permitió el lujo de un hotel decente, dio vuelta la casa. *"Cambia la casa, compra un televisor color, retapiza el living. Lo que jamás había hecho papá, la Vieja lo hace. Lo viste de punto en blanco. Le tira ropa. Esos trajes viejos que tenía se los tira todos y le compra todo nuevo. Viene y me banca a mí: heladera, calefón, cocina, que no me falte nada. Y dinero para mi hermana. Mamá se queda con dos reales. En tres viajes se va el último peso. Para aquí, para acá, para allá, para cuando vinieran Anatole y Vicky. En fin, antes de que pudiéramos acostumbrarnos a vivir como en* Dinastía, *se arma problema con el mueble y el Municipio lo cierra. ¡Adiós mi plata!* El tesoro de la Sierra Madre *duró lo que un lirio."*

Pero las rachas no son el viento, ni los altibajos, la vida. El camino no pasaba por ahí. El camino pasaba por donde lo llevaran Madres y Abuelas.

La búsqueda se había convertido firmemente en tarea colectiva. Había centralización de datos. Organizaban Madres y Abuelas, como cuerpo. Debatían, se avisaban e iban. Los desaparecidos habían dejado de ser dominio privado: pertenecían a todas. Los reclamos quedaron integrados en un solo reclamo.

"Ibamos a todos los actos. Había marchas de todo un día. Recuerdo al padre Antonio Puganet, un curita que vivía en los barrios pobres de Quilmes. Tenía problemas en las piernas -flebitis-, pero él daba el brazo de cada lado a alguien y caminaba las veinticuatro horas sin parar. Tremendas marchas. Nos corrían y echaban gases. Sólo íbamos caminando con los pañuelos blancos en la cabeza. Una vez, frente a la Casa Rosada, no nos dejaron entrar en Plaza de Mayo y nos tuvimos que volver atrás. Se hizo todo en

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Corrientes, cerca del Obelisco, con el milicaje delante. Nosotros en silencio. Estudiantes de medicina nos atendían; traían jugos, té, tomaban la presión.Las marchas eran una manera de resistencia al poder que representaban los milicos, pasiva, sin violencia, una demostración de fuerza, una fuerza distinta a la que ellos representaban. La de ellos era la fuerza bruta, sólo la de las armas."

Así siguió avanzando Mamá Julien.

❀ ❀ ❀

Cuando Madres y Abuelas supieron, a principios del 80, que iba a venir a Buenos Aires la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA, invitada por el propio gobierno argentino para verificar la corrección de sus procedimientos, divulgaron la noticia de que recibiría denuncias por violación de derechos humanos de todos aquellos que tuvieran alguna. Aunque no guardaban mayor confianza en lo que pudiera hacer de efectivo la Comisión, apreciaron que ésta era una de las pocas oportunidades que tenían de trascender los circuitos locales.

La Comisión se instaló en Avenida de Mayo, cerca del Café Tortoni. Borges había dicho, cuando le preguntaron sobre los detenidos-desaparecidos y otras formas atroces de la realidad: "Hay quienes dicen que todo eso no es cierto. Pero hay tanta gente que viene a verme para contarme alguno de esos casos,

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

que no pueden estar inventando. Pero el problema no es que haya cinco, diez o treinta mil muertos. Un solo hombre muerto sin juicio, atenta contra toda la humanidad". Claro al trazar esta justiciera raya ética, Borges no imaginó ni de lejos la irracionalidad a que apuntaban sus palabras.

El día que comenzó a funcionar la Comisión había cuadras y cuadras de cola. Ni Dios hubiera concebido nunca la real magnitud de los hechos: "Si es preciso, en Argentina deberán ,morir todas las personas necesarias para lograr la seguridad del país", dijo Videla en Montevideo; y estos bárbaros no se quedaron en la frase. Por un sufrido y sufriente pueblo que avanzaba paso a paso bajo la lluvia, en éxodo de la normalidad, azorado ante su propia inmensidad, circulaban versiones que parecían no pertenecer a este mundo; presos lanzados al vacío desde aviones, antros de indecibles torturas con designaciones como para turistas: "La Perla", "Vesubio", "La Cacha", "Olimpo", casas-cuna clandestinas para recibir a los niños nacidos en cautiverio, criaturas torturadas, en campos de concentración, desaparecidas, detenidos obligados a cavar sus propias tumbas, violaciones de embarazadas, bombas de fósforo, agonías eternas, todo.

"No puede ser, no creo que nuestros hombres de armas sean capaces de una cosa así", había contestado cierta vez el ministro Mario Amadeo a una delegación de Madres y Abuelas. Pero sí, fueron capaces.

Por la Avenida iban y venían camiones con soldados armados a guerra y patotas de provocadores que,

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

en cara de los familiares, rozando puños, ante la pasividad policial, vociferaban la manida muletilla: "Los argentinos somos derechos y humanos".

Recién entonces, cuando vino la Comisión de la OEA, empezaron a juntarse los uruguayos que buscaban. Más de un centenar y medio de uruguayos habían desaparecido en Argentina, por merced de militares uruguayos, reconocidos sin margen de duda (Gavazzo, Cordero, Silveira, Maurente, Ramírez). Nadie ignoraba ya la presencia permanente en Buenos Aires de comandos represivos dirigidos por oficiales uruguayos.

María del Carmen refirió que cuando la detuvieron, uno le dijo: "¿Te das cuenta de dónde somos nosotros?". Al contestar que no, agregó: "Bueno, te voy a cantar las paralelas: 18 de Julio, San José, Soriano, Canelones...". Luego le advirtieron: "El día que nos encuentres en la calle, con un mínimo gesto de reconocimiento que hagas sos boleta caminando". Nunca más supo de su compañero.

Rita Méndez dijo que estaba terminando de darle el pecho a su hijo cuando forzaron la puerta y entraron diez o quince personas vestidas de civil, "que se identificaron como miembros del ejército argentino y del ejército uruguayo. Uno de los oficiales, el que me arrancó al niño fue el mayor Gavazzo. Encontraron material escrito, del que surgió que yo trabajaba por la causa de la libertad en Uruguay. Entonces comenzaron a torturarme e interrogarme. Cuando me sacaron de la casa les pregunté qué iba a ocurrir con el niño. Me

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

respondieron que no debía preocuparme, que esta guerra no era contra los niños. Esa fue la última vez que vi a Simón. Tenía veinte días".

María Esther Gatti de Islas, abuela de Mariana Zaffaroni, contó que fue a ver a Gavazzo: "Lo veo buen mozo, corpulento, con un traje claro, corbata un poco más oscura, el pelo negro, corto y bien peinado, una cara franca, unos ojos grandes de color medio castaño verdoso. Tenía el aspecto de una buena persona. Lo recuerdo así, clarito. Le hablé de mi nieta, le digo que no le estoy pidiendo por mi hija sino por la pequeña; que me han dicho, y que el rumor circula por las calles, de que él sabe muchas cosas sobre desaparecidos. El me dice mirándome a la cara, a los ojos, con una expresión que si una no supiera qué clase de individuo es le hubiera creído: 'Mire, mi señora está a término de mi cuarto hijo, ¿cómo yo me voy a meter con los niños? Además, dicen por ahí que hasta tengo una oficina montada en Buenos Aires, y no sé cuántos años hace que no voy a esa ciudad'. Yo misma lo había visto en un bar de Buenos Aires, en Flores, con otros dos individuos, parados en la puerta, mirando para adentro. Bajé del ascensor llorando de impotencia, de rabia por no haber podido expresar todo lo que hubiera querido decirle".

Artigas, el padre de María Asunción, dijo: "Yo jamás sueño con ella muerta, siempre la veo y hablo con ella. Yo sé que la realidad es que no debe estar viva, pero yo la veo siempre así... Seguiré luchando hasta lo último. Andaré con bastón, pero hasta lo último. Mientras Dios me dé vida, salud y fuerza,

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

seguiré. Yo quiero saber, ¿dónde está mi hija? Yo siento parar un taxímetro de noche en mi casa y pienso que es ella; paso por donde estudiaba y se me representa ella. Yo los espero todos los días a mi hija y a mi yerno. Voy a comprar un regalito para mis otros nietos y pienso en Verónica. ¿Tendrá ella un regalito? ¿La tendrán bien? ¿Cómo será? ¿Cuándo podré abrazarla?". Tenía desaparecidos a hija, yerno y nieta, nacida en cautiverio.

Luz Ibarburu de Recagnotestificó: "Cuando nos avisaron que Pablo había desaparecido, vivimos la angustia, esa prensa que te oprime por dentro y que te hace temblar, o llorar, o gritar, o lo que es peor, te inmoviliza. Esa situación difícil de imaginar para quien no la ha vivido: el no dejar nunca la casa sola por temor a que llegue una noticia; el oír siempre con sobresalto el timbre o el teléfono; el ver al ausente en todas las caras, en un rasgo, en un gesto, el llegar a la noche siempre con angustia, esperando un mañana que se teme sea igual al hoy. El sentir un dolor casi físico en lo más profundo del ser... y una rebeldía... y una impotencia...".

Mamá Julien aprendió que la matanza era empresa transnacional y supo que el martes 13 de julio del 76 habían hecho en Buenos Aires una gran redada de militantes compañeros de Roger. La mayoría fueron traídos en régimen de secuestro a Montevideo, componiendo la famosa "invasión". Después de esa fecha, todos los uruguayos aprehendidos en Buenos Aires estaban desaparecidos.

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

No iba a cejar por eso. Como los náufragos que han bebido del mar, Mamá Julien estaba poseída por inagotable sed.

❀ ❀ ❀

Volvió a la primitiva idea de buscar la casa de Roger. En una foto que recién le había dado su consuegra aparecía Anatole en un autito, alcanzándose a ver un pequeño jardín, un portón de hierro, la puerta de entrada, una ventana, un banco de piedra y una jaula de pájaro colgando. La silueta de la casa estaba. Se sabía además, que quedaba en el partido de San Martín. Diciéndolo no parece tarea excesivamente difícil. Pero era más o menos como ubicar un jacarandá en el Matto Grosso. San Martín es una enorme extensión de casas bajas y modestas con una multitud de centros comerciales.

Mamá Julien lo trilló "miniciosamente" -como decía Romeo Ettorena, un milico que dibujaba su firma poniendo "Romo Toro"-. De norte a sur; de este a oeste. Por la vereda del sol y de la sombra. Cientos de quilómetros caminando. (Desde entonces no pudo usar más zapatos de tacón, vencido el arco del pie.)

Iba en subte hasta Lacroze. Tomaba entonces un colectivo o el tren. Lynch, Moreno y Lourdes. Cientos de calles que parecían una sola y misma calle. Plazas repetidas. Casas indistintas. La foto no tenía gemelo

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

en la realidad. Era el suplicio de Tántalo, era perderse en la sabana colombiana, era guardar humo en una canasta.

Como por esos días estaba parando en lo de una Abuela (Madres y Abuelas circunstancialmente no apoyaron su extenuante peregrinaje), le preguntó si conocía a alguien que pudiera ayudarla. Conocía a una uruguaya que la conectó con gente que vivía en San Martín. Obreros. Muchachos. *"Allí había muchos uruguayos trabajando, pues era una zona de fábricas. Todos ellos se me ofrecieron para localizar la casa. También un chileno que tenía un barcito."*

Venían a buscarla a las ocho y la dejaban a mediodía. Por la tarde Mamá Julien salía con otros. Se turnaban para acompañarla. Recorrían el distrito y sus alrededores mirando, mostrando fotos, inquiriendo. Alguien prestó un coche y la pesquisa se volvió menos dura, aunque lo que se ganaba en descanso se perdía en prolijidad, especialmente a determinadas horas o en días de lluvia.

"Una mañana íbamos con un matrimonio que ya está aquí en Montevideo y pasamos por una calle donde había una casa que me llamó la atención. Era tan parecida... Estaba el banco en el jardincito pero había un garaje que la desfiguraba."

Con el auto solían pasar por frente a esa casita. A Mamá Julien le "tiraba" mucho sin darse cuenta bien por qué. O sí.

Un sábado se le ocurrió que quizá los diarios hubieran dado noticia del hecho en que desaparecieron Roger y Victoria. ¡Cómo no se le ocurrió antes

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

algo tan elemental! Lamentándose por su ineptitud, fue hasta *Clarín*.

En el archivo revisó la colección del 76, anotando todos los hechos policiales registrados en San Martín y aledaños. Finalmente, halló lo que buscaba.

(-¿Qué significaba encontrar la casa para tí? "*Acercarte a aquello que querés. Acercarte a dónde vivieron. El se fue a vivir ahí cuando ella estaba embarazada de la nena.*")

Algunos estaban en desacuerdo con semejante afán. No entendían qué provecho se podía obtener de la indagatoria. Creían que era perder tiempo. Alguien no le ocultó que aquello le resultaba simplemente morboso.

En el ejemplar del 27 de setiembre, leyó: "Aproximadamente a las 22 horas de anteayer, efectivos combinados del Ejército y la Policía Federal llegaron hasta una finca ubicada en las inmediaciones de 25 de Mayo y Mitre, donde se había registrado un tiroteo en el cual habría sido muerto un extremista y resultado herido un oficial subinspector de policía".

Fueron, pero no dieron con la casa. Una noche de ésas volvió a pasar con unos compañeros por la fachada que le había llamado la atención. Estaban regresando a Capital Federal, camino al estadio de Vélez, a donde la había invitado especialmente Marilina Ross, que oficiaría de animadora en un festival de rock pro Asamblea Permanente de Derechos Humanos. Madres y Abuelas habían comprometido su asistencia. En eso, a uno de los muchachos se le ocurrió comprar cigarrillos en el quiosco de la

esquina, atendido por una mujer y una chica.

"Bajé.

"Me animé a preguntarles si hacía mucho que vivían en la zona. Asintieron, diciendo que vivían enfrente desde hacía años. Abrí la cartera y les pregunté si habían visto esas caras. Cuando vio las fotos, la mujer largó los cigarros, se tapó la cara y se puso a llorar. '¡Ay, los nenes, el Coyotito!' '¡Hemos vivido desesperados pensando dónde habían quedado esos niños y diciéndonos por qué no los pedimos para nosotros!' Horrorizada, me dijo: 'Señora, a este muchacho lo mataron y se llevaron a la señora y los niños. Vivían en aquella casa de familia que están arreglando'."

Esquina de Mitre y Carlos Gardel. Calle de adoquines y pozos encharcados. A dos cuadras de la referencia dada por *Clarín*. A veinte metros de una estación de servicio.

Mamá Julien cruzó. En la casa había albañiles. No querían dejarla entrar pero tanto insistió que finalmente le permitieron el acceso. El sereno le encareció: "¡No lo diga a nadie que la dejamos entrar!" "¡Una vista de ojo, nomás!". Recorrió la casa.

"Todo estaba lleno de agujeros inmensos. Hallé el baño de azulejos verdes con bañera verde donde, según contó Anatole, el papito lo había escondido a él y a Vicky para salvarlos de las balas que entraban por todos lados. Fui al fondo, donde había un parrillero y un pequeño jardincito en la más completa ruina. Los milicos habían estado revolviendo todo; y rompiendo todo, también. Parece que creían que había dinero enterrado. Luego del operativo, un milico había vivido años en la casa con ese estado. Aunque

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

parezca increíble. No habíamos identificado la casa a causa del garaje añadido."

Después de tanto bregar, Mamá Julien había alcanzado éxito.

❀ ❀ ❀

Los vecinos vieron cuando sacaban a los niños de la mano y los metían en un auto donde había dos mujeres, seguramente policías. Los niños lloraban.

En una versión Roger salió sin armas, como para entregarse, y cayó en la vereda. En otra, había querido saltar por los fondos y un oficial le pegó un tiro en la nuca. En otra más, se habló de pastilla de cianuro.

"No se puede asegurar mucho porque los milicos acordonaron la calle e hicieron cerrar ventanas pero un vecino me contó que él subió a la azotea y desde allí vio, aunque estaba muy oscuro porque también oscurecieron toda la manzana. Parece que a Victoria la sacaron arrastrando, como cuenta Anatole.

"Ese testigo me escribió después de mucho tiempo contándome los detalles del operativo. Le agradecí, preguntándole si declararía cuando yo precisara pero nunca me contestó. Acosado por el miedo, dejó su casa sin decir a nadie en el barrio a dónde se mudaba."

La carta del testigo dice así:

"Siendo aproximadamente las 17 horas de un domingo a mediados del mes de septiembre de 1976 estaba reposando mientras los chicos, uno de ellos mi

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

hija y dos más de una amiga nuestra, que se hallaban jugando en el porch de mi casa, sentí imprevistamente fuertes denotaciones, me levanté de inmediato y pregunté a los chicos que era ese ruido, y los chicos asustados me contaban que había muchos hombres armados fuertemente en la esquina, como es de imaginar no les creí a lo que ellos decían, pensé que esos ruidos podían provenir de la iglesia pues cuando hay fiesta se oyen estampidos de bombas. Por lo que decidí salir a la puerta y pude observar que sí era realidad lo que los chicos me habían dicho, había gran cantidad de vehículos y personas de civil fuertemente armados, ello me hizo ir hasta la esquina donde vi una tanqueta llegando a la misma con militares vestidos de fajina, pude observar desmanes entre los civiles y militares por lo que me volví hacia mi domicilio distante unos cuarenta metros de la esquina y desde allí junto a mi señora seguí los movimientos que allí se podían observar, continuaban los tiros, bombas, pregunté a la gente que transitaba por allí y me informaron que en Avda. de Mayo y Mitre habían ubicado otra tanqueta, logrando así bloquear la zona.

"Luego de un rato, observé desde mi domicilio ubicado en la calle Carlos Gardel casi esquina Mitre como llevaban arrastrando a una mujer y allí la fusilaron al doblar la bocacalle, pues no la sacaron por el frente de su casa que da a la calle Mitre y esto sucedió en la calle Carlos Gardel a la vuelta de la casa. En ese preciso instante pude observar cómo en ese

momento se llevaban de la mano a dos niños de corta edad, cuando vi esto de inmediato me arrimé arriesgadamente y entonces escuché que los chicos lloraban desconsoladamente y uno de las 'bestias' que llevaba a los chicos, al pedido de los chicos por su mamá les decía 'la yegua de tu madre no está más'. No pude ver más porque me hacían señas para que me retirara con amenazas unos tipos de civil, no teniendo más remedio que volver a mi domicilio.

"Al caer las primeras horas de la noche, desde la calle Gardel avanzaba hacia la intersección de Mitre que era escenario de estos hechos vandálicos, un coche Chevrolet color verde aproximadamente modelo 72 con gente en su interior completamente distraídos, ya que nosotros les hicimos señas para que detuvieran su marcha a lo que no hizo caso, pensando que no sería de ellos, pero gran sorpresa cuando a la voz de alto de los asesinos no pararon tal vez pensaron que era un atraco, y allí mismo fueron acribillados a balazos, yendo a parar contra uno de los cordones por los impactos recibidos, y allí terminó una familia que supuestamente iba de paseo. Al llegar la noche la zona fue oscurecida completamente, luego de un rato pude observar que en bolsas verdes fueron cargando unos bultos en un camión militar, durante el operativo pasaban coches negros marca Ford Farlain con personas en su interior muy armados vestidos de azul. En varias oportunidades se aproximó hacia nosotros un hombre de civil con un intercomunicador en la mano observándonos, ya que estábamos en la azotea de la casa, en la puerta o

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

sea que vio que estábamos mirando demasiado.

"Al día siguente había una especie de corrillo que seguramente lo habían hecho correr ellos, de que esa casa era una cárcel del pueblo, pudiendo comprobar que no era así y no existía tal cosa.

"Al poco tiempo, después de vaciarla por completo por camiones que estacionaban en la puerta, esa casa fue tomada por elementos policiales que arreglaron todo tapando y revocando los agujeros que habían quedado de los impactos del tiroteo que no fue tal porque en las viviendas del frente no había impactos, es decir que de adentro no tiraron. La casa fue habitada por fuerzas policiales, luego se mudaron y se puso un cartel que decía 'dueño vende'. Como se puede apreciar que se apoderaron de todo son unos canallas, unos asesinos.

"Todo esto sucedió cuando allanaron la finca de la calle Mitre No. 5551 que era habitada en esos momentos por el matrimonio Victoria Lucía Grisonas y Mario Roger Julien Cáceres y sus dos pequeños hijitos".

❀ ❀ ❀

Por un instante creyó haber llegado al fin del camino. No podía quejarse. Había encontrado lo que anduvo buscando. El desastre estaba ahí, lo podía oír, palpar. Se alzaba como una babel, como una gigantesca tarántula. Había madurado cual un remordimiento, un tumor, un hijo bobo. Algo previsi-

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

ble. Se lo habían anunciado en el primer minuto, se lo había contado Anatole, pero ella no había querido creer. Ella no quería creer nada hasta que lo viera con sus propios ojos. Y ahora estaba viendo. Allí estaban los inequívocos testimonios, las irrefutables señales, las ineludibles presencias.

Iluminada, Mamá Julien, que en su quimérica persecución sólo se había fijado la meta de avanzar costase lo que costase -como Orellana o Lope de Aguirre que, obsesionados tras los fulgores de El Dorado o la fábula de las Siete Ciudades, legaron escalofriantes lecciones de tenacidad y energía-, se topó, finalmente, igual que ellos, con la fuente de la desgracia.

Entendió que ese era el pago. Sintió que Alguien la había estafado: quería vida, no esto; quería infinita esperanza, no la cancelación de los regresos. Una revuelta marea de odio, horror y pena la inundó. Como esos enredos que, con ganchos semejantes a atizadores, sacan de sus panales los cuidadores del Butantan, un nudo de víboras removía su corazón.

Una exaltación indominable le hacía temblar levemente los labios. Si en ese momento hubiera tenido llaves de poder, habría ejercitado la crueldad; y los perseguidores se lamentarían de haber nacido, aplastándolos como ratas. Mas su rostro mantuvo inalterada opacidad. Los acompañantes admiraron su sereno estoicismo.

"¡Vamos -cortó-, no puedo fallarle a Marilina!"

Los otros se miraron extrañados. Creían que iría a rumiar su dolor en la cama, que asumiría, por fin,

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

un duelo demasiado tiempo postergado. No la conocían.

A las solicitudes e insinuaciones respondió casi de mal modo:

"¡Vamos que se hace tarde!"

En el auto, alguien quiso empezar una conversación que nadie siguió. Se formó un silencio blando y duro como paquete de manteca. Mamá Julien sintió tibieza de lágrimas en sus mejillas: emergieron como rocío mañanero: por obra de la naturaleza.

El coche corrió velozmente. Desfilaban letreros luminosos, tráficos, gentíos. Mamá Julien portaba su pena como un cura de Nueva York la eucaristía: ignorada, en medio de la indiferencia del mundo. Sin darse cuenta, había abolido el afuera, concentrándose en el desván de los recuerdos. Las reuniones en la chacra. Papá, Roger, Papo, el doctor Jiménez, el doctor Molina Urruzola, el escribano Varela Fuentes, Pepe, Arturo, el actuario del juzgado -que usaba bisoñé y una perla en la corbata-, el maestro Martínez Matonte... Charlando pacíficamente. Cada uno diciendo lo suyo sin tratar de imponerse a los demás. "Uruguay idílico", decía Roger. Abogados y escribanos charlando de política. Política de blancos y colorados. Roger metiendo bacitas de la "U.P." Papá escuchando. "¿Qué quiere este Erro que tanto se anima a decir?" Bajo el parral. Sangría de clarete con frutillas. Bien helada. Jarras transpirando frío, mientras arreglaban el mundo en la tardecita. Victoria. Recién casados. Papá recibiéndoles en el escritorio; la familia, el comedor. De vaqueros y championes; parados;

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

yéndose antes de llegar. ¡Qué muchachos!

Como alguien que se está ahogando, Mamá Julien recordó la vida entera. Recordó cuando la invitaron a conocer la casita del Cerro y Roger le pidió que llevara un arrollado de dulce de leche. Y cuando cayeron presos y se enloqueció porque nadie cuidaba de la gata y los gatitos recién nacidos.Y cuando le trasmitía a Victoria los versos que Roger le enviaba desde Punta Carretas. Recordó cuando había estado chalado por Iris. Y cuando lo habían tenido que internar en Villa Carmen, y Pareja se había hecho cargo. Recordó cuando su madrina le enseñó el catecismo. Recordó lo que le había dicho el juez de Azul, y sintió que también ella, como el cuento del Viejo, había podido con el pez grande, para perder con los tiburones.

Cuando quiso acordarse, habían llegado al estadio. Tenía un cansancio enorme.

Una niebla de neón refulgía en la noche, iluminando la fábrica de aquel ruidaje infernal. Al descender del coche, los aplausos devinieron silbidos -los silbidos que pueden producir miles de fanáticos en plena celebración roquera-.

Mamá Julien se ató el pañuelo de Abuela, dirigiéndose a la entrada. Los acompañantes le abrían el camino y medio la sostenían de los brazos. Realmente estaba exhausta. Hacía mucho que no se sentía tan nadísima. Mientras subía las gradas, estalló la música. Ubicua. Rebotante de ecos. Desde múltiples e indiscernibles focos, a través de una red de parlantes evidentemente mal ajustada. Parecían los Beatles -en

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

realidad, a Mamá Julien aquello siempre le parecía los Beatles-. El blanco pañuelo en la cabeza oficiaba de salvoconducto. Era un sésamo ábrete. La muchachada salía por un instante de su arrobo para facilitarle el paso con una solicitud exótica en estadios. Llegó al estrado. Un conjunto estaba en plena función. Llegó al estrado. Un conjunto estaba en plena función. Seguida de su compañía, avanzó por un costado, sorteando el cablerío. El público colmaba tribunas y cancha.

Marilina la vio, vino a su encuentro, la abrazó y besó ostensiblemente. Debilitada por la efusión, Mamá Julien se aflojó, como reciente viuda al recibir condolencias. No sin extrañera ante el inesperado desborde, la actriz buscó calmarla y le preguntó si se sentía mal.

Mamá Julien le contó.

Marilina Ross volvió a tomarla en brazos, estrechándola con otra fuerza, con otra emoción. La condujo luego hasta el sitio que le tenía reservado entre Madres y Abuelas. La orquesta había terminado entretanto su actuación, recibiendo la consabida ovación y rechifla aprobatoria. Serenados los ánimos, resurgió el tumultuoso rumor de las muchedumbres transidas de espectáculo.

Fue entonces que Marilina tomó de la mano a Mamá Julien y la llevó al centro del escenario. Por el micrófono pidió silencio. No debió insistir ante el requerimiento. Tenía autoridad frente a su público, reconfirmada por la presencia de una Abuela. La multitud acató; y fue como si de pronto alguien

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

hubiera apagado el fragor del Iguazú.

Marilina comenzó a hablar. Dijo lo que estaba diciendo. Se hubiera podido escuchar el volido de una mosca.

"...Por eso está triste. Por eso está muy triste. Pero nosotros le decimos a la Abuela que no ha perdido a Roger y a Victoria. Nosotros le decimos que no ha perdido hijos. Al contrario, ha ganado hijos. Muchos hijos. Acá, y en Amércia Latina entera. Su dolor nos ha parido. ¿Verdad que nosotros somos sus hijos? ¿Verdad que la vamos a acompañar siempre?..."

❀ ❀ ❀

Pero no era el fin del camino. Faltaban trechos por recorrer. Siempre falta algo. Mamá Julien no se conforma con cualquier cosa. Al fin de cuentas, todavía no había visto nada por sus ojos. Como el santo, necesitaba tocar para creer. Y aun así, quién sabe.

Las muertes anunciadas, las muertes contadas, eran muertes de palabra, de aire, de ilusión; no eran muertes de muerte.

Seguía pensando dos por tres: "Esto se lo tengo que contar a Roger cuando lo vea"; seguía dejando la cancel sin tranca "por las dudas"; seguía con "la liturgia del cuarto que se conserva y el ropero que no se toca, de la puerta que no se abre y el timbre que no suena"; seguía oteando la esquina con la esperanza de verlo venir, despacito, haciéndose el distraído,

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

como si, del barrio, fuera a comprar algo en la botica de la esquina, al disimulo, saltéandola con la mirada, compincheando lindamente, ganándole a la represión, a los alcahuetes, al miedo, exponiendo una de sus siete vidas de gato inmortal; seguía rechazando el goce de Pico y Mary porque no podía compartirlo con él; seguía aboliendo Navidades y buscando en cada muchacho de lentes y pelo ondulado al Roger vivaz y querido.

Precisaba algo contundente. Precisaba hallar (mejor dicho, temía hallar) los restos de su cadáver. Precisaba tocar sus cenizas para comenzar, por fin, los naturales ritos de la veneración a los muertos -y no a ausentes, a desaparecidos, a evanescentes presencias que a cada rato se atraviesan en nuestra locura-.

Si no había podido rescatar vivos a Roger y Victoria -todavía-, tenía que conseguir lo que quedara de ellos, para enterrarlos con sus propias manos e iniciar duelo de madre, donde sanamente, las cosas son como son y no queda sitio para esperar más.

Necesitaba que terminara aquella vida a medias, aquella muerte a medias, aquel juego de sombras e ilusiones, aquella usurpación de los recuerdos por una expectativa patológica -maldito espejismo repetido, mosqueta inventada por Satanás -o Dios- para probar la resistencia de su cabeza y su corazón (por obra de piadosos ciudadanos que mezclaron patria con crimen). Necesitaba limpiarse de la obsesión. Necesitaba terminar con la incesante tragedia.

Pero antes, debía seguir luchando. Sin saber de

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Ilíadas y Troyas, debía luchar por los despojos de los divinos chiquilines, como pelearon los aqueos para redimir del enemigo el cuerpo exánime de Patroclo, salvándolo de la ignominia y el olvido; debía disputarle la presa a los tiburones.

Como el Moisés de Vigny, necesitaba "dormir el sueño de la tierra", ser ella misma aunque sólo fuera un minuto más en lo que le restaba de vida, antes que Madre y Abuela, y su teatralización humana.

Por eso, siguió riñiendo no menos que siempre.

"Después de encontrar la casa me dediqué a buscar el cuerpo de ellos. Fui a tribunales de San Martín y me dijeron que tenía que traer un abogado para que me permitieran ver los libros de defunción. Como el cementerio estaba cerca de la casa de ellos, pensé que los tenían que haber llevado para allá, aunque dicen que a unos los ponían en pozos y les echaban cal encima para disolver los huesos, y que a otros los tiraban al mar con pesas en los pies. Había un viejito jubilado que era enterrador. Le pregunté si hacía años que estaba ahí en el cementerio. Me contestó que sí. Le dije que yo era madre de desaparecido y que tenía entendido que allí había tumbas 'NN'. Le hice referencia a la fecha de desaparición y su posible entierro. No supo decirme nada. Me indicó, de todos modos, dónde se encontraban las tumbas 'NN': a los fondos del camposanto. Había unas con cruces y otras sin nada. Estaba todo lleno de matorrales y yuyos. Las recorrí y no encontré nada. Volví a la mañana siguiente y les puse flores hasta donde me alcanzaron."

Siguió buscando.

❀ ❀ ❀

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Junto a la máquina tengo copia de una presentación realizada en mayo de 1985, y eso que su "carácter no es para estar de escrititos". Textualmente principia así: "Señor Juez: María Angélica Cáceres de Julien, por su propio derecho, constituyendo domicilio legal en Suipacha 280, a V.S., digo: Que vengo a interponer formal recurso de habeas corpus en favor de mi hijo Mario Roger Julien Cáceres, de nacionalidad uruguaya, nacido el 29 de abril de 1943, en Montevideo, República Oriental del Uruguay, casado, y de Victoria Lucía Grisonas, argentina, nacida el 14 de abril de 1945, en Buenos Aires, República Argentina, casada, esposa del anterior, de los que no se tienen noticas desde el mes de setiembre de 1976".

"Usted busca y sigue buscando y están todos muertos", comentó la madre de Victoria.

❀ ❀ ❀

En el invierno del 80, llevado por Larrabeiti, Anatole vino a Montevideo. Desde que recibieron la anunciación, los Julien se pasaron en aprontes. Hicieron pintar el cuarto de arriba, empapelaron el escritorio, compraron una camita nueva con respaldo de nogal, sábanas, un acolchado y colecciones de *Billiken* y *Charoná*, pulieron pisos, redistribuyendo muebles. ¡Venía el príncipe heredero! ¡Venía el hijo de Roger!

Jesús y el chiquillo saludaron con la mano desde



la pista. El encuentro en el Aeropuerto fue conmovedor. Anatole se mostró de entrada muy dado y cariñoso. Mary quedó chocha con él. Camino del Centro, se sentó junto a Pico. Este le fue mostrando el lago de la arenera, las casas de ladrillos y troncos, el Parque Roosevelt, el arroyo Carrasco. "¿Te gusta nenito querido?" Anatole no contestaba. Era puro ojos. Sin embargo, en determinado momento, por las de él, sin que nadie le preguntara nada, dijo: "Mis otros papis eran terroristas". Pico no podía creer que había escuchado lo que acababa de oír. "¿Quién te contó eso?" "Papito me lo dijo."

Papá Julien, trajeado, nervioso, esperaba en casa.

Casi no pudieron estar a solas. En seguida comenzaron a llegar vecinos, Abuelas, Madres, familiares y amigos que querían conocer al nieto pródigo. Jesús impresionó a todos muy favorablemente por simpatía y suaves modales. Anatole encantó. "Son amorosos", dijo Mary.

Terminada la visitación del niño, las personas mayores de la familia -comprendido Jesús- conversaron largo y tendido. De Vicky y Anatole, por supuesto; del colegio, de la educación que recibían, de lo regalones que eran, de los miramientos con que se les trataba, de la felicidad que había significado, de la cantidad de amiguitos que tenían, de lo alegres que estaban, de la ilusión con que Anatole había tomado este viaje. Pico trató de hablar sobre Pinochet y Allende pero no tuvo eco: estaba fuera de tema.

Por más que le insistieron, Jesús no quiso alojarse allí; prefirió una habitación de hotel. Por becas, había

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

viajado mucho: Europa, Estados Unidos, América. Inclusive ya había venido a Uruguay. En los quince días que duró la estada apenas si volvió un par de veces por la casa.

A la mañana siguiente comenzó la verdadera fiesta. Y no sólo porque se viviera de romería o cumplieran el descontado programa de Parque Rodó, títeres y quermeses. Anatole era la fiesta.

Papá Julien lo trató como a un hombrecito. Buscaba hacerlo hablar. Quería oírlo. Le preguntaba de la escuela, de a dónde iba en sus vacaciones, si le gustaba la nieve, la montaña o el mar. Le preguntaba de Vicky y de sus maestros.

Pronto consiguió que le tomara confianza. Golosinas y sorpresitas afianzaron la preferencia del niño por Papá Julien, "Abuelito Luis" vivía en un encantamiento mágico. Era un gozo sentirlos reír en la sala.

Mary le leía historietas y jugaba con él a las figuritas, al roba-montón y a las escondidas. Le contó dulces cuentos de fantasía. Le habló de Roger: cuando la tiró un caballo y él vino corriendo y la tomó en brazos, salvándola, y fue el único que se acercó sin temor a que lo pateara; cuando vivía en una pensión muy pobre; cuando los paseó a ella y a Pico por la Quinta Morales, e iban los tres abrazados, y en eso los detuvo, gritó fuerte: "¡Paso, aquí vienen los Julien!", y de nuevo avanzaron sobre el mundo, dejándolos electrizados por indecible comunión.

Pico lo llevó al Estadio, jugó a la pelota en la calle, entreverándolo con los chiquilines del barrio, le regaló los libritos *Calleja* que adoraba como reliquia

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

que eran. Le buscó la boca sobre milicos. "¡Esos son los que mataron a mi padre y a mi mamita también!" -se puso mal; le vino como un ataque y no cesaba de repetir: "¡Esos son los que mataron a mi padre y a mi mamita también!" *"El mayor susto me lo llevé yo cuando ví lo que era Anatole* -dijo Pico-. *Alerté a mamá: 'Esto no podemos permitir que suceda. Si lo dejamos en manos de papá, ¡mi Dios!; Mary no sabe; entonces, Vieja, del brazo, juntos, y ¡adelante!'."*

Arturo hizo un largo relato de cuando él tenía su edad. "Fue hace mucho. Se empapó todo para ir a avisar a casa que yo me quedaba con él en la pensión esa noche. Diluviaba. Yo era un guacho como tú. Fue a la salida del teatro. Habíamos ido a El Tinglado. En el vestíbulo, Roger me dijo: 'Che, no se te ocurra decir: ¡qué maricones de mierda!, porque te agarran a piñazos'. Eran unos actores. Después nos fuimos todos a la pensión porque era muy tarde. Como a las cuatro de la mañana, uno se puso a tocar la guitarra y nos despertó". Anatole lo quedó mirando, en una semisonrisa, sin entender nada.

Anatole era la fiesta; y la ocasión para que cada uno santificara la suya.

Mamá Julien no sabía qué hacer, si abrazarlo, si llorar, si besarlo. No cesaba de hablarle. "Los papitos verdaderos tenían una gata que continuamente daba gatitos." "El papito verdadero hizo la primera comunión de traje azul y moño blanco en el brazo." "La mamita verdadera quería mucho al papito verdadero y a ustedes también." "El papito verdadero tenía diez años de edad y se sacaba la ropa de encima

porque tenía un compañerito enfermito del corazón y como la escuela quedaba a medio quilómetro, le daba su campera para que no pasara frío y le hiciera mal". "Un sacerdote de María Auxiliadora me decía siempre: 'Angélica, su hijo es un santo'. "El papito verdadero dejó la comodidad de su casa para irse a vivir al Cerro, cuando allí vivía gente con carpa que venía de afuera en alguna marcha, y después volvía para acá a buscar remedios para los niños de esas familias, o ropitas y alimentos."

Lo llevó a ciertos sitios: Madres, Abuelas, Servicio de Paz y Justicia, Diputados, Senadores, Comisión de Derechos Humanos, Comisión de Familiares de Desaparecidos, representantes de Naciones Unidas y del Consejo Mundial de Iglesias y, en secreto, hizo que conociera a compañeros de Roger y Victoria. Lo presentaba como hubiera presentado la Virgen María a su Hijo si hubiese estado realmente persuadida de quién era El. Se sentía portadora del milagro. Y buscaba producirlo imbuyendo al chiquillo nuevo espíritu, imbricándolo distintamente, abriéndole el seso. Eso pretendía. Contrarrestar el perfume que traía de Chile. José Germán se encariñó muchísimo con él, y viceversa.

Lo llevó a casa de la otra abuelita. Y a la matinée, como con Roger. "Cuando era chico nos íbamos después de la escuela al cine. Preparábamos una merienda y nos íbamos."

También una noche lo llevó al boliche donde actuaba Julio Calcagno. Una especie de café-concert. En Pocitos. Previamente le había consultado por

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

teléfono si tenía inconvenientes en que fuera con el niño. "¡De ninguna manera! ¿No creés que pueda resultar demasiado fuerte para él?"

En el pequeño local a oscuras, había mesas y una tarima iluminada rudimentariamente. Estaba repleto. Llegaron con la función empezada. Mamá Julien y Anatole solos. Tenían lugar reservado en primera fila. Se sentaron. Calcagno estaba recitando.

"Cuando me fui eran chiquilines/ tenían un rabioso/ alrededor de púas/ la racha intransigente les quitaba/ padres tíos maestras/ eran gurises de ojos grandes despabilados/ que contemplaban en silencio..."

Les sirvieron algo de tomar. "¡No! Para el nene una Coca-Cola, por favor." Mamá Julien pidió que le anunciaran a Julio que habían llegado.

"Lento pero viene/ el futuro se acerca/ despacio/ pero viene/ hoy está más allá/ de las nubes que elige/ ... ya está casi llegando/ con su mejor noticia/ con puños con ojeras/ con noches y con días/ con una estrella pobre/ sin nombre todavía..."

Hubo cerrados aplausos. Y canto. Y música.

Anatole estaba en plena novelería. Inquieto se removía en su silla. La abuela le iba explicando. Al rato, sin embargo, se puso tensa y pidió al niño que se quedara quieto. Anatole quiso decirle algo pero Mamá Julien le hizo señal de silencio. "¡Escucha!", susurró. Calcagno comenzó a desgranar versos, acompañado por la guitarra de Vicente.

"Fue en Valparaíso donde reaparecieron/ en pleno año internacional del niño/ por fin sanos y

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

salvos/ con escasa y suficiente memoria/ victoria eva y anatole..."

"¡Abuelita, habla de nosotros! ¡Está hablando de Vicky y de mí!" "¡Sí, mijito!".

"...niños del siglo veinte/ habían mediado las naciones unidas/ y fotógrafos embajadores y arzobispos/ y una vez confirmadas las identidades/ y obtenido el aval indispensable/ de burócratas y estados mayores/ desde montevideo fue a buscarlos la abuela/ es posible que todo vuelva a su cauce/ pero ni colorín ni colorado/ el cuento no se ha acabado/

"valparaíso de terremotos y escaleras/ donde cada escalón es una casa en ascuas/ valparaíso de marineros y recuerdos/ y costas de agua helada y transparente/ había acogido a anatole y victoria eva/ cuando en diciembre del setenta y seis/ aparecieron en la plaza o'higgins/ a la deriva y tomados de la mano/ valparaíso de acordeones y tabernas/ y olor inconfundible a sal y muelle/ con un mar que complica los adioses/ pero se encrespa con las bienvenidas/ la ciudad de las proas les dio pan y cobijo/ y también una esponja con la ardua misión/ de borrar los poquísimos recuerdos/ pero ni colorín ni colorado/ este cuento no se ha acabado/

" montevideo de milongas y cielitos/ puerto también pero con otro aroma/ con cantinas y bares de mala muerte/ y jóvenes cadáveres también de mala muerte/ quizá reciba a victoria eva y anatole/ sin primavera porque es invierno crudo/ sin cantos porque hay silencio estricto/ sin padres porque desaparecieron/

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

"montevideo de lluvia a plazos/ de muros con pregones irreverentes/ de noches sin faroles pero con tres marías/ quizá reciba a victoria eva y anatole/ en el breve año internacional del niño/ sin primavera sin canciones sin padres/ anatole sí recuerda la madre caída/ no ha olvidado aquella sangre única/ ni al padre escondiéndolos en la bañera/ para salvarlos del oprobio y los tiros/ pero ni colorín ni colorado/ este cuento no se ha acabado/

"lo cierto es que montevideo y valparaíso/ tiene más de un atributo en común/ digamos la bruma y la nostalgia de los puertos/ y esta oscura piedad en homenaje/ al pobre año internacional del niño/ que dentro de unos meses se termina/ así pues no sería de extrañar/ que antes de que culminen las celebraciones/ y a fin de que la lástima sea simétrica/ aparecieran en la plaza zabala/ o en villa dolores o en el prado/ dos pequeños chilenos desgajados del mundo/ tomados de la mano y a la deriva/ y una vez detectados por la onu/ y por fotógrafos embajadores arzobispos/ comprobadas las identidades y obtenido/ el aval de burócratas y estados mayores/ viniera a recogerlos algún abuelo/ a fin de reintegrarlos a su valparaíso/ que seguramente los habría de esperar/ sin primaveras sin canciones sin padres/ pero ni colorín ni colorado/ el cuento no se ha acabado."

Cuando terminó, Calcagno quedó como en trance, la cabeza metida entre los hombros, mirando el piso, los brazos colgando a lo largo del cuerpo, recibiendo el homenaje de ovación. ¡Había que cantar este Benedetti en aquellos tiempos!

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

"¡Vaya mijito! Vaya a darle un beso!" Mamá Julien impulsó a Anatole hacia la escena. El niño se acercó a Calcagno, que seguía en éxtasis. Tuvo que tocarlo. Sobresaltado, pareció despertar del más allá. Por una fracción de segundo, mostró desconcierto y no saber qué podía estar haciendo ese mocoso allí.

-Yo soy Anatole -en un hilito de voz.

Calcagno abrió enormes sus ojos, apretó los dientes con fuerza y envolvió al niño en tremendo y larguísimo abrazo, sin ocultar el llanto.

La gente, de pie, estalló en aplausos que duraron una eternidad de transida emoción. Mamá Julien estaba ahogada.

❀ ❀ ❀

Al día siguiente, Mamá Julien se sentía apaciguada, en plenitud. Cuando despertó, estuvo un buen rato pasándose la película. Convino consigo misma que se había convertido en un buen gallito de riña, peleando en todos los ruedos y consiguiendo lo más que se podía obtener. ¿Consiguiendo?... Porque el encuentro de Vicky y Anatole había sido un golpe de suerte enorme, en el que ella había tenido muy poca participación. ¿O no? En todo caso, nada tenía que reprocharse. Había hecho más que muchos... ¿Y el futuro? ¡Dios dirá! Al recordar los aplausos de la noche anterior, se erizó. Era una culminación.

Al cabo, se levantó.

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Una mañana espléndida. El viento había cesado y el cielo estaba radiante. Primavera en julio. Sería bueno no desperdiciar este tiempo y mostrarle a Anatole las playas de aquí.

Desayunaron juntos Mamá y Papá Julien, Anatole y Mary. Rieron con las ocurrencias del niño. Anatole reía de risa, nomás.

Se puso remolón para salir. Se había encaprichado con un perrito vagabundo, que trajo en una de las salidas con Pico, y habían tenido que adoptarlo; ahora no lo quería dejar, pretendiendo quedarse a jugar con el cuzco o pasear con él. Finalmente lo convencieron de que el perro había estado toda la noche velando su sueño y necesitaba dormir, rato que podían aprovechar para tomar sol y ver el mar. Anatole y Mamá Julien salieron no lejos del mediodía. Lo más campantes. Charloteando.

"En una de ésas, el nene me tomó de la mano y preguntó: '¿Abuelita, todavía seguís buscando a mis papitos verdaderos?' Yo lo miré y le respondí: 'Sí, todavía los seguimos buscando y si algún día estos abuelitos ya no están más, tus tíos o tus primos continuarán buscándolos'... El niño se calló la boca, quedó pensativo y recien como a la cuadra me volvió a hablar: 'Abuela, yo quiero volver a ver a mis papis, quiero volver a jugar con mamá, quiero que papá vuelva a llevarme al zoológico. Pero abuelita, ¿qué vamos a hacer con estos papás de Chile que tenemos ahora y a los que también queremos mucho?' 'Los vamos a seguir queriendo mucho', contesté. Y casi en seguida, como si un rayo hubiera caído desde aquel cielo azul, Anatolito lanzó: 'Abuelita, ¿por qué dicen que Pino-

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

chet es malo si lo único que ha hecho es matar comunistas? Me dobló el mazazo. Sólo atiné a decirle algo así como: '¡Ay mijito, nada sirvió de nada, recién ahora empieza la cosa!'."

Mamá Julien sintió en su carne las dentelladas con que los tiburones destrozaban al pez grande. Por un segundo se tuvo pena. ¡Y comenzó la lucha! Hasta este mismo punto forma parte de ella.

❀ ❀ ❀

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Victoria y Roger fueron secuestrados en Argentina en 1976, pero ya en 1971, comenzó a escribirse la larga lista de los desaparecidos uruguayos.

Nombre	Desaparecido en
ALFARO VAZQUEZ, Pedro Daniel	Arg.
ALTMAN LEVY, Blanca Haydée	Arg.
ANCRES, Elena	Arg.
ANGLET DE LEON, Beatriz Alicia	Arg.
ARAUJO TEXEIRA, Máximo Ernesto	Arg.
ARCE VIERA, Gustavo Raúl	Arg.
AREVALO ARISPE, Carlos Pablo	Uru.
ARIGON CASTELL, Luis Eduardo	Uru.
ARNONE, Bernardo	Arg.
AROCENA DA SILVA, Marcos	Arg.
AROCENA LINN, Ignacio	Arg.
ARTIGAS NILO, María Asunción	Arg.
AYALA ALVES, Abel	Uru.
BALIÑAS ARIAS, Oscar José	Uru.
BARRIOS, Washington Javier	Arg.
BARRIENTOS, Carolina	Arg.
BASALDO, Graciela Noemí	Arg.
BENTANCOUR, Walner Ademir	Arg.
BENTIN, Félix	Arg.
BELLIZI BELLIZI, Andrés H.D.	Arg.
BLANCO VALIENTE, Ricardo A.	Uru.
BLEIER HOROVITZ, Eduardo	Uru.
BONAVITA ESPINOLA, Carlos	Arg.
BONILLA, Horacio Gelós	Uru.
BORELLI, Raúl Edgardo	Arg.
BOSCO, Alfredo Fernando	Arg.



BRIEBA, Juan Manuel	Uru.
BURGUEÑO, Ada Margaret	Arg.
CABARCOS, Ricardo	Uru.
CABEZUDO PEREZ, Carlos Federico	Arg.
CABRERA PRATES, Ary	Arg.
CALLABA PIREZ, José Pedro	Arg.
CANDIA, Ruben	Arg.
CANTERO FREIRE, Edison Oscar	Arg.
CARDOZO, Juan	Arg.
CARNEIRO DA FONTOURA, Juvelino	Arg.
CARRETERO, Casimira	Arg.
CARVALHO o CARVALLO, Luis	Arg.
CASTILLO, Ataliva	Arg.
CASTRO (Gallo)	Arg.
CASTRO de MARTINEZ, María A.	Arg.
CASTRO PINTOS, Roberto	Arg.
CASTRO PEREZ, Julio	Uru.
CORREA, Julio Gerardo	Uru.
CENDAN ALMADA, Juan Angel	Chi.
CERGUEIRA, Tenorio	Arg.
CORCHS LAVIÑA, Alberto	Arg.
CRAM GONZALEZ, Washington	Arg.
CRUZ BONFIGLIO, Mario Jorge	Arg.
CHAVEZ SOSA, Ubagesner	Uru.
CHEJENIAN, Segundo	Arg.
CHIZZOLA, Eduardo	Arg.
CASCO, Yolanda Iris	Arg.
D'ELIA, Julio César	Arg.
DE GOUVEIA, Graciela Susana	Arg.
DE LOS SANTOS, Esteban	Uru.
DEL FABRO, Ricardo	Arg.
DOSSETTI, Edmundo Sabino	Arg.
DUARTE, León	Arg.



ESCUDERO MATTOS, Lorenzo J.	Uru.
ERRANDONEA SALVIA, Juan P.	Arg.
ETCHEVERRITO ARTIGAS, Gladys	Uru.
FERNANDEZ AMARILLO, Juan G.	Arg.
FERNANDEZ de SANZ, Elsa	Arg.
GADEA GALAN, Nelsa Zulema	Chi.
GAETANO MAIGOR, José	Arg.
GANDARA CASTROMAN, Elba L.	Arg.
GATTI, Adriana	Arg.
GATTI, Gerardo	Arg.
GAMBARO NUÑEZ, Raúl	Arg.
GARCIA CALCAGNO, Germán N.	Arg.
GELPI CACERES,Leonardo G.	Chi.
GIORDANO CORTAZZO, Héctor O.	Arg.
GOICOECHEA, Daniel	Arg.
GOICOECHEA, Gustavo Alejandro	Arg.
GOMENSORO JOSMAN, Hugo	Arg.
GOMENSORO JOSMAN, Roberto J.	Uru.
GOMEZ ROSANO, Célica Elida	Arg.
GONCALVEZ, Jorge Felisberto	Arg.
GONZALEZ GONZALEZ, Luis E.	Uru.
GRASSI MIERS, Héctor E.	Arg.
GRINSPON PAVON, Mónica S.	Uru.
GRISONAS de JULIEN, Victoria	Arg.
GUTIERREZ, Emeterio	Uru.
HERNANDEZ, Carlos Julián	Arg.
HERNANDEZ RODRIGUEZ, Jorge	Arg.
HOBBAS BELUSCI, Lourdes	Arg.
IBARBIA, María Angélica	Arg.
INSAUSTI, Juan Carlos	Arg.
INZAURRALDE, Gustavo Edison	Par.
ISLAS GATTI, María E.	Arg.
JULIEN CACERES, Mario Roger	Arg.



KEIM LLEDO de MORALES, Josefina	Arg.
LERENA de CORCHS, Elena	Arg.
LEZAMA, Rafael	Arg.
LIBEROFF, Mauricio	Arg.
LOGARES MANFRI, Claudio E.	Uru.
LUPPI MAZZONE, Mary Norma	Arg.
LURATI, César Arnaldo	Uru.
MANCIRO, María Libertad	Arg.
MARTINEZ HORMINOGUEZ, Jorge H.	Arg.
MARTINEZ SANTORO, Luis F.	Arg.
MARTINEZ SUAREZ, José Mario	Arg.
MARTINEZ de CHEJENIAN, Graciela	Arg.
MATO FAGIAN, Miguel Angel	Uru.
MAZZUCHI FRANCHETZ, Winston C.	Arg.
MECHOSO MENDEZ, Alberto Cecilio	Arg.
MELO CUESTA, Nebio Ariel	Arg.
MENDEZ DONADIO, José Hugo	Arg.
MICHELENA, José Enrique	Arg.
MICHELENA de DE GOUVEIA, Graciela	Arg.
MIGUEZ, Félix	Arg.
MIRANDA PEREZ, Fernando	Uru.
MODERNELL, Carlos	Arg.
MONTES DE OCA, Otermín Laureano	Uru.
MORALES VON PIEVERLING, Juan M.	Arg.
MORENO MALUGANI, Miguel Angel	Arg.
MOYANO, Alfredo	Arg.
O'NEILL VELAZQUEZ, Eduardo	Arg.
ORTIZ, Félix Sebastián	Uru.
PACIELLO MARTINEZ, Eduardo	Uru.
PAITTA CARDOZO, Antonio Omar	Uru.
PEREZ, Eduardo	Uru.
POVASCHUK GALEAZZO, Juan A.	Chi.
PRIETO GONZALEZ, Ruben	Arg.



QUINTEROS ALMEIDA, Elena	Uru.
RECAGNO IBARBURU, Juan Pablo	Arg.
RIO CASAS, Miguel Angel	Arg.
RODRIGUEZ, Ever	Uru.
RODRIGUEZ, Liberto	Arg.
RODRIGUEZ MERCADER, Carlos	Arg.
RODRIGUEZ MIRANDA, Juan Rodolfo	Arg.
RODRIGUEZ RODRIGUEZ, Julio O.	Arg.
RODRIGUEZ de BESSIO, Blanca	Arg.
SANJURJO, Amelia	Uru.
SANTANA, Nelson	Par.
SCOPICE RIJO de COUCHET, Norma M.	Arg.
SERRA, Helio	Arg.
SEVERO, Ary Héctor	Arg.
SEVERO, Carlos Baldomero	Arg.
SEVERO, Marta Beatriz	Arg.
SILVA, Mauricio	Arg.
SILVEIRA, María Rosa	Arg.
SOBRINO, Guillermo Manuel	Arg.
SOBA, Adalberto Waldemar	Arg.
SOCA, Juan Américo	Uru.
SOSA, Luján Alcides	Arg.
TASSINO ASTEAZU, Oscar	Uru.
TEJERA, Raúl	Arg.
TRIAS HERNANDEZ, Cecilia Susana	Arg.
TRINIDAD ESPINOSA, Liver Eduardo	Arg.
URTASUN, José Luis	Arg.
ZAFFARONI CASTILLA, Jorge R.	Arg.

❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

Niños secuestrados aparecidos

GARCIA HERNANDEZ, Amaral	Arg.
JULIEN GRISONAS, Anatole Boris	Arg.
JULIEN GRISONAS, Eva Lucía (Victoria)	Arg.

Niños secuestrados desaparecidos

HERNANDEZ HOBBAS, Andrea V.	Arg.
HERNANDEZ HOBBAS, Beatriz L.	Arg.
HERNANDEZ HOBBAS, Washington	Arg.
MOYANO ARTIGAS, Verónica Leticia	Arg.
RIQUELO, Simón Antonio	Arg.
ZAFFARONI ISLAS, Mariana	Arg.

Niños nacidos en cautiverio,desaparecidos, hijos de:

ALTMAN, Blanca
CASCO, Yolanda y D'ELIA, Julio César
SANZ, Aida
ISLAS GATTI, María y ZAFFARONI, Jorge

Se terminó de imprimir en
PETTIROSSI s.r.l.
Lancasteriana 2235
Montevideo - Uruguay
en el mes de diciembre de 1988.
Edición amparada en el
artículo 79 de la ley 13349
Comisión del papel

Depósito legal Nº 238 125

Mamá Julien

José Luis Baumgartner

EL LIBRO

Cuando en 1979 Anatole y Victoria Julien fueron encontrados en Chile, no hubo más dudas sobre lo ocurrido a sus padres Roger Julien y Victoria Grisonas, desaparecidos en Buenos Aires en 1976. Pero era difícil de imaginar que la aparición de los niños era el fruto de la incesante, infatigable, admirable constancia de María Angélica Cáceres de Julien, su abuela. Durante tres años Mamá Julien, como la llama cariñosamente José Luis Baumgartner, recorrió Buenos Aires y La Plata cuadra por cuadra, calle por calle, golpeó puertas, visitó cuarteles, prisiones, comisarías, escribió centenares de cartas: buscando a su hijo, a su nuera, a sus nietos. Hasta encontrar a estos últimos.

Mamá Julien es, en este libro, el símbolo de todas las madres y abuelas de los desaparecidos. Su coraje y su fuerza nos conmueven porque ella es, también, nuestra conciencia diciéndonos que nunca jamás habremos de olvidar.

EL AUTOR

José Luis Baumgartner es abogado, periodista y escritor.

Ha publicado: *América Latina, liberación nacional*, 1985 (en colaboración con otros); *Desaparecidos*, 1986 (en colaboración con otros); *El contador de cuentos*, 1987.